



Universidad Tecnológica  
de Pereira

Facultad de  
Bellas Artes y Humanidades

# DÉCADA DE LOS OCHENTA DEL SIGLO XX EN COLOMBIA:

Memoria sin ficción de  
unas violencias alucinantes



Rigoberto Gil Montoya  
Diego Alexander Vélez Quiroz



Editorial UTP

Colección Trabajos de Investigación

## Rigoberto Gil Montoya

(La Celia, Risaralda, 1966). Es doctor en Literatura de la Universidad Nacional Autónoma de México y profesor titular de la Universidad Tecnológica de Pereira. Orienta seminarios en el Doctorado en Literatura y en las maestrías en Literatura y en Estética y Creación. Dirige el grupo de investigación Estudios regionales sobre Literatura y Cultura. Es autor de los libros *El laberinto de las secretas angustias* (1992); *La urbanidad de las especies* (1996); *Perros de paja* (2000); *Retazos de ciudad* (2002); *Plop* (2004); *Territorios* (2010); *La buena hora de la literatura colombiana en el siglo XX* (2019) y *De ver pasar* (2020). Hace parte de la antología *Cuentos y relatos de la literatura colombiana* (2020), de Luz Mary Giraldo (FCE). Premio Nacional de Novela "Aniversario Ciudad de Pereira", 1992. Ganador del concurso de ensayo "Caldas 100 años" con su libro *Guía del paseante* (2005). La Universidad de Antioquia le otorgó el Premio Nacional de Literatura 2014, por *Mi unicornio azul*. Segundo lugar en el III Concurso Nacional de Novela Corta Universidad Javeriana, con *El museo de la calle Donceles*. Premio de Periodismo "Simón Bolívar" 2017, en la modalidad de Crítica.

Contacto: rigoroso@utp.edu.co

## Diego Alexander Vélez Quiroz

(Popayán, Cauca, 1987). Es poeta, novelista y ensayista. Licenciado en Español y Literatura y Magister en Literatura latinoamericana de la Universidad Tecnológica de Pereira. Ha publicado los libros de poemas *Elizabeth y las manzanas* (2014), *Para llegar a puerto* (2016) y la antología *Para llegar a puerto y otras heridas* (2017). Es autor del libro de ensayos *La poesía y los límites de lo posible* (2018). Integrante del grupo de investigación Estudios regionales sobre Literatura y Cultura. Su novela *Después el aire* recibió El Premio Nacional de Novela Aniversario Ciudad de Pereira 2016. Actualmente es profesor del programa de Literatura y Lengua Castellana de la Universidad Tecnológica de Pereira. Adelanta estudios de Doctorado en Literatura.

Contacto: davelez@utp.edu.co

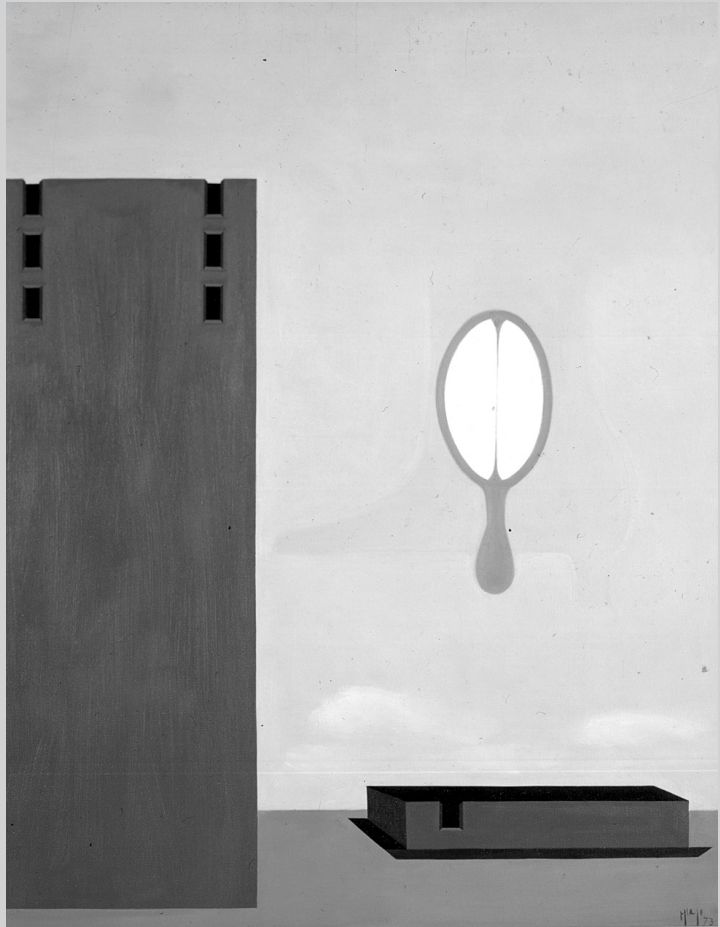
La Editorial de la Universidad Tecnológica de Pereira tiene como política la divulgación del saber científico, técnico y humanístico para fomentar la cultura escrita a través de libros y revistas científicas especializadas.

Las colecciones de este proyecto son: Trabajos de Investigación, Ensayos, Textos Académicos y Tesis Laureadas.

Este libro pertenece a la Colección Trabajos de Investigación.

# DÉCADA DE LOS OCHENTA DEL SIGLO XX EN COLOMBIA:

Memoria sin ficción de  
unas violencias alucinantes



*La frontera del silencio*, Rodolfo Opazo, 1973, óleo sobre tela.  
Fuente: <https://www.banrepcultural.org/coleccion-de-arte/obra/la-frontera-del-silencio-apo463>

# DÉCADA DE LOS OCHENTA DEL SIGLO XX EN COLOMBIA:

Memoria sin ficción de  
unas violencias alucinantes

Rigoberto Gil Montoya  
Diego Alexander Vélez Quiroz



Colección Trabajos de Investigación  
Facultad de Ciencias de la Educación  
Escuela de Español y Comunicación Audiovisual  
2023

Gil Montoya, Rigoberto

Década de los ochenta del siglo XX en Colombia : Memoria sin ficción de unas violencias alucinantes / Rigoberto Gil Montoya y Diego Alexander Vélez Quiroz. – Pereira : Universidad Tecnológica de Pereira, 2022. 184 páginas : ilustrado. – (Colección Trabajos de Investigación).

184 páginas. -- (Colección Trabajos de investigación).

ISBN: 978-958-722-817-5

eISBN 978-958-722-818-2

1. Historia – Colombia – Siglo XX 2. Colombia – Violencia política 3. Política y gobierno – Colombia 4. Periodismo narrativo 5. Conflicto - Colombia 6. Movimientos sociales  
CDD. 986.11

© Década de los ochenta del siglo XX en Colombia:

Memoria sin ficción de unas violencias alucinantes

© Rigoberto Gil Montoya © Diego Alexander Vélez Quiroz

© Universidad Tecnológica de Pereira

Primera edición, 2023

ISBN 978-958-722-817-5

eISBN 978-958-722-818-2

Proyecto de investigación

“Literatura de la no ficción en Colombia: Imaginarios, representaciones simbólicas y memoria histórica de las violencias acontecidas en la década de los ochenta del siglo XX”

Código 4–21–1

Grupo de Investigación Estudios Regionales sobre Literatura y Cultura

Universidad Tecnológica de Pereira

Vicerrectoría de Investigaciones, Innovación y Extensión

Editorial Universidad Tecnológica de Pereira

Coordinador editorial

Luis Miguel Vargas Valencia

luismvargas@utp.edu.co

Tel. (606) 3137381

Edificio 9, Biblioteca Central Jorge Roa Martínez

Cra. 27 No. 10-02 Los Álamos, Pereira, Colombia

www.utp.edu.co

Diseño y diagramación

Margarita Calle - Maestría en Estética y Creación UTP

Portada

Alejandro Monroy Matamoros, 2023

Impresión y acabados

Panamericana Formas e impresos S.A.

Reservados todos los derechos

# Agradecimientos

Al licenciado Diego Alejandro Olarte Quintero por la labor que desempeñó como auxiliar de investigación en este proyecto.

A los colaboradores de la Biblioteca Nacional, Biblioteca Luis Ángel Arango y Biblioteca Pública de Pereira Ramón Correa. Su labor es tan invaluable como los archivos y documentos que preservan.

A la Vicerrectoría de Investigaciones, Innovación y Extensión de la Universidad Tecnológica de Pereira, por el apoyo brindado para llevar a cabo el proyecto que nos permitió la escritura de este libro.





# Contenido

Los ochenta: ¿Memoria alucinada? .....	12
El campo problemático de la no ficción .....	20
La historia reciente como relato sin ficción.....	32
La no ficción que afirma las nuevas violencias .....	40
De estatutos, persecuciones y anulamientos de cerebros .....	48
Primeras noticias: Sobre secuestros y olvidos inevitables .....	54
Nuevas noticias: Una década con aires de realismo mágico .....	60
La historia que vivimos: Entre prontuarios del pasado y héroes villanos.....	74
Mitificar el mal: Fragmentos de un mismo relato.....	86
Convertir la violencia en una causa.....	100
Breve muestra de un drama de época escrito a varias manos .....	110
¡Que haya acción! .....	111
Las guerras siempre dan tierra .....	117
Una bonanza de muertos .....	121
No nos gustaban las armas .....	126
Una metáfora animal más allá de la ficción .....	132
Imágenes expuestas en un gabinete itinerante de la memoria ....	146
Imagen 1 .....	153
Máquinas de escribir .....	153
Imagen 2.....	156
La muerte en la calle se congela.....	156
Imagen 3.....	158
Los restos del realismo mágico .....	158
Imagen 4.....	162
El campo minado de las palabras.....	162

Bibliografía particular .....	179
Literatura de la no ficción.....	179
Webgrafía y notas de prensa .....	181

El miedo rondaba como un tigre,  
El miedo jugaba un ajedrez de mascarones.  
Agua y viento han corrido agitando cafetales  
Y el sol no seca aún el rojo de los aljibes.  
¿Dónde anda la voz de los ausentes?

Bogotá, enero 1/85  
"País de ausentes", Juan Manuel Roca

"Aquí las palabras no tienen valor".  
Diario de Azucena Liévano durante su secuestro.  
23 de octubre de 1990, 10:30 pm.

"La muerte es tremendamente elástica"  
Fernando Garavito,  
"Llega la muerte", *El Espectador*, enero 21, 2001



Los ochenta:  
¿Memoria alucinada?



El presente trabajo de investigación indaga en los años ochenta del siglo XX en Colombia, a partir del tratamiento de la memoria histórica en perspectiva, sobre la base del rastreo de una literatura de la no ficción, en tanto forma expresiva múltiple de quienes fueron testigos de excepción de la época o, desde la distancia, decidieron afinar sus miradas para comprender un devenir histórico reciente.

Se trata del amplio espectro de una década vinculada con el auge del narcotráfico, en un momento en que la deslegitimación de las instituciones del Estado acentuaba la crisis política y social. Son varios los acontecimientos que se ligan a esta crisis: los intentos fallidos de paz con los grupos guerrilleros (Farc, M-19); la Ley de Amnistía (1982); el acuerdo del cese al fuego con las Farc (1984); la guerra declarada de los carteles del narcotráfico contra el Estado; la toma del Palacio de Justicia en 1985 por parte del M-19; la muerte sistemática de militantes de la Unión Patriótica (UP); los asesinatos del médico Héctor Abad Gómez en una calle de Medellín y del precandidato liberal Luis Carlos Galán Sarmiento en una plaza de Soacha; más la cadena de secuestros en 1990 contra una élite bogotana, vinculada a la política y el periodismo, cuyo autor intelectual fue el temerario narcotraficante Pablo Escobar Gaviria.

Para ello, valoramos o aludimos a algunas obras de autores que, valiéndose del recuerdo, del testimonio y la labor de archivo, afinan unas estrategias de argumentación y disponen de unos recursos narrativos para dar cuenta de realidades sociales que exigen ser revaloradas y actualizadas en el marco de unas expresiones narrativas que fortalecen la tradición literaria del país. Piénsese en obras como *Noticia de un secuestro* (1996) de García Márquez y *El olvido que seremos* (2006) de Héctor Abad. Nos referimos a obras que se escriben como parte de un ejercicio de recordación y de labor testimonial; por lo tanto, de un ejercicio de reconstrucción de la memoria histórica. Dar cuenta de esa narración polifónica es el propósito central de este trabajo.



En la Colombia de los años ochenta del siglo XX confluyeron factores políticos y sociales que hicieron muy interesante esta década. Tanto, que ha sido narrada desde múltiples perspectivas –sociológicas, políticas, económicas, o a modo de memorias y balances–, pero en especial desde el periodismo narrativo y testimonial. De ahí que consideramos necesario repensar esa década para comprender, desde el plexo de la no ficción, en tanto forma expedita de un ejercicio del periodismo narrativo y testimonial, lo que ese periodo arroja en términos de su memoria y verdad histórica, en medio de una realidad del conflicto interno del país, ahora que se reclama el testimonio de las víctimas y se pregunta con insistencia por las verdades de la historia, por sus silencios y olvidos. Estamos ante una disputa tanto por la memoria y la verdad histórica, como por la fijación simbólica de un conflicto diverso, en el que los protagonistas son tan variados, como las formas discursivas que se emplean para darle existencia narrativa:

[...] en la violencia política y los conflictos bélicos se movilizan, además de la fuerza para derrotar al enemigo, marcos de interpretación simbólicos e ideológicos para actuar en la sociedad, puesto que se trata de procesos en los que no solamente hay máquinas de destrucción y muerte sino igualmente de producción de sentido. (Bonilla & Tamayo, 2007, p. 33)

Nos interesa, en efecto, interpretar la producción de sentido, al interior de los acontecimientos de una década, observados con la perspectiva que algunos autores imprimen en sus obras. Para ello apelamos a la no ficción como un fino mecanismo empleado por narradores, periodistas, novelistas, ninguno de ellos ajenos a la necesidad de representar una memoria histórica, cuyos “usos políticos”, al decir de Herrera y Pertuz,

[...] contribuyen a configurar variados relatos de acuerdo a las apropiaciones que de este pasado hagan los sujetos individuales y colectivos; allí, se ponen en juego prácticas y repertorios políticos y culturales de distinto orden que alimentan la cultura política. (Herrera & Pertuz, 2015, p. 936)

El rol del escritor, en este caso, resulta esencial para comprender un devenir, sobre todo cuando el propio escritor se asume como sujeto e



intérprete de la historia, como mediador o incluso como víctima de los acontecimientos históricos. Pensemos en María Jimena Duzán, quien, en marzo de 1982, con el fin de lograr entrevistar a los jefes del M-19 en el Putumayo, acuerda con los guerrilleros difundir la noticia de su falso secuestro: “Por protección y para evitar que los organismos de seguridad me detuvieran por entrevistar guerrilleros, habíamos acordado que esta entrevista debía presentarse como un secuestro” (*Crónicas que matan*, 1992, p. 22). Esta osadía la pagaría caro, porque al regresar a Bogotá sufriría un atentado terrorista a la entrada de su casa, ordenado por el MAS (Muerte a Secuestradores). Pensemos, asimismo, en el atentado que acabó con la vida de Guillermo Cano a la salida de *El Espectador*, en diciembre de 1986. O en la pérdida que enfrentó el joven escritor Héctor Abad, cuando su padre fuera asesinado en agosto de 1987.

Frente a este panorama, el periodismo narrativo juega un papel clave, pues su lectura e interpretación del conflicto de una época aporta matices y, en muchos casos, versiones paralelas a las expuestas por el Estado y por la población civil, contribuyendo tanto al proceso de construcción de la memoria histórica como a la fijación simbólica de una realidad en crisis.

El periodismo narrativo, desde una tribuna que oscila entre lo independiente y lo corporativo –muchos periodistas elaboran y publican su trabajo bajo el auspicio de medios de comunicación privados– ha hecho visibles matices y relatos del conflicto que no integran la versión estatal y que, en su mayoría, son desconocidos por una parte de la población civil. Dichos aportes suelen configurarse en el marco de los géneros testimoniales que se popularizaron en la práctica periodística y literaria de Occidente a partir de los años 70's, bajo la égida de lo que se conoció en su momento como *Nuevo periodismo*. Hoy ese fenómeno se confunde en catalogaciones como no ficción, periodismo literario o periodismo narrativo. El caso es que, como lo afirma Jorge Carrión (2012), luego de los 70's y, con más creatividad aún, los periodistas de este nuevo siglo han sabido educar sus miradas y adaptar sus herramientas y métodos de trabajo para construir artefactos narrativos de una complejidad a la altura de la múltiple y acelerada realidad. En ese proceso, las técnicas y los re-

cursos de la literatura resultan eficaces. Tomás Eloy Martínez (2002) va más lejos al hablar de este vínculo; según el escritor y periodista argentino, antes los periodistas de alma soñaban con escribir, aunque solo fuera una novela en la vida; ahora, los novelistas de alma sueñan con escribir un reportaje o una crónica tan inolvidables como una bella novela. No está de más decir que hoy las aspiraciones de ambos, el periodista y el novelista, se ven cumplidas en la ola del periodismo narrativo latinoamericano.

Colombia, por supuesto, no ha sido ajena a estas formas de narrar la realidad. En la historia de la literatura colombiana tanto la crónica como lo que hoy llamamos periodismo narrativo, han ocupado un lugar clave para la construcción de la tradición narrativa del país. Basta volver un par de siglos en el tiempo para encontrarse con textos capitales como *El Carnero*, el clásico libro que Juan Rodríguez Freyle publicara en 1859 en clave de crónica, uno de los documentos que más ha contribuido a establecer un panorama de la situación política, social y cultural de la Colombia colonial. Esto sin obviar la profunda influencia que el trabajo periodístico de la corriente modernista en el continente, especialmente de Rubén Darío y Andrés Bello, tendría sobre la tradición periodístico-literaria. Esta influencia literaria, unida a los aires vanguardistas que inspiraron los estilos de León de Greiff, Luis Tejada y Luis Vidales, les permitiría a escritores como José Antonio Osorio Lizarazo, Eduardo Zalamea Borda, Álvaro Cepeda Samudio, Hernando Téllez y Gabriel García Márquez, introducir en la Colombia de la primera mitad del siglo XX un tipo de narración periodística extraña –por lo nueva– y reveladora en su estructura como expresión de una época.

A partir de los años 70's el periodismo narrativo habría de volverse tendencia en el país, al punto de que hoy algunos de los escritores más visibles provienen del oficio del periodista y a través de su ejercicio llegaron a la literatura. No es exagerado sugerir que asistimos a una especie de auge de este estilo narrativo que en las últimas décadas ha puesto el foco en escritores como Daniel Samper Pizano, Plinio Apuleyo Mendoza, Germán Castro Caycedo, Arturo Alape, Héctor Abad Faciolince, Laura Restrepo, Ricardo Silva y Juan Gabriel Vásquez. Este auge, sin embargo,





ha sido registrado por la crítica literaria pero no por la teoría literaria y menos por los estudios culturales.

Actualmente abundan las antologías, recopilaciones, reseñas y selecciones de lo que se considera el periodismo narrativo en Colombia, de sus representantes y obras más destacadas, pero son pocos los textos que se aproximan a la relación que existe entre dichas obras y las condiciones sociopolíticas, los imaginarios y los conflictos que representan. Al respecto, hay que destacar el trabajo de Donaldo Alonso Donado que, en su libro *Crónica anacrónica: Un estudio sobre el surgimiento, auge y decadencia de la crónica periodística en Colombia* (2003), elabora una importante reflexión alrededor de conceptos claves como crónica, reportaje y su relación con la novela; además de ofrecer un panorama de los principales exponentes de esta modalidad periodística.

Tampoco es posible dejar de lado los trabajos de Juan José Hoyos y de Sebastián Pineda Buitrago, respectivamente. El primero ha desarrollado una notable labor al compilar una amplia muestra del periodismo narrativo en Colombia entre los años 1638 y 2000 (2009); el segundo le ha dado a esta labor un tinte histórico, pues en su libro *Breve historia de la narrativa colombiana: siglos XVI-XX* (2012) estudia, sobre todo, la evolución histórica del fenómeno y sus fuentes principales. Lo que revelan dichos trabajos, sin abordarlo de manera directa, es que el género testimonial constituye un relato que viene a insertarse como cuestionamiento a la historia oficial.

El periodismo narrativo y testimonial, así visto, es el ejercicio de un tipo de autor cuya relación con la realidad social y política, puede resultar, en muchos casos, más directa y problemática que la que establece el narrador de ficción. En la no ficción el escritor se resuelve conciencia e intermediario de lo que afuera se evidencia como conflicto. El testimonio, en este caso, deviene “voz popular”, prueba de una inestabilidad política en la que el escritor, el “letrado”, “representa” una situación social denunciada por sus protagonistas. Piglia se refiere en *Crítica y ficción* a esta pareja como el “letrado y el otro”: “[...] es el intelectual puesto en relación con el mundo popular” (2001, p. 18). En otras palabras, es el intelectual, el escritor, que define su lugar de transacción entre una rea-



lidad en la que la crisis social amerita ser narrada y unas voces que precisan del relato para dar cuenta de lo anómalo. ¿Pero cómo narrar, cómo precisar la naturaleza de esos relatos? Es justo en este dilema cuando el escritor apuesta por la combinatoria de unas formas expresivas.

En virtud de esta relación entre el género testimonial y las ciencias sociales, y considerando además las pugnas por la construcción de la memoria histórica y la fijación simbólica de realidades en conflicto a partir de la década del ochenta, cabe decir que la tarea del periodismo narrativo contribuye con una perspectiva que problematiza y enriquece la comprensión de la inestabilidad social y política y sus diferentes formas de representación. Por esta vía, las narrativas testimoniales, al decir de Herrera y Pertuz:

[...] arrojan algunas luces respecto de las modalidades de constitución de las subjetividades de sus autores o protagonistas y de los escenarios en los cuales se configuraron y modularon sus contextos de enunciación. A través de ellas sus autores interpelan en torno a ciertos imaginarios y representaciones que pautan las formas de comprensión sobre el conflicto, el orden social y las subjetividades –no solo de quienes escriben, sino también de quienes son sus receptores–. En esta medida, dichas narrativas inciden en la formación de los sujetos, hallándose inscritas, es claro, en un marco mucho más complejo en el que distintas fuerzas y actores disputan las significaciones en torno al ser o el deber ser de la sociedad y los grupos e individuos que la integran. En este sentido, entendemos que “la narrativa no es el lugar de irrupción de la subjetividad, de la experiencia de sí, sino la modalidad discursiva que establece tanto la posición del sujeto que habla (el narrador) como las reglas de su propia inserción en el interior de una trama”. (2015, p. 919)

Aspectos como el lugar de enunciación, los imaginarios, las representaciones sociales y los signos de época que revelan los autores del periodismo narrativo y testimonial en sus obras, resultan claves si se trata de interpretar el aporte del género al proceso de construcción de memoria histórica y fijación simbólica de las muchas formas del conflicto colombiano, en especial cuando ahondamos en los acontecimientos



diversos que dieron cuerpo a la década de los ochenta como una década execrable, susceptible de ser reinterpretada a partir de un ejercicio periodístico de múltiples voces, que no toma distancia de la literatura como construcción y que, por el contrario, afina su relación con ella, para trascender el mero hecho informativo.

Al final de este trabajo, más que unas conclusiones, proponemos una curaduría: nos aventuramos en la propuesta de una galería de imágenes narradas, en tanto marcas simbólicas que permitan hacer de la memoria de una época, el registro de una serie de textualidades e imágenes que, en sí mismas, condensan unos sentidos, unas claridades. Sobre todo, para nosotros, que intentamos comprender aspectos de una década que desborda en sentidos y en textualidades.



# El campo problemático de la no ficción

Al hablar de la no ficción, en tanto periodismo narrativo y testimonial, no solo entra en juego la estructura textual, su genotexto, sino, además, problemas como el de la recepción y la representación en la red de una cultura letrada, sobre la base de perspectivas teóricas y críticas, algunas próximas a la sociología y la historia, que nos permiten comprender la complejidad de lo que constituye una época reciente de la realidad colombiana, convertida, por su riqueza simbólica y polifónica, en nuestro objeto de estudio.

Para despejar el enfoque interpretativo se delimitan unos imaginarios sociales que facilitan la comprensión de un devenir histórico, en nuestro caso, supeditado a los años ochenta del siglo XX. En *Imaginarios sociales modernos* (2006), Charles Taylor permite vincular la definición de imaginarios sociales al problema de la constitución del Estado, a la relación jurídica de justicia positiva con las representaciones morales e incluso éticas que el Estado mismo produce y que encuentran una réplica o contrarréplica en las diferentes instancias de la sociedad civil. El autor, además, establece límites entre lo que son los imaginarios sociales idealizados y los que, en sus diferentes formas de manifestarse, se revelan en las esferas de lo público/privado, lo económico, y los órdenes sociales y conflictos que se tejen en estas esferas. Cuando antes hablábamos de fijación simbólica de un conflicto social en una década precisa de la historia reciente de Colombia, nos referíamos justamente a las configuraciones del deber ser y a los imaginarios sociales que se reproducen, legitiman o cuestionan a través de las obras del periodismo narrativo y testimonial. Los presupuestos teóricos aquí expuestos nos permiten determinar su alcance.

Por este camino y conscientes de la dificultad de precisar unos conceptos, preferimos partir de la noción de imaginario planteado por el historiador Juan Camilo Escobar, “[...] un conjunto real y complejo de imágenes mentales, independientes de los criterios de verdad y produ-



cidas en una sociedad a partir de herencias, creaciones y transferencias relativamente conscientes” (2000, p. 113). Su funcionamiento es diverso y está supeditado a unos contextos sociales e históricos. Como conjunto, lo imaginario apela a “producciones estéticas, literarias y morales” (p. 113); asimismo, a elaboraciones científicas, políticas y se sustenta en una memoria colectiva y en unas “prácticas sociales” (p. 113), como una manera de fortalecer su presencia en el entramado social.

Desde esta mirada, es necesario contrastar múltiples versiones de unos acontecimientos históricos. Están, por una parte, algunas versiones propias del Estado que se respaldan en una retórica oficial, y otras que se derivan de las tensiones entre los grupos sociales, cuya multiplicidad adquiere la magnitud de los relatos que circulan tanto en los *mass media* como en las narraciones orales y que se imbrican a una memoria colectiva que amplía sus sentidos y alcances.

Al narrarse a sí mismo, se comprende que el Estado imponga unas verdades susceptibles de ser revaluadas. Afirma Piglia que “El poder también se sostiene en la ficción. El Estado es también una máquina de hacer creer” (2001, p. 105). Una máquina de relatar que impone unas verdades históricas a partir de la promulgación de resoluciones, decretos, declaraciones oficiales; es decir, a partir del uso de una retórica que busca, a lo sumo, homogenizar las percepciones sociales sobre las realidades históricas. Ángel Rama ubicó este ejercicio retórico en la denominada *ciudad letrada*, aquella instancia del poder político que “quiere ser fija e intemporal como los signos, en oposición constante a la *ciudad real* que sólo existe en la historia y se pliega a las transformaciones de la sociedad” (1985, p.11). Porque en esa *ciudad real* y sin que el Estado pueda evitarlo, brota lo opuesto, la *ciudad escrituraria* tejida con los rumores del pueblo o de la *plebe*, de los desclasados al decir de Rama. Una ciudad que recoge la rabia y el anonimato de quienes se atreven a pintar las paredes con grafitis y en cuyos lenguajes y trazos, se escucha y presiente la “[...] algarabía, la informalidad, la torpeza y la invención incesante del habla popular” (1985, p. 5).

Ahora bien, frente a esa máquina de relatar, propia de un poder estatuido, es imperioso interpretar las verdades que tejen, desde otros luga-



res, acaso inestables, los *sujetos de la historia*: víctimas, testimoniantes, analistas, periodistas de opinión, caricaturistas, narradores y cronistas. Se comprende por qué al hablar del testigo y de los otros, en especial los que forman parte del ámbito popular, Piglia subraya el alcance de la “contrarrealidad” que,

se deriva de una reconstrucción de la verdad con base en las muchas versiones de los acontecimientos. Aquí se afina un mecanismo que hace aflorar lo que se desconoce o lo que se oculta en aquello que se registra como historia: “Hay que construir una red de historias alternativa para reconstruir la trama perdida”. (2001, p. 29)

En realidad, el variado conflicto político y social de Colombia en la década del ochenta, además de manifestarse mediante diversas violencias de facto y simbólicas, es un conflicto en el orden del discurso, pues las partes (estatal y civil) han buscado, a través de diferentes formas expresivas, legitimar e imponer su versión en la configuración de la memoria histórica y la fijación simbólica del conflicto. El periodismo narrativo y testimonial, por tanto, juega como un tercer agente que no solo aporta una versión otra –al margen de presiones del establecimiento oficial– sino que además revela en sus representaciones las formas de la violencia a las que acuden las partes durante el conflicto político y social. En *El orden del discurso* (2008), Michel Foucault se refiere a la fijación simbólica de los acontecimientos, del conflicto de época en nuestro caso. El autor parte de esta sospecha:

[...] en toda sociedad la producción del discurso está a la vez controlada, seleccionada y redistribuida por un cierto número de procedimientos que tienen por función conjurar los poderes y peligros, dominar el acontecimiento aleatorio y esquivar su temible y pesada materialidad. [...] el discurso no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello por lo que, y por medio de lo cual se lucha, aquel poder del que quiere uno adueñarse. (pp. 14 -15)

Por su parte y concomitante con el orden discursivo y las violencias que circulan en y a través de este, Walter Benjamin problematiza el estatus de la violencia como medio y fin en el ámbito de los ordenamientos jurídicos, cuya estabilidad se encuentra fracturada por situaciones de

conflicto. La perspectiva de Benjamin expuesta en *Para una crítica de la violencia* (1991), resulta clave en la medida en que nos permite entender la función y el efecto de la violencia en un tipo de relación social convencional, en la que esta

[...] puede definirse como la exposición de su relación con el derecho y con la justicia. Porque una causa eficiente se convierte en violencia, en el sentido exacto de la palabra, solo cuando incide sobre relaciones morales. La esfera de tales relaciones es definida por los conceptos de derecho y de justicia. Sobre todo, en lo que respecta al primero de estos dos conceptos, es evidente que la relación fundamental y más elemental de todo ordenamiento jurídico es la de fin y medio; y que la violencia, para comenzar, solo puede ser buscada en el reino de los medios y no el de los fines. (1991, p. 23)

La orientación implícita en la afirmación de Benjamin es que, si bien los discursos representan las violencias propias de un conflicto, de una excepción, debe mirarse más allá de dichas violencias representadas para establecer cuál es el fin al que responden y sobre qué medios se impone. En el contexto que aquí hemos señalado, ese fin se ubica en un límite entre el dominio del poder político, del poder económico y de los imaginarios sociales que los diferentes discursos producen acerca de uno o varios actores del conflicto, legitimándolos en el ámbito de lo social y de lo histórico. Esto deriva en la construcción de una memoria compleja, supeditada a unos intereses políticos e ideológicos. ¿Cómo responde, en este caso, el escritor de la no ficción? Con sus propias versiones que construye a partir del reconocimiento de la víctima, del testimoniante, del testigo de excepción.

Cabe recordar que Tomás Eloy Martínez se refirió al “duelo de versiones narrativas”, en virtud de que la memoria escrita, sea “fábula o historia, es la versión última (pero no la definitiva) de la realidad” (1986, p. 21). Las reflexiones de Martínez surgen de su pregunta por el aporte que hicieron los escritores del *boom* latinoamericano a la revaloración de algunos hitos de la historia regional. Si algo de novedoso había en las obras del *boom* no eran propiamente los temas, que ya incluso se pueden rastrear en los cronistas de Indias, sino el tratamiento formal de esos





temas al nivel de los lenguajes y las estructuras; más la ampliación interpretativa y de cotejo de unas verdades históricas que se daban por sentadas. Para ello, en los años sesenta, los autores apelaron a un modelo de escritura en el que el pasado empezó a valorarse en perspectiva, sobre la base de un saber antropológico y sociológico de los contextos. Por un lado, se pusieron en la tarea de recuperar documentos de archivo, de aplicar sobre ellos el rigor de la investigación; y, por otro lado, decidieron, como prurito ético, reescribir esos documentos de la historia, desentrañar en ellos sus silencios y correlatos. Roberto González lo expresa de este modo: “Lo que busca el nuevo discurso no es tanto conocimiento sobre el Otro, sino conocimiento sobre el conocimiento que el Otro posee” (2000, p. 208).

Así, el reconocimiento de la otredad, unido a la confrontación y cotejo de las versiones de la historia, permite, por lo menos, ampliar las verdades de la misma y darle a la memoria un uso como verdad histórica, como versión fiable:

La memoria no existe sin un sujeto que la posee, pero tampoco permanece sin un sujeto que la escribe [...] Así, la historia es una ficción que permite vislumbrar (pero ver) la verdad, una fulgurante violencia narrativa que convierte la fuerza de lo escrito en fuerza de la naturaleza, el pasado en futuro, la memoria en acontecimiento. (Martínez, 1986, p. 23)

Al optar por ese duelo de versiones narrativas, se opta por el reconocimiento del carácter polifónico de unas verdades construidas desde la diferencia y no desde la centralidad del poder de turno. Es también admitir la naturaleza del escritor o cronista como una fuente de saberes y no como un sujeto individual que impone lo que Calvino llama el *unicum* y su *self*. Más bien de lo que se trata es de reconocer, a propósito de la actualización de unas formas de la escritura contemporáneas, un rasgo diferencial propositivo: la multiplicidad. Cuando Calvino defiende su idea de *hipernovela*, de “gran red” (1997, pp. 134 - 137), privilegia el conocimiento plural que subyace a la obra narrativa, más allá de los propósitos inmediatos del artista. Calvino pensaba en el escritor contemporáneo como una fuente de acopio de unos saberes múltiples y por eso se pregunta:

[...] ¿qué somos?, ¿qué es cada uno de nosotros sino una combinación de experiencias, de informaciones, de lecturas, de imaginaciones? Cada vida es una enciclopedia, una biblioteca, un muestrario de estilos donde todo se puede mezclar continuamente y reordenar de todas las formas posibles. (1997, pp. 137-138)

En una comprensión del periodismo narrativo y testimonial, la figura del escritor apunta justamente a la multiplicidad, a la posibilidad que ejerce su voz de recoger, en un panorama crítico, las voces de una sociedad en crisis. A esto se refiere Ryszard Kapuscinski en *Los cínicos no sirven para este oficio (Sobre el buen periodismo)* (2008). Aquí el escritor y periodista polaco establece algunos límites éticos y morales en el ejercicio de la narración periodística. Síntesis de una larga experiencia como periodista de vanguardia, inmerso en conflictos armados en varios continentes, Kapuscinski desvela los problemas que debe enfrentar el periodista en su labor: la veracidad de las fuentes, la construcción de los relatos, la traducción de la lengua nativa del conflicto, el empleo de los materiales y documentos con que elabora sus historias. Una compleja práctica en la que se instala una relación, si se quiere de empatía, con el mundo del afuera, es decir, con el mundo en el que el escritor se torna testigo, lo cual no significa renunciar a la emoción individual ni dar cuenta de ella a partir de su punto de vista: “Para los periodistas que trabajamos con las personas, que intentamos comprender sus historias, que tenemos que explorar y que investigar, la experiencia personal es, naturalmente, fundamental. La fuente principal de nuestro conocimiento periodístico son los “otros”” (p. 37).

En ocasiones, el autor se revela investigador, proponente. Convierte el testimonio de los otros en una factibilidad, en el sustrato de una memoria ajena que se hace suya en un estilo personal, como bien se lee en *Noticia de un secuestro* (1996) de García Márquez. Aquí se narran las vicisitudes de los secuestros contra una élite bogotana, vinculada a la política y el periodismo, ordenados por Pablo Escobar Gaviria en 1990. De esta manera Escobar buscó presionar al Estado para que desistiera de aplicar el Tratado de Extradición que habilitaba al gobierno para entregar narcotraficantes a las autoridades de los Estados Unidos. Fue el



momento en que los narcos se volvieron políticos y fundaron el grupo de los Extraditables. Entre ellos estaban Pablo Escobar y Carlos Lehder.

En otras ocasiones, el autor se funde en la historia, la sufre y protagoniza. Pensemos en el caso de Héctor Abad y su obra testimonial *El olvido que seremos* (2006). Aquí se narra el asesinato del médico Héctor Abad Gómez en 1987 en Medellín. Su muerte es todo un símbolo de la guerra sucia contra líderes sociales y sindicales, lo cual se sumaba a la muerte sistemática de los miembros del extinto grupo Unión Patriótica (UP). Estas muertes se atribuyeron al paramilitarismo. Entre una y otra obra se fortalece la memoria de dos escritores que se preguntan, por vía del testimonio y lo autobiográfico, por los signos de una sociedad y una cultura en crisis.

Adviértase que tanto la obra de García Márquez como la de Abad Faciolince se escribieron como parte de un ejercicio de recordación y de labor testimonial; por lo tanto, de un ejercicio de reconstrucción de hechos históricos, que compromete la toma de distancia de los sucesos narrados, el trabajo de inmersión en el recuerdo de los testigos y la carga afectiva con que el autor intenta perseguir una objetividad: esa memoria inestable con la que el escritor pretende acercarse a una idea de verdad. En el caso de García Márquez, el origen de *Noticia de un secuestro* se halla en el pedido que Maruja Pachón (exsecuestrada) y su esposo Alberto Villamizar (mediador) le hicieron en octubre de 1993. El propósito era que “escribiera un libro con las experiencias de ella durante su secuestro de seis meses, y las arduas diligencias en que él se empeñó hasta que logró liberarla” (1996, p. 7).

En el caso de Abad Faciolince, las motivaciones fueron más íntimas y familiares; fueron, además, una forma de preguntar por lo sucedido, de indagar por la verdad de unos hechos cruentos. Una dramática fotografía reproducida por la revista *Semana* el 27 de noviembre de 2006 (pp. 114-115) –a propósito del lanzamiento de *El olvido que seremos*– congela el instante en que el cuerpo del médico Héctor Abad Gómez yace tendido en el piso de la calle Argentina en Medellín, cubierto con una sábana impregnada de sangre, mientras la esposa Cecilia, la hija Clara y su esposo Alfonso, lloran su muerte. El joven escritor, de veintinueve años, está

allí, cerca de la cabeza oculta de su padre, sentado en posición de loto, mirando hacia ninguna parte. En su libro, él narrará ese momento:

Es en la esquina de la calle Argentina con la carrera Girardot, en Medellín. Un charco de sangre y un cuerpo tirado boca arriba, cubierto por una sábana, igual a un cuadro de Manet que no sé si ustedes conocen, pero si algún día lo ven se acordarán. Yo estoy sentado al borde de ese charco de sangre. Al salir esa sangre, como dice el asesino, hay un cerebro que quedó anulado. «Anularles el cerebro», este es el eufemismo que usa el asesino para el verbo matar. Pero es muy cierto, de eso se trata, de acabar con la inteligencia. (2006, p. 268)

El asesino era Carlos Castaño y es, en efecto, el responsable de esas palabras: «Anularles el cerebro», es decir, de acabar con la vida de personajes que, desde la perspectiva radical y fascista de Castaño, promovieran ideas de izquierda o estuvieran comprometidos con acciones comunitarias que estimularan la organización social y el activismo político de sus bases. No es que necesariamente tuvieran que pertenecer a algún grupo señalado como objetivo militar –las Farc, el Eln, el M-19–. De hecho, el médico Abad Gómez no era militante o simpatizante de ninguno de estos grupos. Lo suyo era el trabajo comunitario en torno a la salud preventiva, aunque en el momento de su muerte, su nombre sonaba como precandidato a la Alcaldía de Medellín por el Partido Liberal. De modo que la pregunta del escritor, del hijo que rememora la muerte de su padre, se carga de un sentido particular: la pregunta por la verdad. Porque en las confesiones de Carlos Castaño, que Abad Faciolince cita, pero al mismo tiempo repudia en su testimonio, se desliza la inquietud por saber quiénes señalaron a su padre como un sujeto incómodo al que había que eliminar. Por qué su fotografía aparecía en una larga lista de personas cuyo destino era la muerte atroz:

La verdad es lo importante, la verdad es la verdadera justicia. Yo lo que quiero es que se sepa la verdad. Que en mi caso y en los de miles de víctimas más de la violencia se sepa quién disparó, quién mandó disparar, quiénes fueron, si existen, los miembros de la clase dirigente antioqueña que celebraron la muerte de mi padre. Yo quiero que se sepa bien cómo lo hicieron. Y esa verdad es la que va a revelar su



maldad, su brutalidad, su mezquindad, su horror. (*Semana*, noviembre 20 de 2006, p. 230)

Esta dinámica de labor testimonial es la que categorizamos como una *memoria histórica en perspectiva*. Por eso no es preferente la fecha en que se publica el libro. Lo importante es su contenido argumental y su espectro histórico; asimismo, la manera como cada autor construye un ámbito, le da piso a un contexto y desde allí, crea un escenario, lo aviva a través del recuerdo de los testimoniados, uno de los cuales podría ser, en ocasiones, el propio autor. Aquí vale la pena tener en cuenta, como base de indagación, el ensayo de J.G. Vásquez, “Memoria perfeccionada” (2010), para comprender cómo procede el escritor, y en especial el novelista, al reconstruir, desde una memoria llena de olvidos, de superposiciones y recuerdos prestados, de prejuicios e ideas fijas, y de una educación sentimental heredada, una verdad problemática, que entra en choque con las verdades institucionales, cuya retórica se impone en los discursos de la Iglesia, del Estado y la Escuela. Vásquez escribe, citando a Salman Rushdie:

¿Quién tiene el poder de contar las historias de nuestras vidas y de determinar no solo qué historias se pueden contar, sino también de qué forma se pueden contar, cómo se tienen que contar? Evidentemente hay historias en las que todos nosotros vivimos, la historia de la cultura y la lengua en las que vivimos, la Historia en la que vivimos y, de hecho, las estructuras éticas en las que vivimos, de las cuales una es la religión. ¿Quién debería tener poder sobre estas historias?

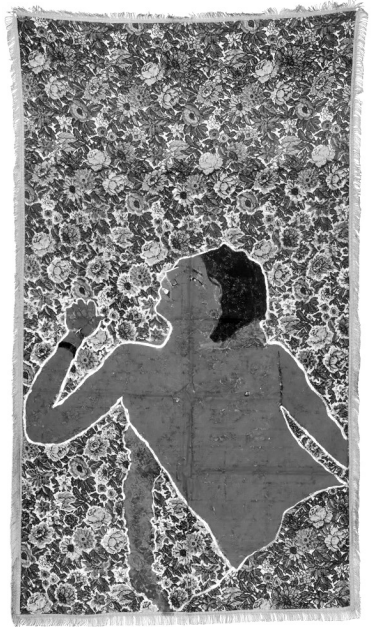
En realidad, la pregunta que está haciendo –la que navega por debajo de estas líneas, como un submarino– es otra: ¿deberíamos dejar ese poder en manos de esas entidades, el Estado, la Nación, la Iglesia? Por supuesto que uno ni siquiera tendría que ponerse frente a estos signos de interrogación si estas entidades no fueran grandes narradoras. Pero lo son: tienen a su disposición todas las armas del mejor novelista y algunas que el novelista no tiene. Cuando se vuelve claro que la Historia es una narración cuyo narrador es el Poder, y por lo tanto que el Poder tiene y tendrá siempre la aspiración de contar nuestra historia, el papel de la literatura cobra una importancia brutal: la literatura se vuelve el espacio donde cuestionamos esa narración monolítica,



donde contamos la otra versión, *nuestra* versión. (*El Malpensante*, No. 111, agosto 2010)

De esas otras versiones están hechas las memorias de la década del ochenta. Muchas de esas memorias son dolorosas, porque ellas, en efecto, se concentran en dar palabra y sonido humano al dolor, en darle dimensión a la pérdida de un pariente o amigo, al desplazamiento, al secuestro, a los ecos de unos combates en los que nadie escapa a la beligerancia de las partes enfrentadas. La palabra aquí está en situación y en ella se imbrica el poder del tiempo, el poder de la recordación, la forma en que la memoria va adquiriendo su propio dolor para hacerse visible y vibrante en el relato.





*Asesinada mujer en hospedaje positivo.* Beatriz González, 1985, acrílico y óleo sobre tela.  
Fuente: <https://www.banrepcultural.org/coleccion-de-arte/obra/asesinada-mujer-en-hospedaje-positivo-ap6653>



# La historia reciente como relato sin ficción



**Un problema que surge** al aventurar un concepto de la no ficción, tanto en lo narrativo como testimonial, es su naturaleza genérica, pues estamos ante un sistema de préstamos provenientes de la literatura y el periodismo tradicional; de ahí que el análisis genérico, al momento de discernir la materia de la que está hecha lo narrado, resulte ineludible. Dos teorías provenientes del estructuralismo pueden contribuir a analizar de manera efectiva esta cuestión. Por una parte, Tzvetan Todorov establece las bases de la formación de los géneros desde la perspectiva de la especificidad de los textos, sin obviar las tradiciones de las que se alimentan. Todorov explica en *Los géneros del discurso* (1991) que la única forma de identificar el origen de un género literario (o no literario) es buscando en los géneros que le preceden, de los cuales no solo ha tomado préstamos, sino que, literalmente, se ha formado, o, si se quiere, deformado a partir de su preexistencia. Los planteamientos de este autor resultan importantes en este ámbito, ya que afrontan la indeterminación de los géneros en el mundo contemporáneo, no como una particularidad sino como una constante, con lo cual se puede deducir que la mezcla de las formas discursivas es propia de la configuración histórica de las tipologías y géneros textuales.

A esta perspectiva conviene sumarle la de Gérard Genette, quien en *Ficción y dicción* (1991) evalúa la literariedad del texto a medida que desmonta el andamiaje canónico que lo determina. Luego en *Palimpsestos* (1989) Genette formula y define el conjunto de relaciones textuales que pueden darse en el proceso de imbricación que da origen a los géneros y sus particularidades.

Esta propiedad de los géneros de ser maleable se acentúa, además, en la modernidad literaria, sobre todo cuando los escritores apelan a las formas expresivas para detonar en ellas sus propios límites, bien sea como parte de una experimentación formal que les permita el juego consciente en el decir, bien sea porque aquello que se pretende narrar es tan com-



plejo, que requiere del concierto de varios géneros para elucidar una propuesta de mundo.

El otro problema que se presenta al tratar de caracterizar el periodismo narrativo y testimonial es la dicotomía ficción/no ficción, en virtud de que estamos ante una forma narrativa que se refiere a la realidad con las herramientas de la literatura, es decir, con las herramientas que tradicionalmente se habían usado para la ficción. Por eso no extraña que Javier Cercas sostenga que el periodismo, uno de los “grandes géneros narrativos de la modernidad” (2016, p. 27), no haya podido escapar al influjo de la novela, a su “apetito omnívoro” (p. 27). Sobre todo, a la novela heredera de la tradición cervantina, es decir, la novela híbrida, *bastarda* o sin nobleza, como suele Cercas caracterizar a la novela contemporánea. De este modo, el escritor español le da a la novela un estatus superior, en especial cuando llama la atención de que este género tiene la virtud y acaso la costumbre de *fagocitar* otros géneros como la historia, la poesía y el ensayo. El periodismo, por supuesto, no escapa a su ambición abarcadora:

El Nuevo Periodismo de los años sesenta pretendía, como afirmaba Tom Wolfe, que el periodismo se leyera igual que la novela, entre otras razones porque usaba las estrategias literarias de la novela, pero lo cierto es que por entonces no fue solo el periodismo el que empezó a canibalizar la novela, sino también la novela la que canibalizó el periodismo, echando mano de todos los recursos narrativos de éste y convirtiendo la materia periodística en materia de novela, como ocurre en *A sangre fría*, de Truman Capote. (2016, p. 27)

Luego de la publicación de *A sangre fría* (1966), la novela de la que Truman Capote dijo en una de sus cartas de 1964 haber escrito convencido de “[...] las posibilidades artísticas del reportaje” (p. 627); y que un medio británico anticipó, ese mismo año, en denominar “[...] documental enriquecido” (p. 604), surgió desde Norteamérica un interés ascendente por esa nueva forma de narrar. Al respecto, la obra capital es *El nuevo periodismo* (1973), de Tom Wolf, quien fuera además uno de los padres del periodismo narrativo, y a quien le debemos la caracterización inicial del género, sus primeras aproximaciones conceptuales y la primera se-



lección de ejemplos del mismo. Desde entonces, la bibliografía sobre el problema genérico que supone el periodismo narrativo es copiosa. De ella cabe destacar el trabajo de Albert Chillón, *Literatura y periodismo: una tradición de relaciones promiscuas* (1999). Chillón tiene el mérito de haber reflexionado acerca de algunos de los asuntos más relevantes del tema tales como el proceso de recepción, la formación histórica y lo que él denomina “cánones de escritura”, refiriéndose de este modo a los estilos predominantes en la tradición literaria. El académico propone también una especie de análisis comparatista entre los discursos literario y periodístico, para lo cual formula una propuesta en la que subraya “[...] la fundación de una nueva disciplina, el comparatismo periodístico-literario, cuyo objeto de estudio [...] viene delimitado por el conjunto de relaciones y conexiones, tanto diacrónicas como sincrónicas, entre la cultura periodística y la cultura literaria” (1999, p. 26).

En *Ficciones verdaderas* (2005), un valioso trabajo de antología preparado por Tomás Eloy Martínez, el narrador argentino interpreta las finas relaciones que algunos escritores en Occidente, al estilo de Shakespeare, Defoe, Melville, Conrad, Borges, Vargas Llosa y García Márquez, establecieron como procedimiento estético y literario en la connivencia entre lo factual y lo ficcional. Escritores que suelen hurgar en los acontecimientos de la historia, que suelen apropiarse de sus gestos metafóricos, para trasvasar su sentido en el ámbito de la ficción; de tal suerte que en el texto logran un complejo efecto de desviación, de copia tergiversada, de “disimilitud”. A estas formas Martínez las denomina *simulacro*:

[...] una manera de subvertir el mundo de la representación, porque en vez de ser una copia degradada, perversa, es una fuerza positiva que niega tanto el original como la copia, tanto el modelo como la reproducción, para fundar una especie de vértigo, un algo que no es uno ni lo mismo. (2005, p. 10)

En tal sentido, la no ficción se alimenta de ese *simulacro*, en tanto dispositivo de narración, de representación discursiva del mundo y propuesta de una segunda realidad; solo que el propósito del cronista va por otro camino del tomado por el fabulador. Porque lo suyo, más que la búsqueda de un efecto estético –implícito, por supuesto, en todo acto

de escritura consciente– es un fin ético: “En la escritura periodística el pacto está determinado por el lugar que ocupa esa escritura: ese lugar es el lugar de la verdad” (2005, p. 13).

Se comprende por qué Hayden White en *El contenido de la forma: narrativa, discurso y representación histórica* (1992) aluda al problema de la representación; después de todo, en el fondo del asunto está el hecho de que nos enfrentamos a una forma distinta de representar la realidad. White desarrolla el problema de la relación historia-literatura al establecer un principio de ficción en el proceso de representación de lo que entendemos usualmente como la realidad histórica. En este caso, no se trata solo de ver qué se representa, sino, además, tratar de establecer los mecanismos psicológicos, sociales y culturales que median en el proceso de representación; con lo cual el problema es, al mismo tiempo, el de la recepción y el de la producción.

Género híbrido y forma de expresión narrativa contemporánea, la no ficción debe su arribo en América Latina a las propuestas de una escritura de experimentación formal. En este terreno, autores como Gabriel García Márquez en Colombia –*Relato de un naufrago* (1955)–, Rodolfo Walsh en Argentina –*Operación masacre* (1957)– y Elena Poniatowska en México –*La noche de Tlatelolco* (1971)–, hicieron sus primeras incursiones en trabajos de investigación y testimonio, en un diálogo con las complejas realidades impuestas por los estados de excepción, la debilidad del orden civil y por una serie de políticas de intervención transnacional, propias de la posguerra.

En los sesenta se consolidó la relación estética y literaria que algunos de los escritores del *Boom* establecieron con el Nuevo Periodismo norteamericano, en especial con autores como Hemingway, Mitchell, Capote, Talese. Esta relación se hizo evidente en el ejercicio de una escritura en la que las fronteras de los géneros literarios se ponían en debate, no así la categoría de autor, que se complicaba en el escenario de su lugar de enunciación. El rastreo de géneros parecía una consecuencia de mezclar los diversos formatos que vigorizan la cultura de masas: el cine, el teatro, la radio, el melodrama, en fin. No sorprende que ese Nuevo Periodismo haya mutado en un “periodismo literario”, al decir de Norman Sims, un



periodismo que busca “penetrar en las culturas”, a través de unas técnicas narrativas que pueden resumirse de este modo: “[...] la inmersión, la voz, la exactitud y el simbolismo” (Sims, 1996, p. 12).

La no ficción se nutre del periodismo, la novela realista, la sociología, la etnografía y el método de investigación inherente al historiador de oficio. De ahí que se haya convertido en un instrumento eficaz para narrar los accidentes de una realidad histórica convulsa que no siempre resulta creíble y asimilable a los ojos del lector. En el caso colombiano, si pensamos en un balance de lo acontecido en la década del ochenta del siglo XX, esa realidad suele confundirse con la desmesura y el exotismo. Más allá de estas apreciaciones, subyace la crudeza de un devenir histórico, frente al cual los escritores nombran de otro modo ese clima que pareciera desbordar los límites de la ficción, permitiéndose el acercamiento al registro de una *narrativa facticia*, esto es, “representaciones verídicas” de la vida social a través de testimonios, historias de vida, memorias, relatos de viajes, entre otras variantes del hecho narrativo. (Chillón, 1999).

Una literatura de la no ficción para el ámbito colombiano, en sus variantes de periodismo narrativo y testimonial, supone aventurar unos tránsitos, unos estilos y procedimientos narrativos. Implica, asimismo, el reconocimiento de unos autores y obras que permitan arriesgar el corpus de una propuesta de lectura: frente a las formas de la violencia, al rostro cada vez más visible de las víctimas, a la variedad de los materiales de archivo y a la necesidad de confrontar las versiones de un discurso oficial, el periodismo narrativo y testimonial en Colombia se pregunta por la verdad, en términos éticos y morales; de este modo, arroja luces a la comprensión de una memoria histórica.

Valga anotar que la recepción académica que se ha hecho de la literatura de la no ficción (narrativa y testimonial) ofrece otros matices, pues a falta de autores o trabajos clásicos sobre el tema, abundan los artículos, las compilaciones y los trabajos de caso. Entre las compilaciones más importantes destaca la realizada por Juan José Hoyos, *Periodismo narrativo en Colombia: 1638-2000* (2009) y el libro de Sebastián Pineda Buitrago, *Breve historia de la narrativa colombiana: Siglos XVI-XX* (2012) que estudia la evolución histórica del fenómeno y sus fuentes principales. A estos

trabajos se le suma el de Mariana Bonilla, quien en su libro *Periodismo Cultural y literario en Colombia* (2011) formula una mirada crítica sobre el papel que ha jugado el periodismo cultural en el proceso de evolución de la literatura colombiana.

Además de estos trabajos, que abordan el problema de forma amplia, encontramos un sinnúmero de artículos y reseñas que se refieren específicamente a estudios de caso, entre los cuales predominan los análisis de la obra de J. A. Lizarazo, Laura Restrepo y Gabriel García Márquez. Respecto al primero, es importante mencionar el artículo de Andrés Puerta Molina, titulado *Una voz de los olvidados. Análisis del periodismo narrativo de José Antonio Osorio Lizarazo* (2009), en el que se realiza una interpretación exhaustiva sobre la obra periodística del autor bogotano, a partir de los registros de un periodismo con alto contenido social y de denuncia, en un momento en que esta actitud crítica, en un país con ínfulas grecolatinas, parecía exótica. En el caso de Laura Restrepo, cuya bibliografía crítica es también nutrida, mencionaremos solo el trabajo *Política, periodismo y creación en la obra de Laura Restrepo* (2005), escrito por Noris Rodríguez, en el que se analiza de forma detallada la relación del ejercicio creativo con la práctica periodística en la obra de la autora. Finalmente, es sabido que la teoría crítica y analítica sobre la obra de García Márquez es mucho más amplia que la obra creativa y periodística del autor; sin embargo, conviene destacar de ese corpus el análisis que Carmenza Kline realizara en su libro *Orígenes del relato. Los lazos entre ficción y realidad en la obra de Gabriel García Márquez* (2003).

Respecto a las relaciones del periodismo con el conflicto, especialmente con el que suele abrigarse bajo el término “violencia”, una serie de trabajos se ocupan, desde varias perspectivas, de problematizar el asunto. Destacan entre ellos el trabajo de Jorge Bonilla Vélez, en su artículo “Periodismo, Guerra y Paz: Campo intelectual y agendas de la información en Colombia” (2002), y el trabajo que realizara en compañía de Germán Rey y Camilo Andrés Tamayo, titulado *Las violencias en los medios, los medios en las violencias* (2007). En ambos aportes el objeto consiste en determinar el papel que han jugado los medios y el ejercicio periodístico en la representación social y la fijación simbólica del conflicto,



entendiendo que el periodismo opera como un agente intermedio entre la oficialidad y la ciudadanía. Destaca también el trabajo de Martha Cecilia Herrera Cortés y Carol Pertuz Bedoya titulado *Narrativa testimonial y memoria pública en el contexto de la violencia política en Colombia* (2015), en el que las autoras elaboran una amplia reflexión en torno al proceso de construcción de memoria histórica, de cara a las políticas públicas de memoria y el papel que juegan los medios y, con especial énfasis, los relatos testimoniales en dicha construcción.

En síntesis, podría decirse que, ligada al gran Texto de la Historia como relato y presencia, la no ficción en Colombia amplía el ámbito del examen crítico en torno a una realidad estratificada y a la imperiosa necesidad de la pregunta por la verdad, en términos éticos y morales, de un conflicto político y social que arroja más víctimas que las registradas por sus novelistas en los textos mayores de la ficción.





# La no ficción que afirma las nuevas violencias



Por este camino, abierto a la experimentación y a la exploración de las realidades concretas, se aventuran unos signos que puedan representarlas. Presumimos el arribo al país de un tipo de escritura mixta, correspondiente a la actitud de un escritor que, o bien abandona las salas de redacción para empaparse de realidad y a partir de allí leer los signos del afuera, o bien amplía el espectro de su labor individual al considerar que los materiales que nutren su escritura devienen susceptibles de ser revalorados, en virtud de que la realidad configura un texto con múltiples huellas, frente al cual es necesario leer en la cultura los síntomas de esas páginas abiertas al conflicto.

A ese nuevo texto podría catalogarse, provisionalmente, de no ficción y advertimos algunas de sus primeras páginas en un particular libro cuyos relatos Osorio Lizarazo publicó inicialmente por entregas en las páginas de la revista *Sábado*, dirigida en los años cuarenta por Plinio Mendoza Neira en Bogotá. Nos referimos a *Fuera de la ley (Historias de bandidos)*, dos amplios perfiles sobre la vida de un par de malhechores santandereanos, José del Carmen Tejeiro y Antonio Jesús Ariza. Llama la atención las palabras con que la revista *Sábado* presenta la segunda entrega del perfil sobre Tejeiro en septiembre de 1944<sup>1</sup>:

La vida agitada, extraordinaria y, sin embargo, profundamente encajada en el ambiente nacional, de José del Carmen Tejeiro va surgiendo en estas páginas bajo la exacta interpretación del autor, con la viva expresividad de una película cinematográfica. Osorio Lizarazo realizó un viaje de investigación y de estudio por los territorios que fueron el teatro de las notables hazañas de estos bandidos, y de allí obtuvo

1. J. A. Osorio Lizarazo. “Bandidos colombianos. José del Carmen Tejeiro”, en Revista *Sábado*, 30 de septiembre de 1944. La primera entrega fue el 23 de septiembre del mismo año. Esta historia y la de Antonio Jesús Ariza fueron publicadas por Talleres Gráficos Mundo al Día de Bogotá, bajo el título *Fuera de ley (Historias de bandidos)*. No tiene año de publicación, pero se colige que debió ser a finales de la década del cuarenta.



la valiosa información sobre las peregrinas aventuras que vivieron, y que presentadas con la habilidad que ha hecho de este escritor el primer novelista nacional, adquieren un sentido y un sabor de profundo realismo.

Sin nombrarlo, la revista señala las características de un nuevo género, mezcla de labor investigativa, trabajo de campo, virtud periodística y narrativa, que no esconde el punto de vista del autor y que, para lograr efectividad en lo narrado, acoda la *expresividad*, propia de una *película cinematográfica*, es decir, nuevos recursos que permiten una mayor efectividad en la construcción de un tipo de historia “encajada en el ambiente nacional”. Y Osorio Lizarazo comprendió la naturaleza del mundo delictivo –en su visión romántica existe la anarquía porque hay injusticia–, la ambigüedad de quienes se separan del orden legal para hacerle frente a un Estado inepto y el carácter heroico de sus personajes, el valor que sus vidas marginales precisaban para una sociedad espectadora; por ello se entiende que el escritor exprese de Tejeiro que en torno a su nombre se “forjó” una “categoría heroica. La gente afianzó su determinación de ayudarlo en su lucha egregia contra la injusticia...” (p. 18).

El “ambiente nacional” y la “categoría heroica” –en tanto apreciación del colectivo–, son algunos de los elementos propios de lo “popular”, ese lugar donde la realidad cobra sentidos insospechados y exige acercamientos de otra índole, más allá de las posibilidades que brinda la ficción (Monsiváis, 2000; Gil, 2009).

La trocha abierta por Osorio Lizarazo permitirá el trabajo periodístico y de campo que llevó a cabo, unos años después, Felipe González Toledo, a través de una serie de crónicas policiacas sobre el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán. En una entrevista que Arturo Alape le hizo a González Toledo en diciembre de 1991, éste le contó que a sus dieciocho años, cuando pretendía abrirse paso en la vida y su situación económica era muy difícil en Barranquilla, un amigo de su padre, el novelista José Antonio Osorio Lizarazo, entonces jefe de redacción de *La Prensa*, lo contrató temporalmente y allí empezó su trabajo periodístico –“Poco a poco él me puso a escribir noticias sobre diferentes vainitas”, le expresa a Alape–, pero luego el propio novelista le sugiere que se radique en Bogotá para



que busque mejores opciones de trabajo (Alape, 1997, pp. 226-227).

Testigo de excepción, González Toledo recoge en sus crónicas los signos visibles de una muchedumbre que, en medio de su furia y dolor por la muerte de una promesa política, conviene en trazar las coordenadas de un país que habría postergado sus primeros diálogos con la modernidad. Sus crónicas narran con un tono preciso el sentir de un dolor colectivo, el rumor de voces del descontento y se apoyará en los detalles más nimios de lo cotidiano para fortalecer tanto su relato en torno a las acciones de Roa Sierra para asesinar a Gaitán en pleno centro de la ciudad, como a su vida anónima y al destino de su cadáver arrastrado por el *pueblo*:

La turba anónima arrastró el cuerpo ya semidesnudo del asesino hacia la calle 14. Tras la rastra macabra quedó uno de los zapatos del criminal. Un zapato amarillo, curtido, muy gastado. Alguien, un vendedor de lotería, por instintiva curiosidad lo recogió. Pero luego, sin más recurso a la mano para dar expansión a su ira, lo arrojó de nuevo, violentamente, contra el asfalto. (González, 1993, p. 24)

Era la mitad del siglo XX y el país persistía en sus acciones de violencia, mientras sus fuerzas políticas azuzaban las discrepancias ideológicas y sociales, las mismas que permitieron el arribo de Rojas Pinilla al poder –con la subsecuente hostilidad hacia los medios informativos<sup>2</sup>– y la posterior aplicación de la fórmula del Frente Nacional (1958-1974), como una coalición política para restablecer en algo un orden civil que luego se haría más inestable con el surgimiento de las guerrillas rurales y urbanas, y con la entronización del mercado de las drogas como una transnacional que hizo de la guerra y de los pactos firmados en la ilegalidad, una empresa rentable. Luego vendría el paramilitarismo y con él, las formas de una violencia que aún resultan difíciles de representar en términos artísticos y narrativos, en virtud de su incomprensible y oscura naturaleza, propia de un mal racionalizado, como la que se hizo testi-

2. La metáfora de este tiempo la constituye el cierre del periódico *El Espectador* por orden de Rojas Pinilla. Uno de los afectados con el cierre fue García Márquez, quien entonces era corresponsal del periódico en Europa. Frente a esta situación, García Márquez se impuso la escritura de la novela *El coronel no tiene quien le escriba*, publicada, inicialmente, en las páginas de la revista *Mito* en 1958.



monio y espectro bizarro en el libro de Mauricio Aranguren, *Mi confesión Carlos Castaño revela sus secretos* (2001).

La no ficción ha intentado darle un cuerpo distinto a esa violencia oscura e incomprensible que se presenta al desnudo en obras como *Colombia amarga* (1976) de Castro Caycedo y *Colombia y otras sangres* (1987) de Germán Santamaría. El libro inicial de Castro se publica nueve años después de que García Márquez impusiera en el mercado editorial *Cien años de soledad*; entre una y otra obra Darío Jaramillo Agudelo lee las dificultades de una literatura colombiana que no consigue apartarse de la sombra de los Buendía, superar los esquemas del realismo social y dejar de regodearse con juegos de lenguaje y técnicas experimentales poco efectivas. Apoyado en Podhoretz, para quien el inminente declive en general de la novela da paso a un tipo especial de periodismo, Jaramillo Agudelo observa en *Colombia amarga* una forma artística distinta a la que él enjuicia, no sin ironía, como “nuestra correcta literatura nacional” (1977, pp. 327-332). Después de un trabajo de campo por la vasta geografía colombiana, Castro Caycedo habría logrado narrar la realidad “a través de reportajes que admiten una *productiva* lectura revolucionaria, o un rimbombante elogio de ese animal calibre 38 que es la verdad” (pp. 327-332).

Podríamos afirmar que el autor de la no ficción se resuelve conciencia e intermediario de lo que afuera se evidencia como conflicto. El testimonio, en este caso, deviene “voz popular”, prueba de una inestabilidad política en la que el escritor, el “letrado”, “representa” una situación social denunciada por sus protagonistas. En algunos casos el escritor vincula el “testimonio y lo documental con elementos literarios como representación de la realidad vivida por el país.” (Ortiz, 2000, p. 342).<sup>3</sup>

En cuanto texto múltiple y polifónico, a este tipo de literatura le es inherente, en el balance de la tradición, el catálogo de obras narrativas

---

3. Para una aproximación al valor del “testimonio” como relato de no ficción, en tanto “registro” de una realidad caótica, que opera como recurso narrativo en la obra, lejos del “realismo ingenuo” y de la pretendida “objetividad periodística”, se recomienda el trabajo de Ana María Amar “La ficción del Testimonio” (revista *Iberoamericana*, No. 151, Vol. LVI, Pittsburgh, 1990, pp. 447-461).



en torno al período de la violencia bipartidista que suele delimitarse entre 1947 y 1965. Augusto Escobar Mesa registra más de setenta novelas y centenares de cuentos; advierte que impera el testimonio y la anécdota sobre un trabajo estético consciente; tanto la estructura narrativa como los asuntos del lenguaje y la caracterización de los personajes son temas secundarios. Los hechos son los que importan: “Lo único que motiva es la defensa de una tesis. No hay conciencia artística previa a la escritura; hay más bien una irresponsabilidad frente a la intención clara de la denuncia” (Escobar, 1990, p. 101).

César Valencia Solanilla coincide con esta apreciación y considera que, si en los años setenta hubo un cambio de actitud artística por parte de los escritores, se debe a la “superación del fenómeno de la violencia socio-política como prurito ético narrativo”, y a la voluntad de los autores por asumir el fenómeno desde la interiorización del conflicto, el manejo de los correlatos, la distancia crítica frente a un realismo que lo apostaba todo al mero testimonio y a la crónica de denuncia. Este cambio permitió leer otro tipo de obra en la que implicaba “una reescritura de la historia, una indagación de nuestras raíces culturales y cierto pragmatismo del discurso narrativo hacia la comprensión de nuestra problemática” (Valencia, 1993, pp. 466-467).

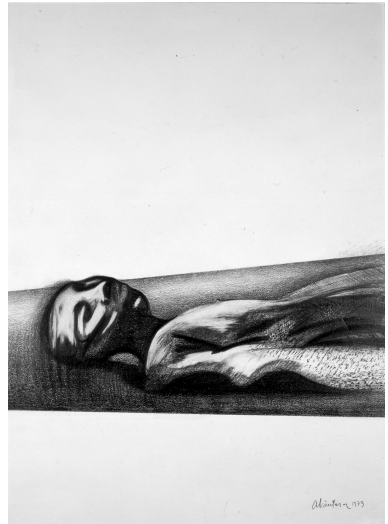
Pocas son las obras de esta época que a los ojos de especialistas y críticos superan las limitaciones de una visión estética atada a las posturas ideológicas de sus autores. Bastaría reconocer los avances logrados en cuentos como “Espuma y nada más” (1950) de Téllez y “Un día de estos” (1962) de García Márquez, ambos tejidos por un fino hilo intertextual; y, por supuesto, en novelas como *El coronel no tiene quien le escriba* (1958), *La casa grande* (1962), *Cóndores no entierran todos los días* (1971) y *Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón* (1975). Esta última obra sería una de las más complejas en su elaboración formal por la serie de materiales que la constituyen y el relato polifónico que subyace en su estructura<sup>4</sup>,

4. Óscar Osorio. *Historia de una pájara sin alas*, Cali, Universidad del Valle, 2003; Cristo Rafael Figueroa, Claire Taylor, César Valencia y otros. III Encuentro de Escritoras Colombianas. Homenaje a Albalucía Ángel, *Memorias*, Santafé de Bogotá, Consejería Presidencial para la Equidad de la Mujer, Organización de Estados Iberoamericanos, 2006.



por la misma vía del que representa Cepeda Samudio en su novela de 1962 sobre la Masacre de las bananeras, mucho antes de que el tópico sirviera a García Márquez para dar una base histórica al mundo alucinado de la estirpe de los Buendía, con tal fuerza, que aún hoy sorprende la forma como dicho mundo sería interpretado por la sociedad fuera de la ficción (Posada, 2003, pp. 243-277).

Allanado el camino de un corpus narrativo que supera el discurso de la denuncia y la querrela política, se amplían las posibilidades del escritor colombiano al apostar por la representación de un mundo con recursos formales muy cercanos al Nuevo Periodismo norteamericano, como tempranamente lo comprendieron Cepeda Samudio en *Todos estábamos a la espera* (1954) y García Márquez en *Relato de un naufrago* (1955), esta breve obra en la que, al decir de Chillón (1999, pp. 338-339), el autor construye un reportaje novelado con base en el rigor documental, privilegiando el punto de vista de Velasco, el protagonista de un drama con disimulado contenido político. También es un hecho que la guerra sucia vivida en Argentina tras la caída de Perón y la llegada al poder de militares que respondían al expansionismo y control político americano, más los ecos de una escritura que convienen en afrontar narradores como Rodolfo Walsh y Tomás Eloy Martínez, ampliará en los colombianos los temas y tratamientos frente a su propio contexto agitado. Para entonces, se sienten todavía los coletazos de la lucha bipartidista y se agudiza el conflicto armado de las guerrillas contra el poder estatal, por la posesión de territorio y rutas para el arribo de armas, mientras los nexos entre los grupos al margen de la ley se harían más complejos, en vista de que el territorio en disputa vendría a ser el mismo que los carteles de la droga utilizaban para abastecer el mercado de estupefacientes.





*Hombre caído No. 3.* Pedro Alcántara Herrán, 1973, grafito, carboncillo sobre papel.  
Fuente: <https://www.banrepcultural.org/coleccion-de-arte/obra/hombre-caido-no-3-apo487>



# De estatutos, persecuciones y anulamientos de cerebros



Este nuevo horizonte del conflicto derivó en la promulgación del controvertido Estatuto de Seguridad en 1978, bajo el amparo del Estado de Sitio. Se trataba de un inflexible régimen penal, con el que el gobierno de Turbay Ayala al darle facultades de policía judicial al aparato militar, pretendía salvaguardar las “instituciones democráticas” de los grupos subversivos y de cualquier conato de alteración del orden público. Al ser preguntado por las razones que los llevaron a modificar ciertas disposiciones del Código Penal, el entonces Ministro de Gobierno Germán Zea Hernández, argumentó que el país que había entregado Alfonso López Michelsen era inseguro, se había incrementado el número de secuestros y hasta las guerrillas estaban fracturando la institucionalidad; recuérdese el robo de armas del Cantón Norte en Bogotá. Así que con el Estatuto de Seguridad se endurecieron las penas, pues era necesario, decía el exministro, “contrarrestar” la “ola de criminalidad” y evitar el “derrocamiento del gobierno” (Alape, 1985, pp. 379-380):

Y yo le digo una cosa, el país comenzó a tranquilizarse, el país comenzó a pacificarse. La acción de las Fuerzas Armadas que en ese momento fue muy prudente, llevó a las cárceles a mucha gente. Y lo hizo después del asalto al Cantón Norte. Allí fue cuando surgió el clamor de que se estaba torturando a la gente y probablemente hubo excesos en eso. No podría decir que nos los hubo. Sin embargo, yo quiero decirle que a mí mismo el presidente Turbay me comisionó para que visitara sorpresivamente los sitios donde estaban los presos, y eso lo hice en compañía del doctor Hugo Escobar Sierra, los capturados por el Ejército para ver si constatábamos la existencia de torturas. Nunca las encontramos. Claro que la gente se quejaba mucho. A mí me llegaban personas para decirme que a su marido o a su hermano los habían colgado de los testículos y que los habían metido a la fuerza a una poceta de agua para que confesaran ciertas cosas. Pero eso no lo pudimos establecer. (Alape, 1985, pp. 380-381)



El Estatuto de Seguridad rigió hasta 1982, año en que asumió la presidencia Belisario Betancur, quien se empeinó, infructuosamente, en un proceso de paz truncado por la toma del Palacio de Justicia (1985), a manos de una célula guerrillera del Movimiento 19 de Abril. Antes, en 1984, la muerte del ministro Rodrigo Lara Bonilla destapaba las cartas con que los carteles de la droga estaban dispuestos a jugar para evitar su desmoronamiento y la extradición hacia Estados Unidos de sus más temidos capos. Ya cuando el peligroso juego impulsaba una economía emergente, una cultura del mal gusto y unos pactos bochornosos que salpicaban a los políticos –recuérdese el sonado *Proceso 8.000*–, algunos de estos grupos mafiosos se liaron con los grupos paramilitares, una perversa alianza que tendría su punto más álgido con el asesinato del precandidato liberal Luis Carlos Galán en 1989. Este crimen cerraba una década de ignominia en la que un partido de izquierda, la Unión Patriótica, había sido exterminado con instrumentos de terror, acaso más sanguinarios que el “modelo argentino”, empleado por el militar y dictador Jorge Rafael Videla (Dudley, 2008).

Uno de los crímenes emblemáticos de aquella época y con el que se cerraba una década de terror, fue el cometido contra Bernardo Jaramillo Ossa, líder de la Unión Patriótica y candidato a las elecciones presidenciales de 1990, luego de que recibiera las banderas políticas de Jaime Pardo Leal, otro más de los líderes de izquierda, asesinado en 1987. Cuando María Jimena Duzán reconstruye los días previos a la muerte de Bernardo Jaramillo, basada en la memoria de su esposa, la barranquillera Mariela Barragán, narra la escena en la que esta mujer se tira encima del cuerpo muerto para protegerlo e intenta levantarlo; y lanza una cifra escalofriante, a propósito del número de asesinados en las filas de la UP: “Su muerte sería la 1.357 de la Unión Patriótica” (1992, p. 305).

Son muchos más los acontecimientos históricos que tejen la memoria reciente del país, y más los signos que atienden a su complejidad. Siguen latentes las miradas críticas y las reconstrucciones, por vía de la historia y el periodismo, de la ficción y la combinación de géneros, a momentos claves de nuestra realidad histórica. En el decurso de modernización de las instituciones estatales y en el control que la sociedad civil ejerce so-



bre ellas, se agudizan las miradas históricas y sociológicas, se privilegia un diálogo con los documentos y los archivos, se cuestionan las versiones oficiales, se agudiza una teoría del complot y se revaloran los relatos sociales y sus gestos metafóricos, como lo inauguraran ejemplarmente Germán Castro Caycedo en *Mi alma se la dejo al diablo* (1982), una suerte de reescritura de *La vorágine* y Arturo Alape en su libro de voces *El Bogotazo memorias del olvido* (1983), a propósito del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán. Este libro, tejido por los testimonios de intelectuales, periodistas, escritores, políticos, militares, historiadores, jefes de estado y gentes del común, constituye un modelo de escritura para dar cuenta de los diversos testigos de excepción de un país extraño, desmemoriado e inmediateista: “El olvido histórico –expresa Alape– es una forma de política de las clases dominantes en nuestro país. El Frente Nacional es una formulación política del olvido histórico. Así está preñada la historia de este país, es una constante en la educación que hemos recibido” (Escobar Mesa, 2003, p. 99).

Ligado a este libro y al carácter polifónico que lo soporta, la escritura de la no ficción justifica una presencia en textos memorables como *Los años del tropel: relatos de la Violencia* (1985) y *Siguiendo el corte. Relatos de guerras y de tierras* (1989), dos de los libros principales del sociólogo Alfredo Molano, el mismo que tomara distancia del discurso académico y las aulas, al encontrar que era en las voces, en los testimonios de los seres marginales y olvidados, desde donde podía narrarse la contrahistoria, las otras versiones de un país feudal y anacrónico, en esa misma línea que explorara Oscar Lewis en *Los hijos de Sánchez* (1962) y cuya trascendencia para el desarrollo de una literatura moderna, de acuerdo con las preocupaciones de Valencia Goelkel, no podría quedarse en el mero plano testimonial y de denuncia: “El uso de un artefacto mecánico, de la grabadora de sonido, no le confiere al realismo de Lewis mayor categoría; la cinta magnetofónica no aventaja los prolijos cuadernillos de apuntes de Flaubert o de Henry James” (Valencia Goelkel, 1997, pp. 261-262).

Fiel a los antecedentes bibliográficos aquí anotados y a las agudas observaciones del crítico Valencia Goelkel, Juan José Hoyos profundiza

en *El oro y la sangre* (1994), los conflictos internos de una diezmada comunidad embera, al ser descubierta en su resguardo una mina de oro. En *Mujeres de fuego* (1993), el sociólogo Alonso Salazar se acercará a las historias de mujeres víctimas de la violencia urbana. ¿Cómo olvidar “Operación Cirirí”, la memorable historia de una mujer que se empecina en hallar los restos de su hijo desaparecido por los militares en Caldas, mientras el lector descubre atónito las bajezas en que incurren algunos estamentos oficiales con el fin de ocultar la verdad?

Y la verdad es variada y extraña. Con recursos propios de la no ficción y tras la experiencia de narrar en *El eskimal y la mariposa* (2004), desde el género negro, la atmósfera que rodeó la muerte de líderes políticos, algunos de ellos militantes de la izquierda, Nahum Montt escribió la novela *Lara* (2008), donde recrea los últimos días que anteceden a la muerte del ministro de Justicia Rodrigo Lara Bonilla, a manos de una tropilla de adolescentes, por órdenes de Pablo Escobar, el jefe del cartel de Medellín. Montt declara: :

Yo hice una gran investigación antes de comenzar. Y luego comencé a elegir qué me interesaba de esa información. Luego está algo de lo que no me puedo escapar y es de las perspectivas y las argucias narrativas. Creo que la función de un escritor es ver lo que otros no ven, e intentar contarlo. En el caso de Lara fue rastrear decenas de fuentes, ir a Neiva, leer archivos y luego sí seleccionar, desde mi punto de vista, lo que yo consideraba le servía a la historia. Cuando comencé el proceso de la biografía en 2002, y recabé en archivos, las preguntas me asaltaron. Cada vez que leía una nueva información me interrogaba: ¿y si no hubiera pasado esto sino aquello que podría encajar perfectamente? A partir de esos vacíos, de esas lagunas, por fin me decidí y desde ahí comencé a escribir la novela. La literatura, en fin, llena de sentido los vacíos que deja la historia. (Correa, 2008)

Sin pretender agotar el catálogo de las obras de no ficción, queremos comentar aquí tres libros en los que se observa cómo el género se enriquece y cómo su amplia recepción le confiere a este tipo de texto posibilidades de subsistencia, en un jugoso mercado donde abundan, sin mayor mérito literario y artístico, los libros de testimonio de ex secues-



trados y las autobiografías de narcotraficantes (*Arcadia*. “El fenómeno de los libros sobre el secuestro. Bálsamo comercial”, noviembre de 2008). Nos referimos a *Noticia de un secuestro* (1996), *En secreto* (1996) y *El olvido que seremos* (2007). Luego llamaremos la atención sobre otros libros esenciales para tejer el hilo de la narrativa de no ficción que le da voz polifónica a la década motivo de estudio. De modo que recomendamos una selección de textos. En ese caso, nuestro interés es solo de carácter divulgativo.





# Primeras noticias: Sobre secuestros y olvidos inevitables

*Noticia de un secuestro*, la obra de García Márquez, penetra en las circunstancias psicológicas y sociales de los varios secuestrados por orden de Pablo Escobar en 1990, como un mecanismo que el capo empleó para presionar al gobierno de César Gaviria a archivar los acuerdos de extradición con Estados Unidos. Al referirse a esta obra como “novela no-ficción”, Carlos Monsiváis señala que García Márquez explora, en ese “gran zoológico selectivo” impuesto por la industria del crimen organizado, los estados anímicos tanto de las víctimas privadas de la libertad –su tedio, su miedo ante la muerte–, como de los secuestradores –su agresividad mezclada con temor, su extrañamiento frente a sus actos delictivos–. Previo a este cuadro psicológico el novelista “examinó el material escrito en el cautiverio, habló con los protagonistas, revisó la información y obtuvo del conjunto un acercamiento a *lo real monstruoso*: a la sociedad a merced de la otra macroeconomía, del otro esplendor del capitalismo salvaje...” (Monsiváis, junio 17 de 1996).

Las virtudes narrativas de este libro, como el manejo de la figura fantasmal de Escobar a lo largo de la narración e incluso la forma hiperbólica en que al final describe al narcotraficante que decide entregarse a las autoridades, tras la mediación del sacerdote Rafael García Herreros, confirmaban la maestría que García Márquez desplegó en una obra anterior, *La aventura de Miguel Littín clandestino en Chile* (1984).

Justamente será lo clandestino, lo que está por fuera de la ley el tema elegido por Germán Castro Caycedo para abordarlo *En secreto* (1996). Los perfiles de personajes como Jaime Arenas, Jaime Bateman, Carlos Castaño y Pablo Escobar, traslucen la familiaridad y el nerviosismo de hombres dispuestos para la guerra y la vida clandestina. Algunos sectores de la opinión pública señalaron este trabajo de inmersión como “literatura subversiva”. “El libro que nunca pude escribir (aproximación a Pablo Escobar)”, posee el brillo de esos textos esenciales donde el periodista ha logrado tal empatía con el personaje y ha vivido con él momentos de tal



dramatismo –justo en el trabajo de campo Escobar es acosado por los Pepes (Perseguidos por Pablo Escobar) y tratan de eliminarlo usando sus mecanismos de destrucción masiva–, que se reconoce en la narración de Castro Caycedo la sutileza de un profundo diálogo propio del diario personal, en el que se sospecha el temor de quien pisa una delgada línea en los ámbitos dominados por la ilegalidad y la violencia. Un lugar inestable que le permite al periodista estar cerca del personaje para asomarse a su intimidad y descubrir, por ejemplo, que Pablo Escobar fumaba marihuana regularmente a las tres de la madrugada y a escondidas de sus guardaespaldas y lugartenientes:

Era 1986. Era octubre y desde hacía diez meses lo veía una o dos veces por mes. Siempre sobre las nueve o diez de la noche. Si la sopa estaba espesa [*Escobar*] enviaba por mí al hotel. Me hacían cambiar una o dos veces de auto. Generalmente trepábamos hasta las espaldas de El Poblado y terminábamos arriba, en las colinas, en una cabaña que llamaban “filo de hambre” o en otra construida con maderos verdes y afuera un chorro de agua reventando contra las piedras del jardín. El tipo soñaba con el agua al lado de las casas y era un noctámbulo empedernido. Hablábamos hasta las seis o las siete de la mañana, sin parar, y luego se perdía. Entonces alguien me llevaba hasta el hotel, dormía un par de horas y regresaba a Bogotá. (1996, p. 241)

Por su parte, la obra de Héctor Abad Faciolince, que él consiente en clasificar de “libro testimonial” (“Alvarado Tenorio, autor de *Borges*”, revista *Semana*, 13 de enero de 2007), se convierte en un correlato que descubre para el presente cómo la muerte de su padre, el médico Héctor Abad Gómez, era apenas una de las tantas que se registró en la década de los ochenta, cuando cientos de militantes de la Unión Patriótica o comprometidos con las luchas por los derechos humanos, entre sindicalistas, líderes comunales, profesores activistas, fueron asesinados, en parte, por paramilitares como los hermanos Castaño, en cumplimiento de las órdenes que les daban miembros de la ultraderecha, agrupados en un misterioso conciliábulo, el ‘Grupo de los Seis’, conformado por personas de “las esferas del poder” –declara Castaño– (2001, p. 116), animadas por una consigna patriótica y nacionalista: “Sociedad que se





defiende” (2001, p. 117), según lo atestigua el líder de las Autodefensas Carlos Castaño en *Mi confesión*, el libro de Mauricio Aranguren; “un libro sucio” (2006, p. 267), como lo cataloga Abad Faciolince en su condición de lector herido por declaraciones como estas, en las que Castaño no tiene recato en afirmar su supremacía: “Gracias a estos señores, no soy hoy en día un bandido” (p. 116), agrega.

Si bien Castaño afirma haber ejecutado más de cincuenta acciones urbanas –léase crímenes– antes de entrar en contacto con el ‘Grupo de los Seis’ en 1987, para convertirse en su hombre de confianza, declara que con sus aliados se logró un accionar más metódico y efectivo, pues los miembros de este grupo eran quienes tomaban la decisión de a qué personas debían eliminar. Ante la pregunta de Aranguren por la identidad de estos miembros, Castaño responde:

Al Grupo de los Seis ubíquelo durante un espacio muy largo de la historia nacional, como hombres al nivel de la más alta sociedad colombiana. ¡La crema y nata!

Para mí fue un privilegio el paso que tuve por las vidas de esas personas, y no hay que ponerle un toque macabro, era un grupo de seis colombianos a los que denomino verdaderos patriotas, comprometidos con Colombia. Ellos me convencieron de la importancia de actuar patrióticamente y dedicar mi vida a la defensa del país, y entregarla si es el caso. Eran personajes de todo respeto y credibilidad, que por su edad avanzada vieron en mí la posibilidad de tener un hombre de la patria. (2001, p. 117)

Con este tipo de revelaciones, es un hecho que los correlatos de carácter testimonial tienden a marcar un camino que tal vez prefiguraba Darío Jaramillo Agudelo en los gestos que interpretó en la *Colombia amarga* de Castro Caycedo. Este camino aún se mira con desconfianza y por ello se comprenden los cuestionamientos que Marianne Ponsford plantea sobre la tendencia en la literatura colombiana en cuanto a la “subversión de los géneros”, es decir, a la cada vez más difusa separación entre el periodismo y la literatura en propuestas estéticas recientes –Ponsford cita las obras *Happy birthday*, *capo* de José Libardo Porras, *Lara* de Nahum Montt y *Libranos del bien* de Alonso Sánchez Baute–. A propósito de estos

géneros subvertores Ponsford interroga a uno de los implicados, Abad Faciolince, quien le responde que el periodismo ha perdido su pudor y ahora ocupa terrenos que antes le eran favorables a la ficción, como el de imaginar la vida privada:

La novela era el terreno donde se debatía la intimidad, lo más hondo de los sentimientos humanos, sin violar la intimidad de las personas. Si la no-ficción viola la intimidad (y eso a mí me sigue pareciendo ilegítimo, salvo que el interesado lo permita, o el que el periodista sea el mismo biografiado) entonces la no-ficción coloniza un territorio que antes pertenecía solamente a la ficción. (Ponsford, 2008)

En fin, la Colombia de la contemporaneidad resulta bastante sugestiva, cargada de nuevos sentidos y con una semántica en su narrativa que pareciera desbordarse en los límites de los discursos oficiales y en el plexo de una literatura que apenas se anuncia como correlato de lo no dicho, de lo que se carga de sentido en las voces de las víctimas y los victimarios. Con viejos problemas políticos, con una historia plagada de exabruptos y olvidos, de abúlicas rencillas y odios ancestrales, el país que hoy se hace imagen constante en los medios de comunicación, en las memorias de congresos de especialistas y en los informes de Organizaciones No Gubernamentales, deja entrever una complejidad que quizá se nos escapa o se diluye de las manos, con esa misma facilidad con que solemos cambiar de video-clip, como parte de una actitud y postura frívolas, propias de una cultura *cool* frente a las crisis históricas.

Admitámoslo: el país de hoy no es el país de oradores y gramáticos al estilo de los *Leopardos*; tampoco el que fuera invadido por la grandilocuencia de su poeta mayor, el payanés Valencia y su zoológico exótico. Tampoco es el país cuasi bárbaro de *El Bogotazo*, ni el país moji-gato que se escandalizara ante las acciones juveniles e irreverentes de un reducido grupo de nadaístas, cuyas expresiones poéticas nutrieron de ironía la solemne poesía heredada de los grecolatinos. Tampoco es el país aldeano de los novelistas Osorio Lizarazo y Caballero Calderón; ni el melodramático de Soto Aparicio, y mucho menos, el de la mítica e inocente porción de tierra de la familia Buendía, la misma que esperaba las caravanas de los gitanos o la llegada de circos para asombrarse de los



inventos terrenales y para recibir noticias de esas lejanas geografías de las que se enteraba Sir Francis Drake en sus viajes de exploración por geografías exóticas.

El país de hoy revela otros signos y otros tiempos. La Carta del 91 podría leerse como el mapa que permite comprender el deseo de un país por dialogar y preguntarse en medio de una modernidad flotante, movediza e insegura. Ese país de hoy se escribe y articula en múltiples expresiones no siempre aceptables por vía de la razón y por las lógicas de sociedades civilizadas. Porque, ¿cómo admitir la frialdad con que los paramilitares reinsertados confiesan ante los jueces los cientos de crímenes que dejó su actuación inhumana y desbordada, bajo la complacencia de un Estado débil y corrupto, sin leer en ella que la fórmula del realismo mágico no habita en la ficción sino entre nosotros? Su geografía, de antiguas cicatrices, se encuentra herida por las células urbanas de unas guerrillas rurales, cuyos líderes ubicuos han envejecido tanto como sus utopías de un orden político. Este país evidencia los nexos de extrañas fuentes de corrupción en el mercado de la política clientelista, en el de las armas, y en el del poder que se adquiere a través del cada vez más fuerte comercio y exportación de estupefacientes.

Por esta vía, las formas de la muerte adquieren fisonomías tan inéditas como execrables, igual que si formáramos parte de un extenso guion concebido por la escuela de David Lynch y Tarantino. Uno de los mayores héroes criminales de su historia, Pablo Escobar, es tal vez quien mejor ha logrado sintetizar el síndrome de una realidad geográfica, cuyas coordenadas parecieran señalar las líneas de ese largo y lento tren que ha salido de Macondo rumbo al mar, atestado de cadáveres que parecen racimos de plátano: “En este país, donde sólo los pobres morían asesinados, quizá lo único que se ha democratizado es la muerte”, (Salazar, 2001, p. 27).





# Nuevas noticias: Una década con aires de realismo mágico

Ahora bien, concentrémonos en la década del ochenta. Dos hechos culturales inauguraron este decenio: la publicación de *Crónica de una muerte anunciada* en abril de 1981 y el otorgamiento a su autor, veinte meses después, del Premio Nobel de Literatura. Parecía un buen inicio para la sociedad y la cultura de un país que había sentido los rigores del Estatuto de Seguridad durante el gobierno de Julio César Turbay Ayala (1978–1982). Parecía prometedor, además, que Gabriel García Márquez rompiera con su propia decisión de no publicar ninguna otra obra literaria –la última había sido *El otoño del patriarca* en 1975– hasta tanto cayera el régimen dictatorial del general Augusto Pinochet en Chile. Esa decisión de apertura había sido celebrada por sus lectores y críticos. Una celebración que se convirtió en fiesta nacional cuando el rey Carlos Gustavo le otorgó el Premio Nobel en una ceremonia de la Real Academia Sueca en Estocolmo.

Sin embargo, al detenernos en el contenido argumental de *Crónica de una muerte anunciada*, no es posible dejar de lado que la novela gira en torno a un crimen atroz, cometido por dos hermanos, en el que se ve involucrada toda una comunidad, tanto por su carácter de testigo del hecho violento, como por su condición de espectadores pasivos frente a una tragedia que, según el novelista, pudo haberse evitado (Apuleyo, 1982, p. 28). Para García Márquez se trataba de un *drama* “por lo demás bastante corriente en América Latina” (1982, p. 28). Lo que la novela actualizaba, a la manera de un sofisticado artefacto narrativo, catalogado por Tomás Eloy Martínez como *ficción verdadera* (2005, pp. 293-306), había sucedido en 1951 en el municipio de Sucre, en la subregión de La Mojana, cuando el novelista estaba próximo a cumplir veinticuatro años, dos años más que la víctima, su amigo Cayetano Gentile. En esa época y cuando su carrera como periodista apenas comenzaba, García Márquez quiso narrar la historia de esa tragedia a modo de reportaje, pero no contó con el respaldo de sus jefes de *El Herald* de Barranquilla:



[...] en el periódico lo interpretaron como un impulso sentimental. Y hoy lo entiendo, porque ya desde entonces los colombianos nos matábamos los unos a los otros por cualquier motivo, y a veces los inventábamos para matarnos, pero los crímenes pasionales estaban reservados para lujos de ricos en las ciudades. Me pareció que el tema era eterno [...]. (García, 2002, p. 459)

En efecto, el tema de la violencia en Colombia parece eterno y ahí está la década en la que la gloria literaria de un novelista no logró opacar, sin embargo, la suma de acontecimientos trágicos que convergieron en ella. De hecho, su propia circunstancia individual se vio envuelta en esa gravitación de situaciones complejas. Recordemos que en los días en los que lanzaba su *Crónica*, García Márquez anunció que se exiliaba en México para proteger su vida, pues según él mismo lo contó a medios informativos, varios amigos lo pusieron sobre aviso, entre ellos un alto oficial de las fuerzas armadas, quien lo previno sobre la posibilidad de que fuera encarcelado, a raíz de los rumores según los cuales el escritor era un auxiliador de la guerrilla del M-19:

“Yo tuve dos llamadas anónimas el miércoles. Una a las dos de la tarde y otra a las tres y media” [...]

“Tenga cuidado, dijo la primera llamada. Están convencidos de que usted está enredado en el lío de las armas del M-19”. Y colgaron.

“La segunda dijo que era alguien amigo que no se identificaba porque mi teléfono estaba intervenido: Esté alerta porque hay una orden de detención contra usted por vinculación con el M-19”. (*Cromos*, 31 de marzo de 1981, p. 13)

En la revista *Cromos* del 31 de marzo de 1981 se hizo un gran despliegue de esta noticia, acompañada, además, de varias imágenes fotográficas en las que se observa al escritor con su esposa Mercedes, ambos escoltados, al interior de un vehículo BMW, que los llevaría al aeropuerto El Dorado, con el fin de exiliarse en México. La noticia hace énfasis en los pormenores que llevaron al escritor a tomar la decisión de irse del país, aunque se siembra en ella la suspicacia de que solo se trate de un efecto publicitario, a propósito del lanzamiento de *Crónica de una muerte anunciada*. Fue tal el impacto de esta decisión, que la revista hizo una en-



cuesta entre varios poetas, artistas y escritores, para tratar de entender las implicaciones que la noticia tendría para el sector intelectual y cultural del país. La respuesta que resulta más llamativa la dio el fotógrafo Guillermo Angulo: “Y que no hostiguen más a García Márquez, porque lo van a volver comunista” (p. 19).

La cercanía de García Márquez con el comandante Jaime Bateman Cayón era bastante conocida. De él incluso había escrito en varias ocasiones, acaso sin ocultar la admiración por un hombre que había decidido la vida clandestina y la lucha armada, movido por la convicción de que su país tenía que ser distinto en materia social y política. El texto que más se recuerda en torno de este personaje, García Márquez lo tituló “Bateman: misterio sin final” y en él hacía referencia a la extraña y no esclarecida desaparición del cofundador y comandante del M-19, en el mes de abril de 1983, posiblemente en las selvas de Darién panameño, a causa de un accidente aéreo:

La suposición más arraigada –contra toda evidencia– es que no ha muerto. Cada quien tiene un argumento propio y una esperanza distinta para seguir en el engaño, como ocurre con Emiliano Zapata en México, como ocurrió durante tantos años en el mundo con Adolfo Hitler, y como ha ocurrido desde siempre con otros tantos que han sido devorados por la leyenda. En cambio, los únicos que creen que en efecto está muerto sin ninguna duda son algunos amigos de la infancia de Bateman que estuvieron con él en Santa Marta en los días previos a su desaparición. Pero su certidumbre tampoco se funda en ningún análisis racional, sino todo lo contrario, en la creencia caribe de que hay seres con el privilegio sobrenatural de volver a los sitios de sus afectos y repetir los mismos actos de sus mejores recuerdos en los días anteriores a su muerte. Se dice entonces que esa persona está “recogiendo sus pasos”. Bateman, en efecto, se comportó en la última semana de su vida como si lo estuviera haciendo. (*Semana*, 6 de agosto 1983)

En la década del ochenta converge todo lo que empezó a suscitarse en las dos décadas precedentes. Al fortalecerse la subversión armada –tanto que el M-19 asestó otro golpe en febrero de 1980, cuando se tomó por asalto la Embajada de la República Dominicana en Bogotá. Entre los

rehenes había diplomáticos de diversos países– (Pabón, 1984), creció la necesidad gubernamental de buscar su rendición a través del diálogo. Los primeros diálogos de paz, liderados por Belisario Betancur (1982-1986) fueron fallidos con los grupos guerrilleros (Farc, M-19). Vino luego la Ley de Amnistía (1982) y el acuerdo del cese al fuego con las Farc (1984). Laura Restrepo condensó ese proceso en su libro *Historia de una traición* (1986). Luego se publicaría con el título *Historia de un entusiasmo* (1999). El hecho atroz que marcó este momento fue la Masacre de Tacueyó (noviembre 1985 – enero 1986), perpetrada por una disidencia de las Farc-Ep contra miembros de su tropa por sospecha de infiltración en sus filas.

Luego vendría la guerra declarada de los carteles de la droga contra las fuerzas del Estado, en especial del Cartel de Medellín al mando de Pablo Escobar, convertido, para entonces, en un hombre poderoso que, al dejarse tentar por la política, hasta el punto de haber logrado un escaño en la Cámara de representantes (1982), se hizo hombre público y salió a relucir tanto su pasado de delincuente raso, como su poderío a la cabeza de una organización criminal, ya en la mira de las autoridades norteamericanas. Esta guerra se reveló con los asesinatos del ministro Rodrigo Lara Bonilla en 1984 y el periodista Guillermo Cano en 1986. Luego vendría el asesinato de otros periodistas: el de Héctor Giraldo el 29 de marzo de 1989 y el de Jorge Enrique Pulido el 9 de noviembre de ese mismo año. Con todo, el momento más complejo de los hechos criminales se vivió, no obstante, el 6 de diciembre de 1989, con los actos terroristas contra el edificio del DAS y el complejo judicial de Paloquemao en Bogotá. Los emblemas del surgimiento de una nueva clase en Colombia, moderna y kitsch (mezcla de bandidos, políticos, narcos y buenos comerciantes) fueron el Edificio Mónaco en El Poblado de Medellín y la hacienda Nápoles en Puerto Triunfo, Magdalena Medio, una peligrosa zona tomada a sangre y fuego por el paramilitarismo (Valencia, 2009). Dos novelas hacen eco de estos momentos: *Lara* (2008) de Nahum Montt y *El ruido de las cosas al caer* (2011) de Juan Gabriel Vásquez.

Una fue la guerra declarada por la nueva clase rica de narcotraficantes con aspiraciones políticas y otra fue la guerra declarada por parte del





grupo guerrillero M-19, cuando en 1985 se tomaron a la fuerza el Palacio de Justicia. En este atentado investigaciones recientes (Atehortúa, 2011) desvelan los nexos del grupo guerrillero con el Cartel de Medellín. Dos libros esenciales para comprender la temeraria incursión guerrillera, sobre todo por el manejo de lo documental y testimonial, son *Noches de humo* (1988) de Olga Behar y *Noche de lobos* (1989) de Ramón Jimeno.

Mientras esto ocurría en el centro del poder político y el país registraba en los medios de comunicación una a una las formas de la violencia urbana y rural más atroz –sicariato, secuestro, desplazamiento forzado, masacres–, se impuso la muerte sistemática de los militantes de la Unión Patriótica (UP), un grupo político, de izquierda, señalado por un sector de la ultraderecha de ser el brazo ideológico de la guerrilla, como el posible resultado pragmático de la “combinación de las formas de lucha” (Dudley, 2008). Detrás de estas muertes estaba el paramilitarismo, o mejor, grupos de autodefensa que surgieron en regiones prósperas del país (Magdalena Medio, Urabá antioqueño), con el propósito inicial de contrarrestar el accionar criminal de las guerrillas rurales. Un accionar que fue diluyéndose, cuando estos grupos al margen de la ley recibieron apoyo logístico y financiero de los capos de la droga –creadores del MAS, Muerte A Secuestradores– con la connivencia de agentes del Estado, como en su momento se le señaló de ser colaborador al general Miguel Maza Márquez, ex director del Departamento Administrativo de Seguridad (DAS).

En esta confusión de propósitos, en esta nueva guerra declarada contra el orden establecido, las acciones violentas de los paramilitares se trasladaron a las ciudades. Quizá el asesinato más emblemático de aquella época, por lo absurdo e irracional, fue el del médico Héctor Abad Gómez en 1987. Promotor de la salud pública como política social, Abad Gómez apareció en una lista negra, conformada por profesores, líderes sociales, sindicalistas (“Los muertos de la guerra sucia”, *Semana*, 1987), señalados como objetivos militares al interior de la guerra oscura que estimularon paramilitares y narcotraficantes. A esta lista y a los procedimientos de exterminio se refirió Carlos Castaño, uno de los jefes paramilitares más temerarios, en el trabajo del periodista Mauricio Aranguren al que ya hemos aludido.

El libro testimonial de Héctor Abad, *El olvido que seremos* (2006), amplía la radiografía a una década escalofriante, en la que nadie parecía estar a salvo, como bien lo registró María Jimena Duzán en “¡Seguimos adelante!” (*Crónicas que matan*, 1992), la crónica en la que narra detalles del atentado terrorista que destruyó las instalaciones del periódico *El Espectador* el 2 de septiembre de 1989, dieciséis días después del atentado que acabó con la vida del candidato liberal Luis Carlos Galán, en la plaza central del municipio de Soacha:

Desde cuando habían asesinado a Luis Carlos Galán nadie salía a divertirse ni a bailar. Al parecer la gente había preferido escuchar desde la seguridad de sus moradas el estallido de las bombas. Bogotá daba la impresión de una ciudad sitiada por fantasmas, por un enemigo que no se podía ver pero que merodeaba y preparaba sus atentados en noche como esta. (1992, p. 213)

Como si a este trágico cuadro de costumbres le faltara alguna arista para cerrar la década, en noviembre de 1990, durante el gobierno del recién posesionado César Gaviria (1990-1994), empezaron a ser secuestrados miembros de una élite bogotana vinculada al mundo de los medios y la política. Fueron secuestrados Maruja Pachón y su cuñada Beatriz Villamizar; Francisco Santos y Diana Turbay, junto con los miembros del noticiero Criptón, del cual era directora Azucena Liévano; Juan Vitta, Richard Becerra, Orlando Acevedo y Hero Buss. Por último, la señora Marina Montoya, cuya muerte, ordenada por los Extraditables, García Márquez la describe en su libro. La señora Marina era hermana de Germán Montoya, entonces embajador en Canadá y ex secretario general de la Presidencia de Virgilio Barco.

Pronto se supo que se trataba de secuestros sistemáticos y ordenados por el capo y entonces prófugo de la justicia Pablo Escobar, quien aspiraba a presionar al gobierno para que anulara el Tratado de Extradición vigente con Estados Unidos. Escobar sabía que si era extraditado, su condena en una cárcel americana sería muy alta. Las vicisitudes de estos secuestros y en especial, el drama individual de las víctimas, las recogió Gabriel García Márquez en su libro *Noticia de un secuestro* (1996). Se trata de un texto polifónico en el que se ahonda en la psicología de



los exsecuestrados y en el drama que cada uno de ellos enfrentó en su cautiverio, en momentos en que ni siquiera eran claros los motivos que los llevaron a ser retenidos.

La vuelta al periodismo por parte de García Márquez en los años noventa fue noticia mundial. Para muchos, era la prueba del tamaño y la riqueza literaria de un escritor que volvía al periodismo y, en especial, al reportaje, como en los inicios de su carrera, cuando en 1955 contara la aventura del naufrago Luis Alejandro Velasco. Ahora tenía 69 años y una larga experiencia acumulada en esa fina manera de mezclar los géneros literarios, que puede rastrearse en su *Obra periodística (Textos costeños (1981); Entre cachacos (1982), De Europa y América (1983)*-. En el lanzamiento de *Noticia de un secuestro*, García Márquez le expresó a Joaquín Estefanía de *El País* de España:

Hace mucho tiempo que quería hacer un reportaje, un libro que fuera un reportaje. Como hizo Truman Capote con *A sangre fría*, por ponerles un buen ejemplo [...] Hace tiempo que quería escribir un libro reportaje, pero no encontraba el tema. (2012, p. 322)

Y ese tema fue el secuestro. Ya había escrito sobre él en los años ochenta, a partir de un guion que la editorial Oveja Negra publicó sin su permiso con el título de *El secuestro*, y que en Nicaragua se conoció bajo otros nombres: ¡*Viva sandino!* o *Asalto a Palacio*. En él, se narra con detalle la preparación, el entrenamiento y los planes de una célula guerrillera sandinista que pretendía secuestrar a un grupo de dirigentes políticos vinculados con la dictadura del nicaragüense Anastasio Somoza.

De manera que García Márquez tenía experiencia en el tema del secuestro como materia narrable. Las circunstancias, sin embargo, eran diferentes. Ya no se trataba de la historia de una dictadura derechista, sino de la descomposición política y social de su propio país y de la ola de secuestros y masacres que azotaban a Colombia en los años finales de la década del ochenta. Ya no se trataba, inclusive, de una guerrilla de izquierda,alzada en armas, que quería tomarse el poder, sino de una poderosa organización narcotraficante que, con bombas, secuestros, masacres, etc., puso en jaque al gobierno de César Gaviria y a sus políticas de extradición.

La idea primordial, según García Márquez, era que el “drama bestial” (1996, p. 8) que se estaba viviendo en Colombia a causa de la violencia del narcotráfico, no quedara en el olvido. Sin embargo, *Noticia de un secuestro*, más que ser un libro sobre el narcotráfico y el terrorismo, es ante todo un reportaje sobre la vivencia del secuestro en un país cuyo gobierno haría lo imposible por defender las instituciones más que la vida de las personas. Es esto lo que el escritor no quiere que se olvide: que las vidas inocentes siempre son el costo de la guerra y la política. De ahí que el libro esté focalizado en el secuestro de diez personas y no en Pablo Escobar o el grupo de los Extraditables. Pero eso sí, la figura de Escobar parece recorrer en silencio el drama de las víctimas y la relación tensa que los jóvenes secuestradores establecen con ellas. Una figura que, sin embargo, no escapa al estilo real maravilloso con el que García Márquez construía sus historias. Por eso, en el momento de la entrega de Escobar a las autoridades, con la mediación del cura Rafael García Herreros, el escritor se detiene a describir el porte que lo haría diferente a sus hombres de confianza; recalca la singularidad de su aspecto físico y alude al carácter frío de un narcotraficante escurridizo. Con todo, Escobar era un hombre ordinario, irascible, prófugo de la justicia, secuestrador y asesino, sin atributos especiales y con un marcado acento paisa. No obstante, al negociador Alberto Villamizar le pareció un hombre “distinto de todos los hombres que había visto en su vida” (1996, p. 326). Hasta el final de la *Noticia*, el creador de Macondo urdió el relato con una expresividad que daba cuenta de la debacle que el propio bandido trazó en su destino, en particular, cuando decidió escapar de la cárcel de lujo que se había hecho construir:

*El mundo había cambiado para Escobar*<sup>5</sup>. Quienes hubieran podido ayudarlo de nuevo para salvar la vida no tenían ganas ni argumentos [...] La inmensa fortuna, calculada en tres mil millones de dólares, se fue en gran parte por los sumideros de la guerra o se desbarató en la desbandada del cartel. Su familia no encontraba un lugar en el mundo

---

5. Las cursivas de esta cita son nuestras; tienen el propósito de llamar la atención sobre el estilo garciamarquiano.



*donde dormir sin pesadillas. Convertido en la más grande pieza de caza de nuestra historia, Escobar no podía permanecer más de seis horas en un mismo lugar, e iba dejando en su fuga enloquecida un reguero de muertos inocentes, y a sus propios escoltas asesinados, rendidos a la justicia o pasados a las huestes del enemigo. Sus servicios de seguridad, y aun su propio instinto casi animal de supervivencia perdieron los talentos de otros días.* (1996, p. 333)

Se impone aquí la visión hiperbólica a la que García Márquez nos tenía acostumbrados en sus relatos.

El extenso reportaje, distribuido en 11 capítulos y un epílogo, narra, por lo tanto, las historias de estos diez secuestrados y sus vivencias al lado de sus secuestradores, cuya presencia en la historia no es menor, en el sentido en que al escritor también le interesa revelar que los secuestradores son jóvenes entre 15 y 20 años, víctimas de una descomposición social. Como lectores, asistimos, por un lado, a la resistencia física y mental de los periodistas encerrados en cuartos muy estrechos y en condiciones difíciles; y, por otro lado, está la vida de los jóvenes victimarios que, ante la falta de oportunidades, terminaron involucrándose en el peligroso universo mágico creado por Pablo Escobar en la ilegalidad:

Todos eran jóvenes. El menor de ellos podía tener quince años y se sentía orgulloso de que ya se había ganado un premio ópera prima en concurso de asesinatos de policías de a dos millones cada uno. [...] Los de Maruja y Beatriz eran cuatro jóvenes sin ninguna formación, brutales e inestables, que se turnaban de dos en dos cada doce horas, sentados en el piso y con las metralletas listas. Todos con camisetas de propaganda comercial, zapatos de tenis y pantalones cortos que a veces eran recortados por ellos mismos con tijeras de podar [...] La condición común era el fatalismo absoluto. Sabían que iban a morir jóvenes, lo aceptaban, y solo les importaba vivir el momento. Las disculpas que se daban a sí mismos por su oficio abominable era ayudar a su familia, comprar buena ropa, tener motocicletas, y velar por la felicidad de la madre, que adoraban por encima de todo y por la cual estaban dispuestos a morir. (1996, pp. 68, 71-72)

Pero también el libro es un reportaje sobre una batalla judicial. Es la que tuvo que enfrentar el gobierno de César Gaviria para hacer y consoli-

dar las leyes que enjuiciarían al narcotráfico, pues hasta los años noventa no las había. En consecuencia, la política esencial para César Gaviria eran estas leyes y cómo extraditarían a Pablo Escobar, y no los secuestrados. Por esa razón, en el medio, entre el Estado y el narcotráfico, se levanta otro personaje primordial en el libro: Alberto Villamizar (el héroe, en términos del mitoanálisis), esposo de Maruja Pachón y hermano de Beatriz Villamizar. Es él quien al final negocia la entrega de Escobar y la recuperación de los secuestrados y no el Estado. Por eso el secuestro en este libro tiene connotaciones políticas:

–¿Me van a liberar con Marina?

Los dos jefes se crisparon.

–¡No haga preguntas! – le respondió uno de ellos con un gruñido áspero–. ¡Yo qué voy a saber de eso!

Otro, más persuasivo, remató:

–Una cosa no tiene nada que ver con la otra. Esto es político. [...]

«Lo de usted es distinto», dijo. Y repitió lo que ya había dicho antes: «Es político». Maruja lo escuchó con la rara fascinación que infunde la idea de la muerte a los que sienten que van a morir. (1996, pp. 191-238)

El asunto del secuestro masivo no solo es político por la presión que ejercen los Extraditables para doblegar al Estado y hacerlo desistir de su dinámica de extraditar colombianos a cárceles norteamericanas. También es político por el protagonismo que en esta historia cobran las mujeres secuestradas. Es decir, hay una emergencia de la subjetividad política de estas mujeres en el libro. Con ellas, se denuncia a un Estado fallido, que, al parecer, solo tenía un único interés: cumplir internacionalmente con el tratado de extradición. En ese sentido, en *Noticia de un secuestro* a quien más se juzga no es a Escobar y a su organización, sino al Estado. Por eso no es casual que al entonces presidente Gaviria se lo retrate como un ser frío, distante y calculador, de acuerdo con los testimonios de quienes estuvieron cerca de él, en el momento en que se cometieron los secuestros. Uno de esos testimonios es el de Nydia Quintero, exesposa de Julio César Turbay Ayala, quien intercede por la liberación de su



hija, la periodista Diana Turbay, quien fuera la primera de la lista en ser secuestrada, el 30 de agosto de 1990, unas semanas después de que César Gaviria se posesionara como presidente de la República. Era la directora del noticiero de televisión Criptón y de la revista *Hoy x Hoy*. La tragedia se acrecentó más cuando Diana Turbay fue asesinada en Medellín, el 25 de enero de 1991, a raíz de un fallido intento de liberación:

César Gaviria puede ser el hombre más áspero cuando cree que debe serlo, y entonces lo fue:

–Óigame una cosa, Alberto– le dijo en seco - Todo lo que haya que hacer se va a hacer.

Enseguida, con la misma frialdad, le anunció que instruiría de inmediato a su consejero de Seguridad, Rafael Pardo Rueda [...]

El presidente Gaviria y sus consejeros más cercanos estaban revisando unos comerciales de televisión para promover la campaña electoral de la Asamblea Constituyente, cuando su consejero de Prensa, Mauricio Vargas, le dijo al oído:

«Secuestraron a Pachito Santos». La proyección no se interrumpió. El presidente, que necesita lentes para el cine, se los quitó para mirar a Vargas.

–Que me mantengan informado– le dijo.

Se puso los lentes y siguió viendo la proyección. Su íntimo amigo, Alberto Casas Santamaría, ministro de Comunicaciones, que estaba al lado suyo, alcanzó a oír la noticia y se la transmitió de oreja a oreja a los consejeros presidenciales. Un estremecimiento sacudió la sala. Pero el presidente no pestañeó, de acuerdo con una norma de su modo de ser que él expresa con una regla escolar: «Hay que terminar esta tarea». [...] Mientras tanto, promovió un intercambio de opiniones sobre los comerciales, como estaba previsto. [...]

Nydia sintió que estaba ante un hombre de piedra al que no le importaba la vida de su hija. Tuvo que reprimir una oleada de rabia mientras el presidente le explicaba que el tema de la fuerza pública no era negociable, que esta no tenía que pedir permiso para actuar ni podía darle órdenes para que no actuara dentro de los límites de la ley. La visita fue un desastre. (1996, pp. 27, 45-46, 106-107)

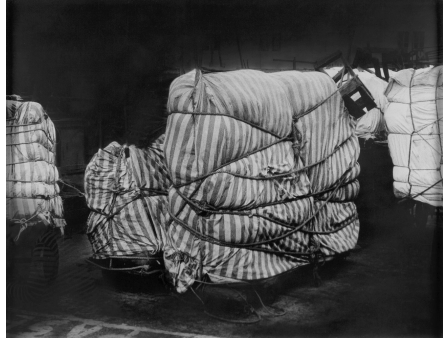
Podemos conjeturar que, para conocer mejor la intimidad de las personas secuestradas, la mayoría de las cuales eran sus amigas, García Márquez debió hacerse a documentación valiosa, en especial cartas, fotografías y diarios que los periodistas nutrieron en sus largos días de encierro. Algunos de ellos publicaron luego esos documentos, como una forma de construir una verdad histórica a varias manos. Así lo hizo Azucena Liévano, la editora del Noticiero Criptón en el momento del secuestro, en su libro *Una historia que no fue contada* (1992). Durante el cautiverio Azucena estuvo muy cerca de su jefe y amiga Diana Turbay. En ocasiones incluso le dio ánimos para resistir el encierro, según se lee en su diario del 23 de octubre de 1990, escrito a las 10:30 p.m.:

Doña Diana volvió a llorar. Traté de darle ánimo, pero por dentro me moría. Ella se sienta en la cabecera de la cama, prende un cigarrillo y se pone a escribir, pero siempre termina llorando. Luego, queda flotando. No dice nada, solo llora y llora. Yo trato de no mirarla. Metida en mis escritos hago como si no estuviera aquí. Pero sus sollozos son más fuertes y no puedo sino acercarme y decirle que se calme. Aquí las palabras no tienen valor. (1992, p. 95)


*Noticia de un secuestro* es, desde este lugar, un extenso reportaje, donde las palabras *cobran valor*, sobre un periodo de nuestra historia en el que el secuestro puso en vilo la seguridad nacional. Ya no se secuestraba por dinero o extorsión, sino por una presión política. Márquez, por lo tanto, fiel al credo del periodismo, investigó, documentó y halló testimonios para ampliar los detalles de esa historia colectiva de diez secuestros. Su propósito, según le relata al periodista Roberto Pombo del periódico de *El Tiempo*, era “No utilizar un solo dato que no sea real y comprobado, y una prosa en la que no me permití ni una sola metáfora para conservar el lenguaje austero de una crónica de periódico” (1996, p. 457). Una prosa que, sin embargo, no escapa a su estilo particular, sobre todo cuando su propósito es ahondar en la psicología de los secuestrados y en esa relación profunda que todos dijeron sentir frente a la cercanía de la muerte.








Serie *Amarrados*, Fernell Franco, 1988, técnica mixta, foto-lito-serigrafía.  
Fuente: <https://www.banrepcultural.org/coleccion-de-arte/obra/serie-amarrados-ap4862>



La historia que vivimos:  
Entre prontuarios del pasado  
y héroes villanos



La década de los ochenta del siglo XX constituye una suerte de síntesis de una serie de procesos históricos y políticos que podrían ubicarse a partir de la época del Frente Nacional (1958-1974), cuando los partidos más poderosos del país, el liberal y el conservador, decidieron pactar una alternancia en el poder central. El Frente Nacional fue una estrategia convenida para lograr una estabilidad política y así lidiar con los conflictos generados por el gobierno del general Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957), algunas de cuyas acciones contra la sociedad civil fueron duramente cuestionadas, lo cual se sumaba al malestar político que ya se había generado en las regiones, a causa del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán ocurrido en abril de 1948. Más allá de la crisis institucional que ello generó y que abrió el camino para que un militar se hiciera con el poder; más allá de los disturbios y actos violentos que se trasladaron del campo a las ciudades, el crimen de Gaitán desveló un clima de inconformidad entre grupos populares y evidenció la existencia de un *pueblo* dispuesto a hacer sentir su malestar por la fuerza, como en su momento lo analizara Antonio Caballero, a propósito de la presencia enardecida de una masa informe e inconforme con sus líderes políticos: “Y la política, cuando no había guerra, servía ante todo como sustituto de la cultura y del espectáculo” (1997, p. 75).

El Frente Nacional fue el escenario en el que se fortaleció la lucha armada en los ámbitos rurales. Recuérdese la “Operación Marquetalia” de 1964, cuando el presidente conservador Guillermo León Valencia autorizó a las fuerzas armadas, al mando del general José Joaquín Matallana, atacar a grupos de bandoleros y campesinos que, según informes de inteligencia, se estarían organizando para enfrentar al Estado alzados en armas; para lo cual declaraban la conformación de “repúblicas independientes” en zonas de Tolima, Guaviare, Cauca y Huila (González, 1992). La arremetida militar no fue exitosa como se esperaba; antes bien, caldeó los ánimos de algunos grupos campesinos que insistieron en organi-



zarse para exigir una reforma agraria. De allí surgió el grupo de las Farc al mando del legendario guerrillero Pedro Antonio Marín, conocido con el alias de Manuel Marulanda Vélez, ‘Tirofijo’. Arturo Alape le preguntó a este líder guerrillero qué pensaba de la guerra, justo él, cuya experiencia de vida lo ubicaba por más de veinte años en el centro del conflicto armado:

Yo pienso que la guerra tiene sus orígenes, y que la guerra solamente es el último recurso que se da en un país, cuando se han cerrado todas las posibilidades legales para que el pueblo se pueda expresar libremente. Yo personalmente creo que la guerra no es lo mejor que se le puede venir a los pueblos: la guerra se la imponen a los pueblos las castas dominantes, las cúpulas militares, las oligarquías, los monopolios, le imponen la guerra a los pueblos para someterlos [...] Entonces uno hace la guerra con mucho honor y mucho gusto. (2007, p. 196)

La década del setenta no fue de menos crisis política y social. En ella se destacó el surgimiento de la primera guerrilla urbana en 1974, el llamado Movimiento 19 de Abril (M-19), cuyos orígenes se remontan a las elecciones de 1970, cuando fuera declarado presidente de la república el conservador Misael Pastrana Borrero, a pesar de las denuncias de fraude electoral presentadas por su opositor, el expresidente Gustavo Rojas Pinilla, fundador de Anapo (Alianza Nacional Popular), un partido político con dos bandos enfrentados en su estructura militante. En uno de ellos, denominado “Comuneros”, se alineaban algunos de los que formarían el grupo disidente M-19: Carlos Toledo Plata, Álvaro Fayad, Jaime Bateman Cayón, Iván Marino Ospina, entre otros. El 27 de febrero de 1980, el M-19 se tomó la Embajada de la República Dominicana en Bogotá. Mantuvieron retenidos a quince diplomáticos de distintos países, que se habían reunido en la Embajada para conmemorar la independencia de la República Dominicana. Rosemberg Pabón, el “Comandante Uno”, que lideró la toma de la Embajada, escribió:

Después de la acción del Cantón Norte, el ejército se lanzó a encontrarnos a como diera lugar. Practicó miles de allanamientos y detenciones, e indudablemente recibimos golpes serios. El ochenta por ciento de nuestros cuadros medios cayó preso, perdimos casas, ca-



rrros, máquinas; en algunas zonas prácticamente nos aniquilaron. Había compañeros que no sabían qué pasaba, pero la mayoría estábamos convencidos de que nuestro único camino era seguir adelante. (1984, p. 10)

En este clima de persecución y acorralamiento, el objetivo del grupo guerrillero era obligar al gobierno a canjear los diplomáticos por presos guerrilleros. El secuestro terminó el 25 de abril de ese mismo año, cuando se permitió que tanto guerrilleros como secuestrados salieran en un avión rumbo a Cuba. Una tarde de ese abril, Germán Castro Caycedo consiguió entrevistar a Bateman Cayón:

–Mire: lo de la embajada ha llegado mucho más allá. Mucho más. Por eso en este mismo momento ya no nos interesan los presos políticos –y parece un poco duro decirlo– porque ellos ya saben qué suerte van a correr. El asunto en este momento son sesenta y ocho mil presos que, según el ministro de justicia están en las cárceles del país. Vaya allá y averigüe por qué está encerrada toda esa gente. Pregunte por qué la gente tiene que robar. Averigüe en los barrios populares por qué a las ocho de la mañana tienen que salir con un cuchillo a conseguir el desayuno. Vaya y me cuenta qué le responden. Entonces ese es el problema central. (1996, p. 67)

Al estallido de la guerrilla urbana había que sumarle el afianzamiento del narcotráfico como actividad ilícita organizada, en la que se recogía la experiencia de la *bonanza marimbera*, es decir, la entrada de dinero al país por el comercio y auge de la marihuana, especialmente en la costa Caribe (Uribe, 2007). Todo ello era la consecuencia, además, de unas viejas prácticas del contrabando de tabaco, enseres y licores, lideradas por fuertes grupos que agenciaban el comercio ilegal en las fronteras y las zonas portuarias. Uno de los primeros delincuentes en destacarse en el negocio del narcotráfico fue Pablo Escobar Gaviria, un joven antioqueño, antiguo ladrón de carros y lápidas de cementerio, heredero de las viejas prácticas de los contrabandistas del Urabá antioqueño, y de la vida licenciosa de los *camajanes*, esos individuos pintorescos de barrio, cabecillas de pequeñas bandas criminales, proclives a mostrar su poderío con rutinas estrafalarias. Con él se inaugura una forma de vida donde la

ostentación y el prestigio social se miden con el dinero y la exhibición de bienes materiales. Fue el mismo camino en el que se empeñó la cartagenera Griselda Blanco, conocida como “La Madrina” o la “Viuda Negra”: “Es reconocida su propensión a la violencia –se sospecha que ordenó por lo menos 250 homicidios– y su estatus en el negocio de la cocaína superó incluso al de Pablo Escobar” (Brown, *El Tiempo*, 12 de octubre de 2008).

La primera reseña judicial de Escobar data de junio de 1976, cuando fuera capturado con su gavilla de cinco hombres en Itagüí por transportar 39 libras de cocaína, al interior de una llanta de repuesto de un vehículo automotor (Salazar, 2001). De este momento se recuerda la pose sonriente y desafiante con que fue reseñado el narcotraficante de 27 años de edad, por las autoridades de la cárcel del Distrito Judicial de Medellín, con el número de placa 128482.

Pero también hay que recordar lo que esta noticia, olvidada en las páginas judiciales y luego rescatada y comentada por el periodista Guillermo Cano el 26 de agosto 1983, repercutió en el escenario político y social. El director de *El Espectador* se preguntaba tanto por la idoneidad moral y política de Escobar Gaviria en su rol de representante a la Cámara por el Nuevo liberalismo, como por el origen de su fortuna, en un momento en el que el entonces ministro de justicia Rodrigo Lara Bonilla denunciaba ante la Cámara de representantes la existencia de dineros ilícitos, o *dineros calientes*, producto del narcotráfico, con los que se estarían promoviendo campañas políticas y corrompiendo aún más las históricas prácticas clientelistas de unos partidos políticos hartamente cuestionados.

De modo que Escobar Gaviria tomó estas denuncias iniciales como un asunto de ataque personal, sobre todo cuando leyó en *El Espectador* este titular: “En 1976 Pablo Escobar estuvo preso por drogas” (26 de agosto 1983). No era posible que alguien se atreviera a cruzarse en su promisorio futuro como parlamentario y menos cuando meses antes de ese año, en abril, la revista *Semana* le había dedicado dos páginas, con fotografías incluidas, en las que se refería a su fortuna y, en especial, a su labor social en las comunas pobres de Medellín, bajo un titular provechoso: “Un Robin Hood paisa”. La revista aludía allí al rumor de que una revista nor-



teamericana lo enumeraba entre los cinco hombres más ricos del mundo, al tener a su haber cerca de cinco mil millones de dólares:

Aunque es difícil determinar si su fortuna asciende a esta astronómica cifra, lo que es un hecho innegable es que es inmensa y que va acompañada por un estilo de vida desconocido hasta ahora en Colombia, particularmente tratándose de una persona de 33 años. Solamente su hacienda “Nápoles”, en las cercanías de Puerto Triunfo, está avaluada según los vecinos en una suma cercana a los 6 mil millones de pesos [...] Su vocación cívica no parece tener límite. Él mismo afirma que tiene orígenes en sus épocas escolares [...] Hoy, sus obras cívicas incluyen urbanizaciones enteras, canchas de fútbol, sistemas de iluminación, programas de reforestación... [...] Con la misma intensidad con la que se dedica a las obras cívicas se dedica a la política. Aunque a nivel departamental no es más que el suplente de Jaime Ortega en la Cámara de Representantes, a nivel nacional es el principal impulsor del santofimismo. El carisma de Santofimio, respaldado por el dinero de Escobar, están transformando las costumbres políticas del país. (*Semana*, No. 50, 19-25 de abril 1983, pp. 28-29)

De acuerdo con el libro testimonial *Amando a Pablo, odiando a Escobar* (2007), de la diva y presentadora de televisión Virginia Vallejo, amante del capo, fue en 1984 cuando la revista *Forbes* estimó la fortuna de Escobar en tres mil millones de dólares y lo señaló como el séptimo hombre más rico del mundo. Aprovechando que su diva está de *shopping* en Nueva York, Escobar le pide que “compre todos los ejemplares de la revista *Forbes* antes de que se agote [...] Compró todas las revistas *Forbes* que encuentro. Subo –al *Hotel Pierre*–, y sin decir una palabra le doy un ejemplar a cada uno, abierta en la página con la lista de los más ricos de ese año. Los Ochoa ocupan el sexto puesto y Pablo Escobar el séptimo” (2007, pp. 145-146). Julio Mario Santo Domingo, El “Rey de la Cerveza” –así lo llama Vallejo– fue uno de los que recibió la revista.

A partir de la confrontación con el gobierno de Belisario Betancur y con aquellos medios informativos de circulación nacional que se atrevían a invocar su pasado delictivo, Pablo Escobar le declaró la guerra al Estado; para ello sembró el terror ordenando la muerte sistemática de policías y oficiales (Castro Caycedo, *En secreto*, pp. 233-342) y planeando

una serie de atentados terroristas en diferentes ciudades del país. Los asesinatos de Rodrigo Lara Bonilla, acaecido el 30 de abril de 1984 y de Guillermo Cano, perpetrado el 17 de diciembre de 1986, ambos ejecutados en Bogotá y por órdenes de Escobar Gaviria, constituyen los pilares de una crisis en la que debía sumarse las nuevas violencias urbanas, entre ellas la del sicariato y las otras que ocurrían en los campos, a falta de un acuerdo de paz con las guerrillas.

De hecho, Luis Carlos Galán Sarmiento fortaleció sus aspiraciones a la presidencia de la República a partir del reconocimiento de que era necesario apostar por un ejercicio democrático más transparente y moral, para lo cual había que depurar las campañas políticas y, en especial, precisar la idoneidad de quienes hacían parte de su directorio. La primera consecuencia de esta apuesta fue la desautorización que hizo pública en febrero de 1982 (*El Colombiano*, César Pérez, “Notas políticas”, 6 de febrero, p. 2A) de las listas de candidatos a corporaciones públicas que había armado Jairo Ortega Ramírez, en calidad de director del Movimiento de Renovación Liberal en Antioquia. En esa lista aparecía Escobar Gaviria. A pesar de la decisión de Galán, Ortega lo confrontó, responsabilizó al coordinador del Nuevo Liberalismo en Antioquia, Iván Marulanda, de estar mal informado y su gente continuó en campaña política, hasta el punto de que en las mismas páginas de *El Colombiano*, cinco días después, aparecía una publicidad política pagada en la que Renovación Liberal apoyaba la candidatura de Pablo Escobar a la Cámara de Representantes, “porque él ha tendido la mano a la gente humilde y necesitada, porque los que lo conocen saben de sus cualidades humanas e intelectuales. Porque es el más grande defensor de la ECOLOGÍA y EL MEDIO AMBIENTE en el Departamento. Lo ha demostrado con hechos y trabajos realizados. No con palabras” (*El Colombiano*, 11 de febrero de 1982, p. 4A).

De suerte que Escobar Gaviria llegó a la Cámara de Representantes y participó en las deliberaciones de la misma en el recinto de Bogotá, por encima del jefe del Nuevo Liberalismo. Mientras esto ocurría, se creó el movimiento MAS (Muerte a Secuestradores), de corte paramilitar, a propósito del secuestro de Martha Nieves Ochoa, hermana del poderoso





clan de los Ochoa (Fabio, Jorge Luis y Juan David). La mujer había sido secuestrada por una célula del M-19, para exigir una cuantiosa suma por su liberación. En uno de los titulares de *El Colombiano* de febrero 8 de 1982 se lee: “El “MAS” canjeará a 14 del M-19 por la estudiante Martha Ochoa”. Pero el MAS amplió su radio de acción y supo sembrar el terror cuando empezó a amenazar a líderes de partidos políticos y a periodistas, entre ellos Gabriel García Márquez y María Jimena Duzán, a quien le hicieron un atentado con bomba enfrente de su casa de residencia, en retaliación al trabajo periodístico que empezaba a publicar sobre líderes guerrilleros del M-19, luego de que fuera secuestrada por este grupo y llevada hasta el Putumayo para que conociera por dentro a la guerrilla:

María Jimena acababa de entrar a su casa. Estaba en el segundo piso, saludando a su madre, cuando se produjo la explosión, que arrancó de cuajo la puerta de la calle y la arrojó, siete metros más allá, contra el fondo del salón. Su primer pensamiento fue el de que se trataba de una acción del MAS. No se equivocó. Cinco minutos después, cuando los vecinos se agolpaban frente a la puerta pulverizada, sonó el teléfono. María Jimena pensó que se trataba del director de su diario, Guillermo Cano. Pero en el teléfono, oyó una voz desconocida: “*Vieja h... p..., habla el MAS. La próxima vez, la matamos*”. (“Terrorismo a la carta”, *Semana*, No. 1, 12-18 de mayo 1982, p. 65).

De manera que la decisión de Luis Carlos Galán de expulsar a Escobar del Nuevo Liberalismo, sería una de aquellas acciones que el capo no perdonará y que le cobrará en agosto de 1989 con su asesinato en la plaza de Soacha (Cundinamarca), municipio aledaño a Bogotá, justo en el momento en que los narcotraficantes habían hecho fuertes alianzas entre sus gavillas, con el fin de resistir la persecución del Estado y su factible extradición hacia los Estados Unidos. Fue la época en que supimos del excéntrico Gonzalo Rodríguez Gacha, alias ‘El mexicano’, de la organización de grupos paramilitares en el Magdalena Medio y de la peligrosa connivencia de agentes del Estado con esos grupos.

Fue el momento, asimismo, en que se hizo popular el general Miguel Maza Márquez, director del Departamento Administrativo de Seguridad, DAS, en una época en que todo era tan confuso en el clima del país, que

aún era temprano para saber de qué lado actuaba el general, si en realidad era un héroe que atacaba el crimen organizado y que a su vez era atacado con sevicia por esas organizaciones, como cuando el 6 de diciembre de 1989 los Extraditables ordenaron estallar un autobús-bomba cargado con 500 kilos de dinamita en las inmediaciones de la sede del DAS en Bogotá, en el sector de Paloquemao. O si en realidad el Brigadier se liaba con algunas de estas estructuras para ejecutar sus acciones más oscuras, las mismas que luego lo llevaron a los estrados judiciales, en especial por su extraña y controvertida actuación en la seguridad que debía ofrecerle al entonces precandidato presidencial Luis Carlos Galán en Soacha, como en su momento la propia familia del líder inmolado lo denunciara; al tiempo que Maza se ensañaba con personas inocentes para encubrir el complot que acabó con la vida de Galán. Recuérdese la triste historia del químico barranquillero Alberto Jubiz Hazbún, quien permaneció cuatro años en la cárcel La Picota, al ser señalado por Maza y sus agentes como uno de los autores intelectuales y materiales del crimen de Galán Sarmiento.

Decimos que aún era temprano para saber el papel que desempeñaba Maza Márquez como alto agente del Estado, si pensamos que en 1990, en calidad de Brigadier General y de director del DAS, escribió su balance “Causas y efectos de la realidad colombiana 1980-1990”, en el que, sin ser muy claro su punto de vista, se refería a la crisis social y política del país, a la dificultad del Estado para enfrentar enemigos como la guerrilla, el narcotráfico, el sicariato, mientras en algunas zonas del país, escribió, se conformaban “grupos de justicia privada”, que surgieron “Bajo la utilización de mecanismos legitimados en un momento dado en nuestra historia jurídica” (*En qué momento se jodió Colombia*, 1990, p. 46), pero que luego habrían sido cooptados por los intereses de los narcotraficantes que operaban en un “corredor geográfico en el Magdalena Medio, Córdoba y Llanos Orientales, encaminado a garantizar su vigencia fundamentada en el dominio territorial y bajo el argumento de una confrontación armada con los reductos guerrilleros que durante largo tiempo ejercieron la violencia contra el campesinado y población inermes” (1990, p. 47).

A este perfil positivo de Maza Márquez como intérprete de las vio-



lencias contemporáneas, debemos agregar el que le hiciera la periodista María Jimena Duzán en 1992, cuando al destacar su amistad y parentesco lejano con Gabriel García Márquez, sus “rígidas facciones indígenas”, propias de la zona en la que militares perpetraron en 1928 la Masacre de las bananeras –lo cual determinaba en él una fisonomía que lo hacía “impenetrable e inexpugnable” (1992, p. 158)–, se refirió a los exitosos operativos que dirigió en contra de estructuras criminales en el Magdalena Medio en los primeros meses de 1989; a su papel en el rescate de secuestrados, incluyendo el de un tío de la periodista; a su tarea de inteligencia para llegar a la raíz de las masacres campesinas sucedidas en 1988, durante el gobierno de Virgilio Barco; a los diversos atentados a los que había sobrevivido de milagro y a su buena relación con la prensa, en la que se le endilgó el mote heroico de “el Kojak colombiano”:

A Maza le gustaba pelear y debatir. Pero sería sobre todo su interés por descubrir la alianza entre las “autodefensas” y el narcotráfico lo que más nos acercaría. El general Maza llegaría a ser el primer oficial de la fuerza pública en afirmar que el real enemigo de la democracia en Colombia estaba preparándose y entrenándose en el Magdalena Medio. Su decisión por dismantelar a los grupos narcoparamilitares le costaría a Maza el que más de una vez sus mismos colegas en el ejército lo tacharan de comunista. Durante 1989, en el Magdalena Medio circulaban papeletas que tenían inscrita una leyenda según la cual las revelaciones del general Maza Márquez no tenían peso alguno porque él era miembro de un grupo guerrillero. Hacerle semejante cargo al general Maza era tan absurdo como decir que el general Secord, ayudante de Olivert North en el caso Irán-Contras, era espía de la KGB. (1992, pp. 160-161)

Diecisiete años después de la presentación de este perfil y de sendas investigaciones sobre el magnicidio de Galán, el entonces general en retiro Miguel Maza Márquez fue vinculado formalmente al expediente. Se le cuestionó el cambio en el esquema de seguridad para proteger la vida del candidato. Se le cuestionó por qué los más de quince sicarios que orquestaron el crimen de Galán la noche del 18 de agosto de 1989 portaban carnés del B2 del Ejército, lo que les permitió apoderarse de la



escena del crimen con cierto aire de legalidad. Se le cuestionó, también, por qué había hecho cambios al interior del esquema de seguridad y había escogido como su jefe a Jacobo Torregosa, un hombre que despertaba sospechas al interior de la familia de Galán. El 24 de noviembre de 2016, Maza Márquez fue condenado a 30 años de prisión. Jubiz Hazbún murió de un infarto en 1998. El 2014 el Consejo de Estado ordenó indemnizar a la familia del químico barranquillero. Entre los obligados a indemnizar con dinero a la familia Hazbún se encuentran el exdirector de la Dijín, general Óscar Eduardo Peláez Carmona y el exdirector del DAS Miguel Alfredo Maza Márquez. La Alta Corte señaló “el actuar gravemente culposo” (*El Tiempo*, 27 febrero 2014) de ambas autoridades en relación con el caso Hazbún y de dos personas más que, de manera ligera y equívoca, fueron vinculadas al crimen de Galán.

Estas vueltas que da la historia en la historia individual de los protagonistas de la década del ochenta, solo remarcan la dificultad de encontrar en el relato polifónico, en la retícula de su desafuero, un hilo que permita urdir lo que en el relato narrativo se torna difuso y engorroso de precisar.





*Sin título*, Doris Salcedo, 1988, instalación.  
Fuente: <https://www.banrepcultural.org/coleccion-de-arte/obra/sin-titulo-ap1733>



Mitificar el mal:  
Fragmentos de un mismo relato



Un anciano cura, el padre García Herreros, es enviado como emisario del poder central ante Pablo Escobar para convencerlo de liberar a sus secuestrados y de entregarse a la justicia sin oponer resistencia. Quien lo ve alejarse teme. «No se preocupe, miijo –le gritó a Villamizar–, que yo domino las aguas». Un trueno retumbó en la vasta campiña y el cielo se desplomó en un aguacero bíblico» (1996, p. 286).

Veinte hombres armados custodian a Escobar, que camina tranquilo por su terraza vestido de blanco. Ante la presencia del cura mensajero, los veinte hombres y el mismo Escobar dejan sus armas y se arrodillan en un gesto de devoción absoluta. De regreso, el cura le dice al portavoz del poder central: “–Tranquilo, miijo –le dijo a Villamizar–, aquí no hay problema, los acabo de arrodillar a todos” (1996, p. 289).

Luego de entregarse, al descender del helicóptero que lo condujo a prisión, a la famosa Catedral que Escobar se hizo construir en la zona montañosa de Envigado, el responsable del secuestro masivo de periodistas se encuentra solo y maniatado ante cincuenta hombres, con uniformes azules,

tenso y un poco atolondrado, que lo encañonaron con armas largas. Escobar se sorprendió, perdió el control por un instante, y lanzó un grito cargado de una autoridad temible:

–¡Bajen las armas, carajo!

Cuando el jefe de la guardia dio la misma orden, ya la de Escobar estaba cumplida. (1996, p. 328)

Estos fragmentos son una síntesis de los episodios que narran la entrega de Pablo Escobar a la oficina de Instrucción Militar en Medellín, la mañana del miércoles 19 de junio de 1991, relatada originalmente por García Márquez en *Noticia de un secuestro* (1996). La escena combina la intervención providencial de un enviado de dios con la autoridad temible del capo. Ante las palabras del primero retumban los cielos y rinden sus armas una veintena de los sicarios más sanguinarios de la historia



colombiana; ante la autoridad temible del segundo, medio centenar de guardias entrenados deponen sus fusiles sin dudarlos. Todo envuelto en una especie de atmósfera mítico-épica en la que están involucradas las familias gobernantes del país y los clanes criminales que hicieron del negocio de la coca y la violencia una empresa internacional de dimensiones industriales. Hay un residuo mítico/épico en esa mirada de García Márquez, que escribe el libro con los testimonios de Maruja Pachón y Alberto Villamizar, quienes a su vez, se puede suponer al leer la obra, reprodujeron la versión del Padre García Herreros sobre su reunión con Escobar. Sobra señalar la imaginería medieval del relato, aunque la entrega de Escobar se dio a finales del siglo XX. Un lector desprevenido, en particular quien no conozca del dolor, la devastación y la miseria que la guerra ha provocado en el país y la importante cuota que Escobar aportó a esa guerra, podría figurarse al padre García Herreros como una especie de místico extraordinario y a Pablo Escobar como un antihéroe colosal. Aunque, a propósito de esa *Noticia de un secuestro*:

El crecimiento exponencial del secuestro y la extorsión en los años ochenta y noventa del siglo pasado fueron, en un doble sentido, otros dos importantes “combustibles” del conflicto armado. De un lado, sirvieron de fuente financiera para la rápida expansión de los grupos guerrilleros, que multiplicaron sus ingresos y, por tanto, su capacidad de reclutamiento. Pero, de otro lado, desataron la reacción de las víctimas, lo cual sirvió de acicate para la formación del paramilitarismo. Como dice Francisco Gutiérrez, el brusco incremento del secuestro en estos mismos años le dio un “acerbo al conflicto armado al vincular los motivos generales de la contrainsurgencia con los de la supervivencia personal de los involucrados”. No debemos olvidar que la creación, en 1981, de la red Muerte a Secuestradores (MAS), fue la primera gran operación de la criminalidad organizada para enfrentar al secuestro, en este caso, el de una de las hermanas del clan Ochoa por parte del M-19. (Pizarro Leongómez, 2015, p. 72)

No afirmamos que García Márquez buscara aprobar o legitimar las acciones repudiadas de Pablo Escobar; queremos decir, más bien, que la forma de representarse a los protagonistas de nuestra guerra es el producto de un imaginario generalizado que compartían y quizás compar-



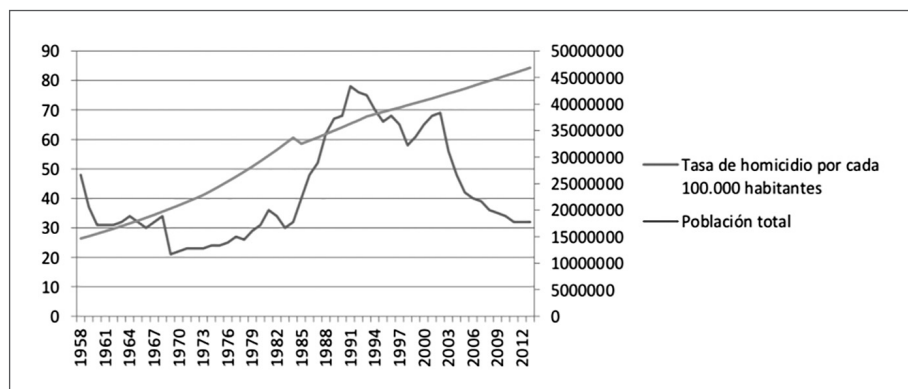


timos muchos colombianos, y cuyas evidencias aparecen aquí y allá en muchas obras del periodismo narrativo, de las novelas de no ficción y de la prensa del país.

Esas formas míticas e incluso épicas de representarse la violencia y a los violentos, parecen obedecer a un imaginario social y cultural, uno que reproduce y responde a la fascinación que los recursos estéticos, los medios de comunicación y las narrativas de diversa índole generan respecto a la violencia y sus actores. La violencia aparece como una mercancía cuyo valor simbólico se inserta en el código moral de los sujetos que perciben sus atributos como las manifestaciones del deber ser en un espacio sociopolítico determinado e influyen profundamente en la configuración de su *ethos*. Quisiéramos describir y revelar algunas particularidades de esos imaginarios de la violencia representados en un conjunto de obras que tienen en común la vocación periodística, el carácter testimonial, la puesta problemática de los límites entre la ficción y la no-ficción, y la representación de un período del conflicto social armado que, para el tiempo que nos interesa valorar, iría de 1980 a diciembre de 1993, cuando Pablo Escobar es abatido por la Policía sobre un tejado de Medellín.

No es casual que dicho período llame la atención de escritores e intelectuales. Según datos de la Policía Nacional, de la Dirección Central de Policía Judicial y del Dane, recogidos por los relatores de la Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas (2015, p. 30), entre la década del ochenta e inicios del noventa, se presentó el mayor aumento en la tasa de homicidios que haya vivido el país en la segunda mitad del siglo XX: de 30 homicidios por cada 100.000 habitantes, se pasó a 80.

Las Farc, el Eln, las Auc, los grupos paramilitares financiados por políticos y empresarios (la llamada parapolítica), las organizaciones de narcotraficantes entre las que destacan el Cartel de Cali y el de Medellín, el Ejército Nacional, la Policía Nacional y el M-19 jugarían un papel activo y protagónico en la guerra armada por el poder político, económico y criminal del país; guerra que produjo una de las épocas más violentas de la historia colombiana. Los guerreros de esos ejércitos desplazaron, reclutaron, asesinaron y masacraron, desaparecieron, secuestraron, extorcionaron, violaron, torturaron, robaron, amenazaron (la lista es amplia), produjeron tanto terror y derramaron tanta sangre como quisieron.



Fuente: Tasa de homicidios por cada 100.000 habitantes en Colombia (1958-2013). Tomado del *Informe de la Comisión de la Verdad*, 2015, p. 30.<sup>6</sup>

Hoy es justo preguntarse si los fines que buscaban de verdad justifican el enorme daño que sus acciones les hicieron y les siguen haciendo a las personas en el país. Hoy cientos de víctimas sufren las consecuencias de su maldad y su sed de poder. Aun así, y esto es lo que llama nuestra atención, es difícil encontrar en las obras estudiadas un juicio de valor que responda a esta realidad.

Lo cierto es que los recursos estéticos han sido usados por escritoras y escritores para construir retratos extraordinarios y cuadros épicos (o cuando menos pintorescos) de los violentos y de las violencias. Al parecer, quienes describieron esa década nefasta desde la literatura y el periodismo narrativo obviaron la adjetivación directa, rodearon con audacia literaria las pilas de cadáveres. Los recursos estéticos sirven de mediación para narrar lo inverosímil; modelan, asimismo, perfiles míticos y personalidades extraordinarias, acciones militares épicas y respuestas heroicas.

6. La Comisión Histórica señala las fuentes empleadas para el diseño del gráfico: “Los datos para 1958-1961 se tomaron de la obra de Paul Oquist, *Violencia, Conflicto y Política en Colombia*; los datos para 1962-2006 son de la Policía Nacional, Dirección Central de Policía Judicial; los datos sobre la población provienen del DANE. Se calcularon las cifras para periodos interanuales aplicando a cada año la tasa media geométrica intercensal” (2015, p. 30).

Ese día entregaron los morrales, en los que iban metiendo todo lo que les correspondía llevar. Marcela tenía una lista con todas las cosas que cada uno había pedido, más las que debían entregarles a todos por igual. Acomodarlas en el morral fue una actividad integradora del colectivo. Los que tenían experiencia por haber vivido en el campo ayudaban a los de la ciudad. Quienes no sabían hacerlo eran la propia “Marcela”, “Bernardo”, “Jorge”, el “Profe” e “Ismael”. No fue una labor complicada y se divertieron mucho, pues la alegría era total. (Behar, 1988, p. 115)

Ante esta descripción, por ejemplo, es difícil advertir que se trata de integrantes de un grupo guerrillero, el M-19, que se preparan para ir a asesinar, a secuestrar y a tomarse el poder político con la fuerza de las armas. No es posible aclarar en ese testimonio de Clara Helena Enciso (única guerrillera sobreviviente a la toma del Palacio de Justicia en 1985), cuya versión recoge Olga Behar en *Noches de humo* (1988), que lo que empacan en los morrales son municiones, granadas, dinamita y materiales necesarios para asaltar el Palacio, para librar una batalla armada; lo que derivaría en la muerte de 111 personas, en la desaparición (hasta el día de hoy) de otras tantas y en el calvario de las familias que nunca recibieron, por lo menos, el cadáver de sus seres queridos.

Los recursos hiperbólicos de la descripción, al igual que en los fragmentos antes citados de García Márquez, indican que la mirada sobre la violencia es lateral, refractada por los recursos de la estética literaria y por un cierto grado de contenido épico en el tratamiento de la historia por parte de los escritores.

Eso sí, también habría que agregar lo extraña que se advierte la realidad colombiana cuando nuestros autores intentan narrar sus circunstancias cotidianas, bien por su oficio de reporteros nómadas, bien por las situaciones personales que deben enfrentar en el trabajo de campo. Detengámonos en otros ejemplos. En octubre de 1983 y a raíz de dos artículos publicados en *El Tiempo* por Germán Santamaría, en torno a las promiscuas violencias sucedidas en el vasto territorio del Magdalena Medio –50.000 kilómetros cuadrados–, García Márquez reseñó el trabajo periodístico de su colega. No pudo ocultar su asombro por las formas atroces en que guerrilleros, paramilitares y delincuencia común ejercían

la violencia contra los cuerpos de hombres, mujeres y niños, solo porque alguien era señalado de ser simpatizante de las ideas de izquierda, o de ser aliado de la guerrilla; solo porque alguien se negaba a pagar una deuda o porque la finca donde cultivaba hortalizas, alguien decidía apropiársela para correr el lindero. El destino final y anónimo de muchos de estos cuerpos desmembrados e incompletos eran las aguas del río Magdalena, cuyo delgado hilo de agua en el lugar de su nacimiento, le hizo expresar a Juan Manuel Roca: “Cauto, sin hombres muertos/ Navegando entre dos nadas/ Y una alta corona de pájaros negros/ Sobrevolándolos como tristes aureolas” (2013, p. 114).

Después de la descripción sombría de un país con aguas en las que navegan cuerpos incompletos y en las que esos cuerpos, N.N., son un problema para las autoridades de los pueblos ribereños, García Márquez recordó: “Hace poco, un campesino que logró escapar de una matanza empezó su relato con una frase que barrió de un solo trazo a muchos años de literatura tremenda: «Los muertos fuimos cinco»” (“¿En qué país morimos?”, *El país*, 30 de agosto 1983)<sup>7</sup>. El campesino se llama Esmar Agudelo y es oriundo de Balboa, departamento de Risaralda. La crónica a la que alude García Márquez la escribió Juan José Hoyos y también fue publicada en *El Tiempo* en agosto de 1983. Se refiere a una masacre, consumada por diez hombres, ocurrida en Segovia, Antioquia, en la que fueron asesinadas cuatro personas dedicadas a la minería, aunque el objetivo de los determinadores, eran cinco. Dejemos que sea Hoyos quien amplíe el contexto inusitado de la frase arriba referida:

Quando habla del asunto, como si fuera un muerto que pudiera hablar, Esmar Agudelo dice que a él también lo mataron.

---

7. Una de las crónicas mencionadas por García Márquez se titula “Como si fuera El Salvador” y fue publicada en el libro *Colombia y otras sangres* que Germán Santamaría publicó en 1987 en la editorial Planeta. “¿En qué país morimos?” se convirtió en el prólogo de este libro donde Santamaría agregó, además, la crónica de una masacre sucedida en el Caquetá en 1986. Para esa ocasión, entrevistó a tres jóvenes soldados sobrevivientes de una emboscada que las Farc les tendió al convoy militar del batallón Cazadores al que pertenecían: “Y después de vivir a la muerte, los tres coinciden en una sentencia: «Nos mataron hasta el anochecer»” (1987, p. 289).



Todavía no ha podido entender por qué está vivo. Él tenía la cabeza envuelta en una camiseta blanca de algodón, ya muy usada, que ellos le pusieron para que no viera quién lo mataba. Pero él podía ver.

Y vio cómo le cortaban la cabeza de un tajo a su compañero Efraín Higuera, que había venido con él desde Puerto Berrío. Después oyó cómo mataban a machetazos a Emilio Zea y a Julio Vélez. Cuando ya estaba oscuro oyó un disparo y unos gritos y supo que habían matado a Jesús Restrepo, que volvía de cazar una guagua.

Él lo vio todo, tirado en el suelo y desangrándose, ese jueves 4 de agosto, a las seis de la tarde.

Y vio también a los hombres, después de la matanza, abriendo con picos y con palas el hueco donde los iban a enterrar...

En ese momento, él cayó en la cuenta de que todavía estaba vivo.

Entonces, alzó la cabeza, esperó a que los tipos le dieran la espalda, y empezó a correr.

La cabeza se le caía para atrás, para adelante, para los lados, como si se la hubieran cortado, y no podía sostenerse mucho rato en pie porque se iba de bruces.

Pero alcanzó a meterse en la montaña.

“Los muertos fuimos cinco”, dice, sin el menor asombro. (1994, pp. 145-146)

Esmar Agudelo, el sobreviviente a la masacre de Segovia, narra su muerte sin asombrarse, sin caer en contradicción consigo mismo. Clara Helena Enciso reconstruye la escena de preparación de la célula guerrillera para la toma del Palacio de Justicia y destaca en ella el ambiente de “alegría total” entre sus camaradas. Es obvio que asistimos a los ribetes de una “literatura tremenda”, a la que García Márquez no ha escapado, si pensamos en la forma turbadora en que se narra la muerte de Santiago Nasar a manos de los gemelos Vicario en *Crónica de una muerte anunciada* (1981). En la descripción de Clara Helena Enciso la idealización de las acciones guerrilleras prevalece; así, como lectores no alcanzamos a dimensionar la magnitud de esas acciones, lo que luego desataría el holocausto del Palacio de Justicia. Contrario a lo que sucede en *Noche de lobos* (1989), la obra en la que Ramón Jimeno centra su investigación

sobre el antes, el durante y el después de la toma de Palacio de Justicia. La reconstrucción del hecho histórico se hace, en primer lugar, a partir de la lectura de documentos de archivo y de múltiples versiones de los implicados, incluyendo las de los militares. De ahí que prevalezca una suerte de narrativa notarial:

La “Idea General de Maniobra” fue el resultado final. La elaboraron cuando contaron con todos los elementos informativos. En la terminología militar del caso, el documento detalló el procedimiento de acción que consistió en “*desplegar y dislocar unidades consolidadas con alta capacidad ofensiva, con la más elevada decisión de aniquilamiento en el asalto por las cinco escaleras del sótano hacia el objetivo y copamiento del primer piso. Simultáneamente, ascender al copamiento del 3o. y 4o. piso garantizando el control absoluto del objetivo, vencida o aniquilada la resistencia del enemigo, asumir la defensa de la posición en la consolidación de 3 escalones de defensa a través de líneas diferentes. Combinada de manera diferente la defensa de montaña, como tipo de acción combativa, y la defensa en edificio o adaptación del edificio para el combate en la defensa de ciudad*”. (1989, pp. 28-29)

Si bien la jerga militar no revela nada sobre el infierno que luego se desató en el Palacio de Justicia, sí se distancia de la descripción fabulosa recogida en *Noches de humo*. En la obra de Olga Behar es evidente la efusividad del testimonio, producto de la idealización no solo de la toma sino, además, del ejercicio activo de las armas, que allí aparece como una «actividad integradora del colectivo», con la cual se «divirtieron mucho, pues la alegría era total» ¿Cómo se concebían a sí mismos estos guerreiros que se disponían a aniquilar a sus enemigos? ¿Cuál era la idea que tenían de la guerra y de la batalla que estaban por librar?

En segundo lugar, al hecho histórico se le agrega una revelación que ofrece el periodista Jimeno: la denominación que Alfonso Jacquin, cabecilla del M-19, le dio a la toma del Palacio de Justicia: una *demanda a mano armada*. En su condición de abogado, Jacquin no solo consultó sobre la viabilidad jurídica de la acción militar que se proponía la guerrilla que integraba, sino que buscó en el pasado militar y heroico de la historia colombiana una legitimación para sus intenciones: «En las primeras semanas de octubre [de 1985] concluyó la redacción de la deman-



da judicial y después de repasar los textos del legendario Rafael Uribe Uribe encontró la definición adecuada para el documento: “Ésta es una demanda a mano armada”» (Jimeno, 1989, pp. 25-26).

Rafael Uribe Uribe fue un militar liberal y gramático recordado por su participación en las guerras civiles contra los conservadores de finales del siglo XIX; con los años, su índole de guerrero ilustrado, su responsabilidad como estratega vencido en la Guerra de los Mil Días y el destino trágico a manos de dos antiguos carpinteros, que le dieron muerte sobre la acera oriental del Capitolio Nacional, se cargó de tal dramatismo político y épico, que no ha escapado a la representación literaria. García Márquez fundó una de sus líneas míticas inspirado en este personaje, al darle vida al coronel Aureliano Buendía. En su diálogo con García Márquez, Plinio Apuleyo confiesa que siempre había creído que la figura del coronel Buendía tenía como modelo la figura de su abuelo Nicolás Ricardo Márquez Mejía. El escritor aclara que “la estampa huesuda del general Rafael Uribe Uribe” y “la tendencia a la austeridad” (*El olor de la guayaba*, 1982, p. 17), le sirvieron de base para la construcción de su personaje: “Nunca vi a Uribe Uribe, por supuesto, pero mi abuela contaba que antes de mi nacimiento pasó por Aracataca y estuvo en la oficina de mi abuelo con otros veteranos de sus guerras, tomando cerveza” (p. 17). La experiencia más reciente de esta mitificación, la encontramos en *La forma de las ruinas* (2015). Allí, Juan Gabriel Vásquez convierte la suerte del general en centro de una sorprendente conspiración. Con base en documentos históricos y apelando al poder de la ficción, nos convence de la fina conjura que se urde entre el asesinato de Uribe Uribe en 1914, con el de Jorge Eliécer Gaitán, ocurrido treinta y cuatro años después.

¿Por qué el M-19 recurriría a las palabras de un militar del siglo pasado para denominar la toma del Palacio? ¿Por qué un grupo *revolucionario* decidía virar un siglo hacia el pasado para justificar las acciones que, se supone, renovarían y cambiarían el destino político de la nación? ¿Por qué citar las palabras de uno de los epígonos de la clase política que buscaban derrocar con la violencia de las armas? En palabras de R. Jimeno:

Descontando la extensa literatura del documento, el M-19 pretendía que la Corte [*Suprema de Justicia de Colombia*] diera tres pasos. Uno,

declarar constitucional el Acuerdo de Cese al Fuego y el Diálogo Nacional, tras argumentar que fue un convenio de orden público ratificado por [*el presidente Belisario*] Betancur. Dos, que la Corte examinara el caso y juzgara tanto al Presidente como a los otros responsables por su incumplimiento. Tres, que la Corte interviniera para consolidar una “voluntad política” que condujera a formar un “nuevo gobierno”. Este último era el sentido final de la acción: es decir, que, como resultado del juicio contra el Presidente, surgiera un nuevo gobierno. (1989, p. 26)

Sin embargo, no se explica la citada denominación que se tomó de *La oración por la igualdad*<sup>8</sup>, que en 1898 pregonara Rafael Uribe Uribe ante la Cámara de Representantes. El objetivo parece ser legitimar la acción revolucionaria acudiendo a las palabras y a la voluntad de un héroe del pasado nacional. Luego volveremos sobre este asunto, pues da cuenta de una idea de heroísmo y de nación que están en el corazón de nuestro imaginario cultural sobre la guerra y que bien vale la pena explicar.

Ahora bien, algo similar sucede con los perfiles que Germán Castro Caycedo recoge para su obra *En secreto* (1996). El texto tiene la singu-

---

8. La siguiente es *La oración por la igualdad* (*El Autonomista*) en la que R. Uribe Uribe habla de una demanda a mano armada «[...] Por eso venimos hoy a deciros por última vez que nos deis libertad para exponer y defender nuestro derecho con el voto, con la pluma y con los labios; de lo contrario, nadie en el mundo tendrá poder bastante para impedir que tengan la palabra los cañones de nuestros fusiles... No amenazo ni provoco. No vengo aquí como el cónsul romano ante el Senado de Cartago, trayendo en el canto de la toga la paz o la guerra para que escojáis. No hago sino advertiros que esto, que no es hoy sino una simple petición pacífica en favor de nuestro derecho y que no implica debilidad otorgarla, sino antes bien, fortaleza de espíritu, si la negáis, se convertirá mañana en una demanda a mano armada, y entonces, tras de costosos sacrificios, acontecerá una de dos cosas: o victoriosos nos otorgaremos no solo lo que solicitamos, sino la totalidad de nuestro derecho, sino acaso aún más, a costa vuestra, por el empuje irresistible que da el triunfo violento; o vencidos, no por eso nuestro derecho morirá, y vosotros gastareis en seguir oprimiéndonos infinitas más fuerzas de las que se requieren para vivir con nosotros en paz e igualdad. El escollo está a la vista; podéis evitarlo dirigiendo la nave hacia las aguas tranquilas, o podéis deliberadamente estrellarla contra la peligrosa sirte de donde acaso no salgamos ni nosotros, ni vosotros, ni el país mismo... ¡salvaos, salvadnos, salvad a Colombia!» (Salazar, 1962, p. 93).





laridad de ser un mosaico de perfiles en los que se alternan la mirada del periodista sobre los entrevistados con la idea que estos tienen de sí mismos. En la obra de Castro Caycedo aparecen así retratados Jaime Arenas, exguerrillero del Ejército de Liberación Nacional (ELN); Jaime Bateman Cayón, cofundador de la guerrilla M-19; Carlos Castaño, jefe paramilitar de las AUC; y Pablo Escobar, narcotraficante. Escribe Castro Caycedo sobre Castaño:

Raúl había permanecido callado escuchando a Castaño que demuestra un ascendiente y una autoridad fulminante sobre los demás. Un movimiento leve, una simple mirada, hacen que quienes lo rodean reaccionen en forma inmediata a sus deseos. Aquí todos están en función del comandante, como le dicen con un gran respeto. (Castro Caycedo, 1996, p. 176)

No ponemos en duda la lectura que hace el periodista de la situación y del personaje. Pero, de nuevo, resulta sorprendente la forma como se lo concibe, la sobrenaturalidad de su autoridad, el «ascendiente» que percibimos o que le atribuimos a estos guerreros. Si nos acogemos a la historia, puede resultar más apropiado hablar terror y físico miedo, pues se habla de personajes sin límites en su crueldad. Explica David García Bacca, en su estudio preliminar a *La Ilíada* de Homero, que los griegos de la época homérica no podían tomar distancia crítica de la estirpe de los héroes que aparecían en los poemas épicos. Se pregunta qué debieron sentir estos hombres del siglo XII sabiendo que, apenas dos siglos atrás, los hijos de los dioses se enfrentaban en batallas campales, saqueaban templos y ciudades y derramaban gloriosos la sangre de sus enemigos. La sensación de sobrenaturalidad que se le asignaba a estos héroes y a sus acciones se debió, entonces, a la poca distancia temporal y cultural que había entre los griegos del siglo XII y el XIV, una época en que «mandaban reyes “*criados por Júpiter*”, criados en el sentido de amamantados, alimentados, cuidados como los padres crían a los hijos y nietos [...]» (García Bacca, 1973: XVI).

Habría que considerar la impresión que producen estos guerreros en quienes los novelan, los perfilan y les ceden la voz; guerreros capaces de aniquilar a cientos y jugar con las cabezas de sus víctimas, severos y

terroríficos, dispuestos a desplazar a miles y de hacer de la fuerza de las armas un argumento absoluto.

Sea como sea, es el retrato que una parte de la tradición periodística y literaria del país nos ofrece sobre los protagonistas de la guerra en la década de los 80. Lo que interesa, por lo tanto, es ubicar tales representaciones en el marco de los imaginarios sociales y comprender cuáles son sus posibles efectos en la construcción de la memoria histórica del conflicto social armado colombiano.

Esas representaciones son un medio y al mismo tiempo un efecto de nuestros imaginarios de la violencia; imaginarios que las obras aquí analizadas ayudaron a construir y que, a su vez, han sido construidas bajo el imperio de esas figuraciones. También la prensa, la televisión, la radio, el cine y muchas de las narrativas de la cultura popular han contribuido a forjar y mitificar tales representaciones. Aunque, claro está, no en el sentido en que la literatura, la antropología o la religión entienden los mitos, con su carácter místico/religioso. No, esta mitología de la violencia carece en cierta medida de lo reverencial, de la fe y del compromiso ritual de las mitologías clásicas. Se trata, más bien, de los mitos de la era industrial, productos del consumo individual y colectivo, arraigados en la cultura popular y con carácter eminentemente histórico. Más cercanos al espectáculo del pop, ampliamente entendido, que al ritual místico que enmarcaba a los mitos antiguos. Estos mitos conviven con las mitologías clásicas, comparten con ellas ciertas estructuras y modelos y, sobre todo, comparten su objetivo: dotar de sentido la relación entre lo vivido, la historia y el cosmos. Peppino Ortoleva, investigador italiano, los llama *mitos de baja intensidad*. Según lo vemos, la presencia y el desarrollo de estas mitologías contemporáneas sobre la violencia ha influido poderosamente en los imaginarios sociales y culturales que hemos construido sobre la historia colombiana, y que resultan determinantes en la consideración que nos hacemos sobre algunos de los acontecimientos más terribles de nuestra larga guerra.





*Boceto fin de la fiesta /Los papagayos*, Beatriz González, 1986, linóleo sobre papel.  
Fuente: <https://bga.uniandes.edu.co/catalogo/items/show/1620>

Convertir la violencia  
en una causa



Al afirmar que estos mitos de baja intensidad configuran en parte nuestros horizontes ético/morales, lo que implica no solo la forma en la que los representamos sino, también, nuestras actuaciones e ideas respecto a la guerra y los guerreros, damos por hecho que tales mitos se arraigan en la cultura y la modelan. Todo esto con la participación de los sujetos que reproducen dicha cultura en formas diversas.

Es válido decir, entonces, que durante la década de los 80 el país se reconfiguró social y culturalmente debido a la influencia de la guerra y de sus actores. Todo esto a través de la formación de imaginarios sociales que se legan de generación a generación a través de las narrativas propias de la era industrial, cuya primera manifestación es la novela y de las cuales participan el periodismo, el cine, la radio y la televisión. Es así que figuras como Pablo Escobar, Manuel Marulanda o Carlos Pizarro, por nombrar algunos, han sido reinterpretados según modelos narrativos que pretenden darle coherencia a una guerra que es, en sí misma, caótica, en la que estos personajes aparecen convertidos en ideales que encarnan valores cuya influencia en la cultura actual es evidente. Por ejemplo, si evaluamos el fenómeno de las bandas criminales integradas hoy por jóvenes en buena parte el país, bien podríamos describirlos con las palabras de García Márquez:

La condición común era el fatalismo absoluto. Sabían que iban a morir jóvenes, lo aceptaban, y sólo les importaba vivir el momento. [...] Vivían aferrados al mismo Divino Niño y la misma María Auxiliadora de sus secuestrados. Les rezaban a diario para implorar su protección y su misericordia, con una devoción pervertida, pues les ofrecían mandas y sacrificios para que los ayudaran en el éxito de sus crímenes. Después de su devoción por los santos, tenían la del Rovignol, un tranquilizante que les permitía cometer en la vida real las proezas del cine. (García Márquez, 1996, p. 72)

Esta, explica García Márquez, era la condición de los jóvenes de las comunas de Medellín que integraban las distintas bandas criminales que



conformaban el ejército de sicarios de Pablo Escobar. Al igual que en el mundo clásico, la eterna juventud del guerrero viene determinada por su muerte temprana. Tal imagen se ha reproducido a través de la literatura, el cine, la televisión y en general el periodismo, al punto de que la singularidad de estos sujetos (más compleja, sin duda) desaparece ante la construcción narrativa de ese ideal que se convierte con el tiempo en la referencia cultural inmediata del sicariato; sin dejar de lado la educación sentimental que estos ‘guerreros’ han recibido de los medios y la sociedad. Pensemos en el cine, que se acoge como un manual de instrucciones. Del cine proviene la representación de la mafia de Chicago liderada por Al Capone. Nuestros criminales emulan esas vidas representadas en blanco y negro. Pensemos también en los medios, de donde proviene una narrativa encargada de animar el relato extraordinario de seres que insisten en dejar atrás su marginalidad para hacerse noticia en primera plana. Al menos así lo entendió Pablo Escobar, quien sabía del poder de lo mediático. Recuérdese que lo primero que hizo al escapar con sus hombres de su cárcel privada, La Catedral, fue enviar a *El Colombiano* las fotografías que congelaban el momento en que huye con cierta festividad. Una de esas fotografías la reprodujo este periódico el viernes 3 de diciembre de 1993, como parte de una galería de imágenes con las que se ilustraba el “Lugar de la muerte de Pablo Escobar Gaviria” (p. 3A).

Y a propósito de su muerte y del relato dramático que venía tejiéndose de su posible caída, el 21 de marzo de 1993, cuando el paradero del prófugo narcotraficante era un completo enigma, el antropólogo y astrólogo Mauricio Puerta fue entrevistado al respecto. Sostuvo que Escobar tenía una “carta astral única”, en la que, no obstante, podía vaticinarse que su muerte estaba cerca; Puerta “Advierte que Colombia siempre estará asediada por la violencia, pues “nació” bajo el signo Cáncer (ubicado en el Planeta Marte) que significa guerra” (*El Colombiano*, 21 de marzo de 1993).

Casos similares de representación mediática se darán, por supuesto, con otras figuras de la criminalidad: los lugartenientes, a la manera de alias ‘Popeye’ y alias ‘Pinina’; los guerrilleros, a la manera de Jaime Bateman Cayón y Carlos Pizarro; los paramilitares, a la manera de Carlos



Castaño, Salvatore Mancuso y Rodrigo Tovar Pupo, alias ‘Jorge 40’, cuyos ideales y valores acababan por convertirse en mitos y leyendas con una trascendencia cultural insospechada. Es posible, incluso,

leerlos como un fenómeno histórico, en el sentido más completo del término, que al atravesar muchas generaciones se ha modificado con sus experiencias (culturales, políticas, sociales, tecnológicas) y ha contribuido a modificar las visiones del mundo de esas generaciones, con frecuencia de forma involuntaria o solo parcialmente consciente. (Ortoleva, 2021, p. 46)

A esto es necesario agregar el hecho de que las representaciones de la guerra y de sus actores no es espontánea, mucho menos carece de intenciones políticas. Si nos fijamos con detalle en estas obras, así como en las diversas narrativas sobre el tema, veremos que hay dos lugares de enunciación claramente definidos: por un lado, las y los autores de la obras nos ofrecen su interpretación de los secuestros, las masacres, los asesinatos, las extorsiones, las violaciones y todas las vejaciones que la guerra trae consigo; si bien existe en algunos casos una declarada intención de objetividad (propia de la ética periodística) lo cierto es que estamos frente a una interpretación, una toma de partido en la que la objetividad se torna en posible propósito a alcanzar. Por el otro lado, quienes escriben ceden su voz eventualmente a los protagonistas de la guerra.

Es así como podemos escuchar de primera mano la voz de Carlos Castaño, Pablo Escobar, Jaime Bateman, Jaime Arenas, Clara Helena Enciso o algunas de las mujeres que rinden testimonio en *Las mujeres en la guerra* (2000), la obra de Patricia Lara. Todos ellos se disputan con la institucionalidad colombiana la fijación simbólica del conflicto social armado y de su participación en este.

Y he ahí una de las paradojas de la visibilidad opaca que produce la guerra: mientras las agendas informativas de los medios de comunicación buscan hacerla visible, los guerreros intentan, a toda costa, hacer invisibles sus acciones y decisiones (o al menos las que no les favorecen, o que favoreciéndoles no tienen por qué someter al “poder visible” del debate público). (Bonilla, 2002, p. 54)

A propósito del carácter ambiguo de la enunciación, Foucault recuerda que estos discursos son también instrumentos a través de los cuales se entablan las luchas por el poder al interior de las sociedades (2008, pp. 14-15). En ese sentido, resulta significativo que como sociedad decidamos construir discursos narrativos, ficcionales o históricos sobre la guerra, y que en estos les permitamos a sus protagonistas (victimarios en su mayoría) presentar su versión de esta, pues, como lo enuncia Beatriz Sarlo:

No se trata simplemente de una cuestión de la forma del discurso, sino de su producción y de las condiciones culturales y políticas que lo vuelven creíble. Se ha dicho muchas veces: vivimos en la era de la memoria y el temor o la amenaza de una “pérdida de memoria” responde, más que al borramiento efectivo de algo que debería ser recordado, a un “tema cultural” que, en países donde hubo violencia, guerra o dictaduras militares, se entrelaza con la política. (2005, pp. 25-26)

Aún más si consideramos que estas versiones narrativas, como modalidades no académicas del discurso, encarnan el asalto al pasado (Sarlo, 2005, p. 16) de un modo menos regulado, en función de necesidades presentes, intelectuales, afectivas, morales o políticas. Son, en efecto, versiones que integran la esfera de lo público porque parecen responder a las preguntas que nos planteamos sobre el pasado del conflicto, aunque solo lo hagan de manera muy parcial y en muchos casos sesgada. Estos sesgos, que vienen dados por la legitimidad a la que apelan los guerreros, hacen parte de los elementos en disputa en el escenario de la guerra.

Como lo explica Jorge Bonilla Vélez (2002), a la dinámica de la guerra no solo adhiere la violencia sistemática y el traslado de armas para batir al adversario, con todo y lo que arrastra la teatralización del conflicto. Habría algo más sutil, que tiene que ver con la disputa de los actores armados por imponer, en el ámbito de lo público, unos “marcos de interpretación” (p. 54), sobre los cuales se pretendería conseguir, a lo sumo, “el control hegemónico de las representaciones simbólicas de la sociedad” (p. 54). Tales representaciones, que consideramos mediadas por las proclamas, los discursos panfletarios, las gestualidades, los eufemismos y las acciones intimidatorias, constituyen formas elaboradas de la “lucha





política contemporánea” (p. 54), misma que no escapa a una simulación entretenida en la cultura de masas. Bonilla agrega: “no solo se movilizan recursos tecnológicos, armamentos y ejército, sino que también se gestionan significados, en tanto que se trata de un proceso en el que no hay exclusivamente máquinas de destrucción y muerte, sino de producción de sentido” (p. 54).

Este refinado accionar queda claro si revisamos, por ejemplo, algunos fragmentos de la proclama que el M-19 elaboró para ser difundida por los medios una vez se efectuara la toma del Palacio de Justicia:

Que las madres, todas, expresen su repudio a una clase dirigente y soberbia y a unos Altos mandos militares asesinos que lanzan a sus soldados a la guerra y los abandonan en la derrota.

Que la patria por la voz adolorida de las madres, sea perentoria acusación a una oligarquía insensible frente a una patria que se desangra en sus hijos.

Que los periodistas ayuden a recoger y difundir estas demandas para que la verdad se constituya en pilar fundamental de la paz. Porque derrotar la mentira es también derrotar la guerra. [...] EXIGIMOS:

Publicación en los once principales diarios de Colombia, durante cuatro días consecutivos, de los siguientes documentos: Primer día: La proclama de la toma. Texto de acuerdos de los Cese al Fuego y Diálogo Nacional. Segundo día: La Demanda Armada, que el M-19 en nombre de la nación ha formulado a la Corte. Tercer día: Las Actas de la Comisión de Verificación. Cuarto día: los acuerdos con el F.M.I. [...]. Patriotas: por voluntad de quien debe ejercer la soberanía nacional, que es el pueblo, todos los miembros del Movimiento 19 de Abril, nuestros hombres, nuestras armas, nos comprometemos a acatar y defender el fallo que emita la nación. [...] Patriotas: hoy, por fin, el futuro está en nuestras manos (Jimeno, 1989, pp. 37-38)

La proclama, evidentemente, apela a una idea del poder, de la nación y de la justicia de la cual sus autores se sienten defensores, pues en la pugna por legitimar su posición ideológica se erigen como voceros del «pueblo» cuya voluntad ellos representan.

Esta retórica, común a las guerrillas latinoamericanas que surgieron influenciadas por la Revolución Cubana y el comunismo europeo, se

enmarca en unas lógicas de producción de sentido según las cuales los grupos guerrilleros son los salvadores proscritos de una sociedad que se encuentra sometida por un poder oligárquico e injusto que debe ser removido por la voluntad del pueblo y la fuerza de las armas. Es apenas lógico que, en este caso, el M-19 busque la amplia difusión de estas ideas a través de los medios de comunicación, pues entre sus objetivos está la legitimación de la forma en que se representan el conflicto y los medios que consideran necesarios para lidiar con este.

En el extremo opuesto, aunque con una retórica y unas intenciones similares, están los narcotraficantes y los paramilitares, quienes se asumen también como críticos severos de la tradición política que, desde su perspectiva, debe cambiar para ceder el paso a programas y prácticas ideológicas que ellos encarnan o, cuando menos, defienden:

Seguiré en lucha franca contra las oligarquías y las injusticias, y contra los conciliábulos partidistas, autores del drama eterno de las bur-las al pueblo, y menos aún los politiqueros: indolentes en esencia ante el dolor del prójimo y arribistas de siempre cuando se trata de la partija burocrática. Por ello me duele el deprimente contraste de los que nada tienen frente a los que sólo entienden por exclusiva divisa de sus vidas el acumular capital, oportunidades y ventajas que lejos están de cumplir función social alguna. (Salazar J., 2001, p. 121)

Con comunicados de este tipo, Pablo Escobar le hizo saber a la opinión pública de su momento cuál era su supuesta postura política. Al igual que los comandantes de los otros ejércitos, usó los medios de comunicación y los demás recursos que consideró necesarios para promover su figura, su guerra y sus terribles acciones. Este es uno de los comunicados que, para usar la fórmula de García Márquez, se escribieron con un estilo tan ejemplar y una cautela tan perfecta que llegaron a parecerse tanto a la verdad que se confundían con ella, aunque solo fuera eso, pues los hechos contradicen las palabras de Escobar.

El narcotráfico desató en Colombia una forma insana del capitalismo que retrasó por décadas el desarrollo de la industria y desestabilizó el sistema económico, de tal manera que aún hoy se considera que el país no puede subsistir sin estos dineros. De hecho,



de 1978 a 1988 el cartel de Medellín tuvo su máxima expansión en los aspectos económicos, político y militar: las fortunas de los principales jefes crecieron de manera desproporcionada por la rentabilidad del negocio del narcotráfico. Entre el 70 y el 80% del negocio de la coca lo controlaban los carteles de Colombia. Se considera que para mediados de la década del ochenta el 10% del PIB provenía de recursos del narcotráfico. En 1987 se calculaba la fortuna de Pablo Escobar en 8 mil millones de dólares. (Pizarro Leongómez, 2015, p. 154)

Por otra parte, el aparente vínculo aquí establecido entre el M-19 y hombres como Pablo Escobar puede parecer incoherente. Sin embargo, la relación entre el capo e integrantes de esta guerrilla ha sido documentada, entre otros, por Alonso Salazar, quien recoge las siguientes opiniones de uno de los enviados de Jaime Bateman ante Escobar:

Pablo Escobar era un hombre con talante de estadista —explica Yaír—. Terminó una guerra en diez minutos. Me pareció un hombre al que le cabía el país en la cabeza. Meterse en Moravia, el famoso cerro donde la gente vivía encima de la basura, para llevarlos a un barrio con todas las de la ley, era un hecho político que todo el país tenía que conocer. [...] En una guerra, si no une la ideología, unen los objetivos. Ese proyecto necesitaba que alguien, desde una opción política revolucionaria, lo aprovechara. Los intereses que podía manejar Pablo Escobar eran contrarios a los nuestros, pero en un momento dado también se podían encontrar, sin la ilusión de convertirlo en un revolucionario de la noche a la mañana. Sabía que esa relación era transitoria, pero consideré importante mi estadía ahí, en una cosa que nunca fue explícita, pero que de hecho fue una asesoría política. (Salazar J., 2001, p. 104)

Con un estilo menos grandilocuente, pero con la misma perspectiva mesiánica y la misma convicción “revolucionaria”, Carlos Castaño afirma ante G. Castro Caycedo que las AUC son o serán una necesidad para el país:

Es que, mire: el gobierno anda por otro camino. Allí se piensa que estamos buscando una solución a nuestros problemas. Allí no se entiende que somos una organización nacional, que somos un fenómeno social. [...] ¿Que este gobierno hay que mejorarlo? Pero claro. Creo que el país nos lo pediría a gritos en este momento...

Yo tengo un compromiso muy grande con muchísimas regiones y por eso no me voy a retirar ahora, cuando esto se está perfilando como un fenómeno social, como una necesidad, que es en lo que se está convirtiendo las autodefensas en este país. Es claro. Así lo vemos nosotros. (Castro Caycedo, 1996, pp. 203 y 229)

Nótese que en todos los casos se hace mención al país o a la nación (o a una idea de la misma) y a la necesidad de transformarla, salvarla o reconstruirla. Ese ideal de la nación es un mito en sí mismo, al igual que ese sujeto colectivo e informe que reiteradamente se denomina «pueblo», y a nombre del cual el guerrero promueve la acción para lograr, según sus convicciones, un cambio; la guerra sucede en una mezcla de intereses de grupo y de partido; y la revolución, en tanto aspiración de un malestar de la sociedad y la cultura, se torna en retórica de unos aparatos ideológicos extremos.

Estos mitos de baja intensidad conforman lo que, a nuestro juicio, es el mosaico de los imaginarios de la violencia expresados en las obras referenciadas, cuyo maridaje inalienable con el periodismo resulta clave, pues,

Como lo aclaró Walter Lippmann inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial, en la construcción del mundo como verdad concretamente cognoscible, los profesionales de la información traducen ese mundo en un mosaico de noticias [...] Al seleccionar lo que “hace noticia” privilegian sistemáticamente los hechos que más recuerdan los modelos narrativos cuyo efecto sobre el público es más previsible y de los cuales el público mismo conoce previamente el paradigma narrativo, por ser, además, muy parecido al de las historias imaginadas que acostumbra consumir. (Ortoleva, 2021, p. 73)

Se trata de contar, es cierto, como una necesidad de comprender lo que acontece. Se trata de narrar lo que en la historia cobra peso y memoria. Se trata, también, de una pregunta por las verdades individuales o por la verdad colectiva. Esas verdades escogen el camino de la ambigüedad cuando el clima de época que intenta despejarse es sombrío y difuso. Esas verdades suelen ser manipuladas, incluso por sus propios protagonistas, tan proclives a hacer de sus vidas una leyenda, un mito de baja



intensidad. Eso es lo que se presenta en la década del ochenta a la que hemos venido haciendo referencia. Tal vez sea necesario apelar a una metáfora animal –nos detendremos en ella más adelante– para ampliar la comprensión de ese vasto panorama de nuestra historia reciente, donde el testimonio, la carta, el diario, la nota de prensa cobran un sentido más claro en la perspectiva con la que los escritores de no ficción insisten en hacer preguntas frente a esos documentos de respaldo, frágiles en sus intersticios, en sus silencios.

Breve muestra de un drama  
de época escrito a varias manos



Si revisamos los temas y la bibliografía registrada del género periodístico y literario a partir de los ochenta, encontramos que orbitan alrededor de ejes nodales para el conflicto colombiano: la guerra del Estado contra el narcotráfico, presente en obras como *La parábola de Pablo. Auge y caída de un gran capo del narcotráfico* (Salazar, 2001), *Lara* (Montt, 2008) y *Noticia de un secuestro* (García Márquez, 1996); el conflicto armado con las Farc y el M-19 registrado en obras como *Noches de humo. Cómo se planeó y ejecutó la toma del Palacio de Justicia* (Behar, 1998) o *En secreto* (Castro Caycedo, 1996). Por esta vía, señalamos aquí solo unas cuantas obras. Como el inventario es amplio, solo para invitar al lector al reconocimiento de estas obras en tanto expresiones del periodismo narrativo en el país, hacemos un acercamiento básico a los contenidos de algunos de estos textos.

¡Que haya acción!

*Noche de lobos* (1989). Ramón Jimeno

*Quando en un país se puede asesinar a la justicia, se puede asesinar a cualquiera.*

Ramón Jimeno

Una obra documental con escasas referencias literarias fue lo que se propuso escribir el periodista bogotano Ramón Jimeno, conforme a lo que expresa al inicio de su obra. Según él, la idea era “reconstruir la forma en que sucedió la toma del Palacio de Justicia en 1985, con sus antecedentes y las reacciones en la sede del Poder Ejecutivo” (1989, p. 1).

Los ocho capítulos que abarcan el libro y el epílogo, cumplen cabal-



mente ese propósito, y en muchos sentidos, lo superan. Los antecedentes a la toma están descritos en los tres primeros capítulos del libro, los cuales están focalizados en el grupo guerrillero M-19, causantes de la toma: *La decisión*, *Cada cual en su ley* y *Los lobos*. Las reacciones y las decisiones que tomó el gobierno Betancur y el poder militar para recuperar el Palacio de Justicia están narradas en los cinco capítulos siguientes. En su orden son: *¡Que haya acción!*, *Del comandante en jefe*, *El juego final*, *Cuentas alegres de un saldo trágico*, y *La bruma*.

Lo primero que advierte esta estructura, por lo tanto, es la cantidad de páginas que Ramón Jimeno dedica a los militares y al gobierno Betancur. No es este un libro que examine a profundidad el accionar y la ideología del M-19; Jimeno se dedica más bien a documentar e investigar la crisis militar, política y democrática que produjo la toma del Palacio de Justicia en el Poder Ejecutivo.

A decir verdad, parte de esa crisis se inició un año antes, en 1984, cuando el gobierno Betancur y la guerrilla M-19 firmaron un armisticio. En el papel, y solo en él, quedaron el cese al fuego y la voluntad de llevar al país a un diálogo para producir un cambio y una política alternativa. Al poco tiempo del acuerdo, cuando de las cárceles salieron sus líderes militares, el M-19 se rearmó; y el poder militar, a pesar de la voluntad de paz del gobierno, siguió hostigando al grupo guerrillero. De hecho, así inicia el libro: con las escaramuzas entre un grupo del Ejército y el M-19, por la época en que este último viajaba camino a Corinto a firmar la paz.

Por ese camino de la desconfianza, se generaron las condiciones para que el M-19 decidiera atacar el Palacio de Justicia. Su idea con esto, según la investigación de Jimeno en los tres primeros capítulos, era producir un nuevo gobierno (pp. 37-38). Cansados de que no pasara nada con el armisticio y de que el Diálogo Nacional no rindiera frutos, decidieron hacer la toma porque su intención más que militar, era política. Nació así la oportunidad de hacer valer por fin sus aspiraciones políticas, pero al mismo tiempo, de demandar judicialmente al presidente. La idea, según ellos, era tomarse el Palacio de Justicia para hacer un juicio en el que participara toda la ciudadanía y los magistrados, que luego llevara a la consecución de un gobierno para el pueblo. Así lo expresaron en la de-





manda que formularon en el papel:

Que ningún colombiano honesto se quede al margen de este juicio. Y que este juicio esté a la altura, la grandeza y la fuerza de un ACTO NUEVO DE GOBIERNO [...] Señores magistrados tienen ustedes la gran oportunidad de cara al país y en su condición de gran reserva moral de la República, de presidir un juicio memorable: el que habrá de decidir si los principios universales, por los que luchó y padeció Antonio Nariño en la centuria pasada, empiezan por fin a tener vigencia en nuestra patria. Porque ningún colombiano digno está dispuesto a soportar un siglo más de ignominia bajo el imperio de los intereses oligárquicos. (1989, pp. 37- 38)

Pero el armisticio no solo generó estas consecuencias. También sabemos, por el libro de Jimeno (y así remata el epílogo), que producto de esa firma, el poder militar quedó políticamente golpeado. No fueron tomados en cuenta en esa decisión y por eso asumieron una consigna antipaz. De ahí que la documentación que se muestra en los últimos cinco capítulos proponga las inconsistencias entre lo que demandaba Betancur y lo que ejecutaron los militares. Así, habría crecido la idea de retomar el Palacio, puesto que los militares *querían acción* (p. 99). De ahí la brutalidad militar con la que fue recuperado el edificio de administración de justicia. No importó la cantidad de rehenes: al recinto ingresaron tanques; en los edificios aledaños fueron colocados francotiradores; y las unidades del Ejército entraron disparando. El caos fue absoluto y no importó siquiera que en la radio se escuchara el pedido del presidente de la Corte Suprema de Justicia, el magistrado Alfonso Reyes Echandía:

—“*¡Por favor que cese el fuego inmediatamente, divulgue esto a la opinión pública, es urgente! ¡Es de vida o muerte! ¿Sí me oyen?*”, dijo Reyes por la cadena Todelar.

—“*¿Qué hay que hacer?*”, pregunta el periodista.

—“*¡Pues que el presidente de la República dé la orden del cese al fuego!*”, insistió el Magistrado (p. 122)

Fruto de la operación militar resultaron doce personas desaparecidas (una guerrillera, ocho trabajadores de la cafetería y tres visitantes), y un saldo de muertos que llegó a la cifra de 96, incluidos 42 de los 43 gue-

rrilleros que participaron en la Toma. Quizás esa sea la razón por la que Jimeno, más que concentrar su pesquisa en la operación ejecutada por el M-19 y a contar el drama interno del ataque, quiso focalizar sus ideas y su investigación en esa crisis que terminó con tantos muertos y tantas incógnitas por resolver.

Hoy, después de tanto tiempo, se siguen publicando libros sobre este hecho sangriento. Recordemos *Mi vida y el palacio* (2020), de Helena Urán Bidegain, hija de uno de uno de los magistrados que salió con vida del Palacio, según lo registró una cámara, pero que después fue encontrado muerto junto con las demás víctimas, en una deliberada puesta en escena de lo que hoy se conoce como *falsos positivos*.

Ramón Jimeno deja ver la manera en que fue examinado y juzgado el acontecimiento de la Toma por aquellos años en que ocurrió la tragedia. Más que la imparcialidad y la voluntad objetiva del investigador, según el prologuista Juan Manuel López Caballero, lo importante es advertir *el gesto de época* que sintomáticamente se narra, y que tiene que ver con un periodista y abogado como Jimeno, que quiso recontar la historia del acontecimiento, para hallar en ella una explicación sobre por qué en un país como Colombia muere tanta gente, cuando de *recuperar el orden* se trata. Por ese lado, termina el epílogo de su libro. Al fin de cuentas, a quien se juzga realmente en el libro no es al M-19 sino al Ejército, al punto que Jimeno no investiga a profundidad los nexos del M-19 con el narcotráfico. Si bien se menciona en el libro la tensión que vivieron los magistrados al debatir las posibilidades constitucionales de la ley de extradición, al final, en el epílogo, este grupo subversivo sale de la ecuación. Se nota el propósito que tiene este periodista de juzgar, ante todo, las decisiones tomadas por el Poder Ejecutivo a través del accionar de los militares:

¿Qué pasa cuando en un país mueren violentamente once de los 23 magistrados de la Corte Suprema de Justicia, cuatro magistrados auxiliares, y dieciséis abogados auxiliares? ¿Qué pasa cuando con ellos mueren el administrador del edificio, tres conductores, dos celadores, una ascensorista, y desaparecen todos los empleados de la cafetería y tres visitantes? ¿Qué sucede cuando 35 guerrilleros irrumpen por la



fuerza en la sede del tercer poder político público y la fuerza pública irrumpe tras ellos con la anuencia del poder Ejecutivo, sin mediar esfuerzos civilizados por impedir una masacre? ¿Qué sucede en un país donde los miembros de la Corte Suprema de Justicia y sus colaboradores no son respetados ni siquiera en calidad de rehenes, ni por la subversión ni por las autoridades legales?

La respuesta a esos interrogantes es una sola. Cuando en un país se puede asesinar a la justicia, se puede asesinar a cualquiera. A todo el mundo. (1989, p. 206)

Más allá del propósito documental, la investigación periodística de Jimeno tiene otros aditamentos. Inicia en tono de reportaje, porque asume el interés de registrar y de investigar qué fue lo que aconteció durante los días 5 y 6 de noviembre de 1985. No hay comentarios personales, no hay pretensiones literarias ni subjetivas por parte del autor. No hay, si se quiere, una perspectiva narrativa distinta a las voces que se recogen de los testigos; solo ellas valen como pruebas documentales. Se impone, así, el rigor periodístico de quien indaga en los hechos por todos conocidos. No obstante, el epílogo remata con un lenguaje diferente, más interrogativo y ensayístico, y con la voz personal de Jimeno. Es como si el periodista investigador hubiese preferido rematar su trabajo con una voz dispuesta a interrogar y a poner el dedo en la llaga, dispuesta a tomar partido en su lectura de la historia convulsa.

El título del libro de Jimeno proviene de unas palabras pronunciadas por el presidente Betancur, a propósito de una expresión muy popular que dice “¡Ahí viene el lobo, ahí viene el lobo!” (p. 59). Sin embargo, el libro no se atreve a más, pues en favor de la documentación minuciosa sobre las decisiones que tomaron ambos bandos, Jimeno se aleja de tejer una narración más íntima y dramática sobre lo que sucedía al interior del Palacio con los guerrilleros y los rehenes. En ningún momento aparecen las voces de los sobrevivientes, quizás porque para ese momento era difícil acceder a esas voces, a sus historias. Todas sus sospechas, sus intuiciones, más que por el lado literario, surgieron por el lado de las pruebas escritas que la misma realidad desprendía. Ahí radica el valor histórico de este trabajo investigativo.



Se captura aquí el gesto de una época, cuya tensión se basó en tratar de entender qué ocurrió en ese noviembre de tantas noticias lúgubres, si tenemos en cuenta que días después de la Toma, el país afrontó la tragedia de Armero: un pueblo del Tolima arrasado por un desastre natural, a raíz de la erupción del volcán Nevado de Ruiz.

Después de la retoma del Palacio de Justicia, se quiso ocultar lo que había implicado la decisión del Poder ejecutivo en los momentos más azarosos, cuando el edificio ardía en llamas. Luego se supo que la ministra de Comunicaciones de entonces, Noemí Sanín, pasadas varias horas del ataque, obligó a acallar los medios de comunicación, prohibiendo “terminantemente la trasmisión de entrevistas y llamadas a magistrados puesto que ello dificulta cualquier operación tendiente a salvaguardar la vida de las personas” (p. 123). Solo que ya era tarde para *salvaguardar* vidas. Porque al interior del Palacio no era posible separar los civiles de los guerrilleros. En medio del fuego cruzado y de las bombas de humo, solo había cuerpos, acaso sombras, a los que los militares decidieron eliminar. Fue entonces cuando la ministra ordenó a la televisión nacional que, en lugar de mostrar las imágenes del incendio y la retoma del Palacio de Justicia –lo que luego pasó a llamarse *El holocausto del Palacio de Justicia*– se transmitiera el partido que jugaban Millonarios y Unión Magdalena, por el torneo local. No creemos que alguien recuerde si en ese partido hubo goles. Lo que sí se recuerda, y en esto *Noche de lobos* refresca la memoria, es que una ministra de comunicaciones censuró y se autocensuró en medio de una tragedia anunciada. Ramón Jimeno exhibe los ocultamientos. El lector interpreta los gestos de los ocultamientos, los aclara en medio de la bruma del presente.



## Las guerras siempre dan tierra

*Siguiendo el corte. Relatos de guerras y de tierras* (1989). Alfredo Molano

*La guerra es como un río en que uno no puede hacer pie:  
hay que echar hacia adelante buscando salir a cualquier orilla.*

Capitán Berardo Giraldo

Sabemos por Arturo Cova, el escritor-narrador de *La Vorágine* (1924), que en los años veinte, en las selvas colombianas, solo existía una ley: la que dictaba la violencia. Por esa razón, es que casi nadie podía escapar de ella; y si acaso alguien lo lograba, serían visibles los estragos que harían en su humanidad los *infiernos verdes*, como denominara Max Grillo a las selvas del Orinoco y Amazonas: “paraísos custodiados por legiones dantescas, abismos de todas las fuerzas destructoras del organismo humano y disolventes envenenados de todas las virtudes del alma” (1946, p. 332). Arturo Cova no pudo escapar a esos verdes selváticos, como se colige al cierre de sus memorias, cuando en “Epílogo”, el Cónsul de Colombia en Manaos le escribe al “Señor Ministro” contándole de la desaparición de Cova y sus compañeros, “los caucheros colombianos del Rio Negro o Guanía”, y de la búsqueda infructuosa de Clemente Silva: “Ni rastro de ellos. ¡Los devoró la selva!” (1946, pp. 10-325).

Ese mismo sino trágico es el que vivieron (aunque no desde la ficción) los narradores de los seis relatos que componen el libro del sociólogo y periodista Alfredo Molano. También ellos son devorados por la selva y también ellos marcharon al dictado de la violencia. Así inicia y termina el libro de cabo a rabo; primero con el relato del capitán Berardo Giraldo que se enlista en las guerrillas liberales, porque la *chipa* lo envolvió, es decir, la guerra; y después, con el relato de un hombre empeñado en regresar a las selvas del sur colombiano, así en ellas hubiera perdido todo por el negocio de la coca. Son, pues, seis relatos de guerras y de tierras, como lo señala el subtítulo del libro.

Quien prologa el libro de Molano, el investigador y sociólogo Orlando Fals Borda, cree que el origen de esta violencia se basó en la explotación capitalista de las compañías norteamericanas que se asentaron en las selvas. El problema con esto es que el sociólogo desoye las voces de los narradores, quienes dan una versión más propia de esa génesis. Es probable que el problema se pueda sustentar en la explotación que ejecutaron esas compañías contra blancos e indígenas, a raíz de los precios del caucho y la mercancía que se comercializaban; sin embargo, más interesante que esto, es la manera en que cada voz teje un relato en el que se pueden deducir otras causas y otras razones, tal vez más complejas de interpretar, en la medida en que esos destinos se imbrican a realidades y contextos con fuertes cargas históricas. Algunas de esas voces tienen nombre, otras son anónimas. Todas narran, eso sí, en primera persona, con un lenguaje propio, con juegos discursivos auténticos, sobre los cuales el escritor Molano despliega un dominio de herramientas narrativas, con lo cual se enriquecen las narraciones individuales. De ahí que los relatos apelen a sentencias, a cambios temporales, a finales abiertos y figuras retóricas como la prolepsis o *in media res* ('en pleno asunto, en medio de la acción').

La primera narración corresponde al capitán Berardo Giraldo, llamado "El Tuerto", quien narra sus aventuras y fracasos en sus batallas guerrilleras en los llanos, en contra del Ejército o la *chulavitada* conservadora. La segunda historia es anónima, y mientras la voz de este hombre hace una febril travesía por el Meta, recuerda su pasado de la guerra de los años cincuenta en la que, por el destierro, su familia debió hacer un largo éxodo buscando nuevas tierras que colonizar. La tercera es la voz de Jerónimo Solano, quien relata la violencia que se generó alrededor del monopolio del caucho y sus precios, y que llevó a la muerte a tantos indios y blancos. La cuarta narración es la voz de una mujer que describe sus esfuerzos por tener una tierra propia que pueda cultivar, en medio del surgimiento del cultivo de la coca. La quinta es la voz del Tío Zabaleta, un hombre que narra lo sucedido en la colonización El Retorno, un conjunto de tierras que fueran trabajadas, sembradas y tituladas a nombre de personas que huían de la violencia. Y la última, es la voz de



anónima de otro hombre que demuestra cómo el fracaso agrario de los campesinos los llevó a cultivar coca.

Cada relato, en ese sentido, avanza en el tiempo, pues el libro inicia con las guerras liberales y conservadoras de los años cincuenta y termina en los años ochenta con el auge del oro blanco de los narcotraficantes. Pero ese avance es solo temporal; en cada relato los narradores no trascienden su situación, no progresan. Concluyen su relato en medio de ambigüedades biográficas. No hay finales felices, no hay guerras ganadas, porque en la violencia y en la guerra no hay progreso. *Siguiendo el corte* constituye un libro que testimonia dos fracasos: el agrario y el de las guerrillas liberales.

Por un lado, los liberales del llano, entrenados en la guerra, no tenían ningún proyecto político, eran todos analfabetas. No tenían más aspiraciones que seguir en pie de lucha contra el enemigo:

Alvear [*un médico liberal*] llegó como mandado por Dios. Nosotros todos éramos analfabetos. Los Bautistas eran peleadores bravos, Guadalupe un llanero arisco. No habíamos leído nada. En vez de armas, La Dirección Nacional Liberal nos había mandado de regalo una vez dos libros: uno sobre la revolución mexicana y otro sobre la revolución en Nicaragua. Nos gustaron Zapata y Sandino. Habían estado en las mismas nuestras, pero hasta ahí. Alvear llegó con nuevas ideas. Nosotros sabíamos que la cosa era en grande pero ya no sabíamos qué hacer con el tamaño que las cosas estaban cogiendo [...]debíamos prepararnos para la toma del poder. El problema era qué hacer con él. (1989, pp. 77-81)

Estando en la guerra, los campesinos se dieron cuenta que luchaban por el pueblo, que hacían una revolución:

La mayoría de los guerrilleros en aquella época no pensaban tan allá. Sólo nos defendíamos. Pero Eduardo tenía más ideas, pensaba más que nosotros y nos convenció de formar el Comando Monchacá, que era el nombre de la calle donde quedan las chicherías de Sogamoso. Con ese nombre quería decir que nuestra pelea era la pelea del pueblo. Fue la primera vez que yo oí hablar de revolución (1989, p. 45-46)

Por el otro lado, la cuestión agraria fracasó porque las cosechas de los campesinos no fueron rentables. No existían caminos por donde sacar

sus productos, y el precio no devolvía ganancias. Por eso, se impuso el cultivo de la marihuana y la coca: aquí sí había caminos, sí había precio y dinero, y también guerra:

Trabajábamos solos. Cada cuatro meses una paladita. La maña de la coca no está en la química. Uno aprende a quimiquearla rápido, pero al final la maña está en saber manejar la plata que ella pare [...] Eso fue como echarle hojarasca seca al rescoldo. Se iba más tiempo en recibir que gastar. Lo primero que compraban era una buena pistola, un buen revólver, un sombrero de plumas, mujeres, trago, pernicia. Se olvidaron de las fincas como si el apogeo fuera a durar toda una vida [...] Al lado de la plata que corría, llegó otra maldición, esa sí de verdad: la vida no valía nada porque se podía pagar y para eso había. Gente comenzó a sobrar. A los pelados que venían a raspar los pelaban para no pagarles [...]

Sólo cuando sacamos la primera cosecha vinimos a saber que era cierto, porque la plata no miente. Lo que miente es el sueño que ella da. Los naturales [*indios*] de por aquí también la cosechaban. Como ellos sabían cultivarla y no sabían del dinero, dieron en estafarlos [...] Cuando ellos ya supieron lo que era el billete y comenzaron a molestar y a defenderse, entonces los enviaron al basuco. Pobres. Tras de que no se alimentaban ni sabían comer, entonces sí que fue cierto. Acabaron por ahí tirados, muertos de hambre. (1989, pp. 242-243,278)

Por todo lo que los relatos y testimonios plantean, queda corta la interpretación de Fals Borda, porque es difícil aventurar un esquema rígido para dar cuenta de lo que implica la vida campesina vinculada con el cultivo de la coca y atravesada por las violencias que la anomalía ha generado. Lo interesante es que sean estas voces el testimonio de esos fracasos; que sean ellos los testigos de esa barbarie. Por boca de los protagonistas, por su sabiduría oral y por el choque de una experiencia llevada al límite de lo alucinante, se enuncia la verdad que no cabe en los conceptos y en las teorías. Habla por ellos la verdad del testigo que sobrevive a su historia, y que tiene algo que decir; habla por ellos, incluso, la verdad del testimonio, esto es, la verdad en donde el relato se hace mirada y denuncia. Testimoniar algo significa hacerlo presente para el tiempo, es sugerir que hay algo para ver, para sentir, que algo está pasando. Testimoniar es





detener la mirada. Es lo que hacen cada uno de los protagonistas de los seis relatos que *siguen el corte* de unas realidades que solemos ignorar desde nuestras ciudades.

## Una bonanza de muertos

*El oro y la sangre* (1994). Juan José Hoyos

*Por esa época, en el Alto Andágueda, la costumbre era matar primero y después preguntar quién era el muerto.*

Juan José Hoyos

Gracias a la profesionalización de la historia como disciplina durante los años sesenta del siglo XX en las instituciones universitarias, se empezó a cuestionar la versión oficial de la historia colombiana, en la que se había impuesto la mirada conservadora de los regeneracionistas y el estilo de los grecolatinos. En ese avance se comprometen los estudios de historiadores como Jaime Jaramillo Uribe, Germán Colmenares, Orlando Fals Borda y Marco Palacios. Esto estimuló que, tanto en la literatura como en el periodismo, se creara la necesidad de volver la mirada hacia los vencidos, hacia los otros, esos incontables seres anónimos que son representados sin nombre y sin historia por las cifras estadísticas de la información demográfica.

Fiel a esa mirada es el libro del periodista antioqueño Juan José Hoyos, en el que se narra la crónica documental de todo un pueblo indígena del Chocó, que se vio abocado a una guerra fratricida al descubrirse una mina de oro. Visto así, el libro es, por lo tanto, un extenso trabajo de investigación y documentación, escrito en tercera persona, que busca contar los pormenores de esa guerra que se inició en 1975, y que se prolongó hasta 1987, cuando un grupo guerrillero quiso imponer la paz en este lugar.

La historia es poco conocida en nuestro país, pues las guerras que tomamos en cuenta, por lo general, son las que suceden en el fragor de lo

político. Sobre todo, las guerras de poder que en este país corresponden casi siempre a dos bandos históricos: liberales y conservadores. Los indígenas, en cambio, casi no han tenido prensa, y su caso corresponde al de una violencia no reconocida y más bien ocultada a la fuerza. Si no fuera por el libro de Juan José Hoyos, poco es lo que sabríamos sobre la situación de los indígenas en el Chocó, y en particular de los Embera Katíos.

En el trabajo de Hoyos se desnudan el olvido y la indiferencia con que los gobiernos de esos años trataron las problemáticas indígenas. En los intentos por generar diálogos entre los indígenas para detener la guerra, los delegados del gobierno muchas veces no asistieron, y por esa razón, quedaron incompletos muchos de los proyectos agrarios y de salubridad que se implementarían para que los indígenas dejaran las armas y tuvieran una calidad de vida más humana. Por ahí se cierra el libro, en la plena incertidumbre: a falta de mediadores ¿qué va a pasar con este pueblo de indígenas de Río Colorado en el Chocó?

El oro fue el origen de toda esa debacle indígena. Y la razón es que los Embera Katíos de esta región solo vinieron a conocer el dinero cuando los hombres blancos llegaron a su territorio. Antes de eso no conocían la palabra moneda, ni qué cantidad económica representaban los billetes. Ellos vivían del trueque y de lo que produjera la tierra. La palabra *Kidúa*, que significa papel en su lengua, era la única que se parecía a la idea de billete. Por esa razón, cuando los indígenas empezaron a vender el oro, se dieron cuenta que podían comprarlo todo y se corrompieron. Así cambiaron sus costumbres aborígenes por las occidentales:

En la época del oro, al resguardo empezaron a llegar por miles de frascos de agua oxigenada que muchas indias usaban para desteñir el pelo e imitar la apariencia de las rubias. Después, el agua oxigenada empezó a ser usada también por algunos jóvenes [...]. Detrás de los frascos de agua oxigenada llegaron los tubos de Kolestone, los fijadores y la gomina. «En esa época, en el resguardo había pelos de todas las formas y colores», recuerda una maestra del colegio Aguasal[...]

Los viajes en avión también se pusieron de moda en el resguardo. La costumbre la iniciaron los miembros del cabildo de Río Colorado que aprovechaban las comisiones a las oficinas del Incora, en Bogotá, para ir al estadio El Campín a ver los clásicos que jugaban Santa Fe y Mi-



llonarios. [...] Después, la fiebre de los aviones se volvió común. Los indígenas llegaban al aeropuerto de Pereira, compraban un montón de tiquetes, se montaban en el avión y se iban a darle la vuelta al país. [...] «El disfrute de ellos era saber que allá arriba no viajaban sino los blancos», dice Alonso Tobón, un funcionario de la Organización Indígena de Antioquia [...] (1994, pp. 151-152)

Pero también con el oro llegó la guerra. Ya había iniciado desde los tiempos de la Conquista, cuando en los relatos de los indígenas, cada tanto se decía que por esas selvas de Dabaibe (hoy Chocó), estaba la ciudad de El Dorado. Los adelantados españoles, con la ambición de llegar a este lugar, ensangrentaron pueblos y torturaron a indígenas. Ese es el *flashback* hacia donde conduce el trabajo cronístico de Hoyos para descubrir las raíces de un antiguo problema. Por lo tanto, cuando el indígena Aníbal Murillo descubrió una nueva veta de Oro en 1975, se reinició la catástrofe.

Por estos lugares ya operaba una mina de oro de la que eran dueños dos blancos antioqueños, los Escobar y los Montoya, que con el tiempo entraron en conflicto por su dominio y su control. Al final, son los Escobar quienes con argucias burocráticas corrompen a inspectores y a policías y se quedan con la mina. Inclusive, hicieron lo posible para demostrar que las tierras en las que Aníbal encontró la veta pertenecía a ellos. Y lo hicieron. Eran así dueños de dos minas. Aquí es cuando inicia la historia de oro y sangre que cuenta Hoyos en el libro.

Uno de los nietos del viejo Montoya, que había pertenecido al Ejército Nacional, armó y preparó a los indios para que ambos recuperaran el control de la mina. Después de muchos muertos, de hostigamientos de la policía a este grupo armado indígena, la mina no quedó a manos de nadie. Lo que sí quedaron fueron las rencillas entre un bando y otro, sobre todo entre los indígenas, que con esta guerra se dividieron geográfica y culturalmente. Se inició, de pronto, otra guerra interna y fratricida. Con el oro que lograron sacar cuando se hicieron con el control de la mina por un tiempo, compraron armas y fusiles.

De todo esto solo va a quedar una imprecación que es la con la que se cierra el libro: *¡Hijueputa oro...!* Estas piezas ancestrales solo aumenta-

ron la pobreza en Río Colorado, e hicieron que la muerte fuera algo muy común; es lo que encontró Juan José Hoyos cuando visitó el lugar:

En esa fonda me di cuenta de que en el Alto Andágueda la muerte era una cosa corriente. Más abajo, en la misión de Aguasal, el padre Betancur me lo explicó más crudamente: cuando alguien le pregunta a un emberá cuántos hijos tiene, casi siempre contesta: «Tres vivos y dos muertos...». «Cuatro vivos y tres muertos...». (1994, p. 84)

Es el oro, en consecuencia, un símbolo funesto en esta cultura. De ahí que el libro abra con un epígrafe que relaciona la presencia de este metal en el intercambio de las sociedades. El texto hace parte de *Timón de Atenas*, escrito por Shakespeare:

¿Qué hay aquí? ¿Oro? ¡Oro, amarillo, brillante, precioso! ¡No, oh dioses, no soy un hombre que haga plegarias inconsecuentes! ¡Simples raíces, oh cielos purísimos! Muchos suelen volver con esto lo blanco negro; lo feo hermoso; la falso, verdadero; lo bajo, noble; lo viejo; joven; lo cobarde, valiente. ¡Oh Dioses! (1994, p. 13)

Con el oro, el hombre se aleja de dios (es la historia que cuenta el *Fausto* de Goethe); y esta cultura indígena así mismo lo hizo, con sus dioses, con sus ancestros, con sus tradiciones. *El oro y la sangre* es así un intento por relatar el horror y la violencia que está detrás de la modernización por la que pasó esta tribu indígena. Y, sobre todo, este es un libro en el que se muestra al Chocó al desnudo. Es un libro sobre la visión de los vencidos.

Por esa razón, queda al descubierto, también, no solo la negligencia del Estado, sino la participación de la institución militar en la violencia que se generó allí. Se aliaron con los terratenientes y con los Escobar para acabar con este grupo aborígen:

Las semanas que siguieron al ataque de la policía al Alto Andágueda fueron muy tensas. Los indígenas pusieron vigías armados a lo largo del camino entre las montañas del nudo de San Fernando y Río Colorado. Los policías, en cambio, se retiraron hasta la Argelia, paso obligado de la gente que viajaba entre Andes y el Chocó, y se acuartelaron en una casona del hacendado Escobar situada junto al camino de herradura. [...] Desde esa casa, donde fueron instalados con todas las



comodidades por la gente de Escobar, los policías aseguraron el control del camino y desde finales de junio de 1978 prohibieron el paso de las mulas y de la gente. [...] Muy pronto el hambre comenzó a hacer estragos en la parte alta del territorio indígena [...] (1994, pp. 55-56)

Cuando los indígenas tomaron la mina, un juez de Quibdó mandó a un grupo de policías para que apresaran a los responsables. Estos, sin embargo, llegaron arrasando a todo el pueblo:

A las cinco de la mañana, más de cien hombres vestidos de paisanos, en bermudas, y usando sombreros parecidos a los suyos [*policías queriendo parecerse a indígenas*] los atacaron con ráfagas de ametralladora, fuego de fusiles, granadas y bombas lacrimógenas [...] Durante el resto del día, los agentes se dedicaron a requisar tambos, «fumigando bala, lanzando granadas y destruyendo ranchos». Los indígenas dijeron que entraron a la casa disparando sobre las ollas y los colchones y decomisando machetes y hachas utilizados por ellos para las labores del campo. [...] Los agentes duraron diez horas ingiriendo licor, saqueando los tambos y despojándolos de sus pertenencias. (1994, pp. 122-124)

El trabajo de inmersión hecho por Juan José Hoyos a la zona del Chocó descubre otro rostro del conflicto por la posesión de la tierra y la riqueza. Esta vez sus protagonistas son una comunidad indígena, que se destruye en medio de la ambición de los ‘blancos’ y de la ingenuidad de los líderes de su comunidad. El conflicto inicia a mediados de la década del setenta y recorrerá la década subsiguiente. El país estaba muy ocupado en resolver las violencias urbanas, como para volver la mirada hacia un departamento olvidado y marginal.



## No nos gustaban las armas

*Las mujeres en la guerra* (2000). Patricia Lara

*Yo no amaba las armas. De niña me gustaban las muñecas de trapo que me hacía mi mamá y los barquitos de papel que yo hacía y echaba a flotar en las corrientes que formaban los aguaceros.*

Dora Margarita

La miscelánea de voces y verdades que constituyen este libro es quizás lo que primero llama la atención al leerlo. Dan cuenta de una violencia múltiple, diversa, polifónica, pero, ante todo, sensible, pues se trata de las voces y las verdades de nueve mujeres que tuvieron que vivir en carne propia la violencia guerrillera y paramilitar de los años ochenta.

Tres de estas voces pertenecen a mujeres ayudantes o combatientes en esa guerra; son Dora Margarita, exguerrillera del M-19 y el Eln; Olga Lucía Marín, excomandante de las Farc, y quien fuera por mucho tiempo esposa de Raúl Reyes; e Isabel Bolaños, dirigente paramilitar y mano derecha de Carlos Castaño en los años noventa.

Las restantes voces pertenecen a las madres y esposas víctimas de esta violencia; son María Eugenia de Antequera, viuda de un líder de la Unión Patriótica, asesinado por los escuadrones de la muerte; Maxelén Boada de Pulido, viuda de un teniente de las fuerzas armadas emboscado por las Farc; Myriam de Roa, madre de un soldado secuestrado por las Farc; Gloria, madre de una menor de edad secuestrada por el Eln; Juana Sánchez, desplazada por los paramilitares de la zona del Bolívar; y Margot Leongómez de Pizarro, la madre de Hernando, Carlos y Nina Pizarro, militantes y líderes del M-19.

Son nueve mujeres que cuentan en primera persona el relato de su vivencia personal con la violencia. Inclusive, según como están distribuidas esas voces, podemos decir que hay dos libros. El primero, *el de las hijas*, que corresponde a las tres combatientes y la menor de edad se-



cuestrada. Y está *el de las madres y esposas* de los soldados y guerrilleros. Ahora bien, esa correspondencia de las madres que lloran a sus hijos y de las hijas que recuerdan una y otra vez a sus madres cuando están en la guerra, demuestra que el tono de los relatos aquí tejido es deliberadamente sensitivo; por ellas, madres e hijas, se revela que la guerra es dolorosa, absurda, indefendible, contraproducente, machista, tanática, etc. Lo vemos en estas citas *in extenso*:

Dora Margarita: “La nuestra no ha sido una guerra corta, como fue la de Cuba. Ha sido una guerra eterna. Las armas no son la salida. Lo digo con la información y la experiencia que tengo hoy. Yo les comento a los compañeros que no creo que a las Farc ni al ELN se les pueda llamar guerrilla. La suya no es una lucha por el pueblo. No los mueve ese amor por cambiar lo malo por lo bueno. Los mueve más bien el deseo de que les dejen un pedazo de riqueza y un trozo de poder” (2000, p. 77).

Liliana López: “A mí me mantiene en esta lucha la convicción de que es justa. Pero la lucha armada no puede ser nuestro fin. Tenemos que llegar a conquistar la paz con justicia social. Porque no sería justo que hubiera tantas muertes para que las cosas siguieran igual [...] A mí realmente no me llaman la atención las armas. Yo tengo claro que estoy en esta lucha armada porque es una necesidad para el país” (2000, pp. 112-113/117).

Isabel Bolaños: “Yo no quería aliarme con los paramilitares ni con grupos de justicia privada [...] ¡Pero el Estado no protege a la gente! Y al ver que la guerrilla estaba otra vez ahí, secuestrando, extorsionando, sin que el Ejército apareciera ni hiciera nada, acabé metida en las autodefensas” (p. 179).

María Eugenia de Antequera: “Yo no veía que a esas señoras [*Madres por la vida*] la muerte de quienes amaban les doliera más ni menos que a mí. Hasta ese momento, yo pensaba que en la guerra solamente habíamos sufrido los civiles y los de la izquierda. Pero ese día sentí el dolor de los otros, ese dolor que no había visto y que no había querido ver. Entonces me di cuenta de que el dolor es igual para todos [...] En la guerra solo gana el dolor [...]” (p. 207).

Maxelén Boada de Pulido: “Cuando estaba en la Universidad yo sim-

patizaba con el M-19. Me parecía que se preocupaban por el pueblo, que defendían sus ideales sin agresiones y que luchaban porque alcanzáramos la democracia y la equidad. Pero después se volvieron vándalos como los otros. Creo que los guerrilleros no tienen temor de Dios, carecen de sueños y de ilusiones y no saben apreciar la naturaleza ni el canto de los pajaritos. Cuando matan no le hacen daño al ser que mataron, sino a la gente que ama ese ser” (p. 219).

Myriam de Roa: “A uno le da mucha tristeza que esos muchachos le estuvieran sirviendo a la patria [*los soldados*] y que el gobierno se haya portado así. En cambio, a los secuestrados civiles, a los del avión de Avianca, a los de la iglesia María, a los de Ciénaga del Torno sí les han puesto atención; claro, como ellos son gente de plata y nosotros somos humildes, nuestros hijos, los 527 soldados y policías secuestrados [...] no son importantes” (p. 230).

Hija de Gloria: “Los guerrilleros eran niños a los que les gustaba jugar a la guerra [...] Habían entrado a la guerrilla a los once o catorce años, y ahora estaban encargados de cuidarnos” (p. 244).

Juana Sánchez: “Yo solo le pido a Dios que me deje vivir hasta que mis hijas se puedan defender solitas. Y le pido que haya paz en el país y que se acaben los grupos armados. Ellos son los del conflicto. Pelean por el poder. Pero los que pagamos el pato somos los que no tenemos que ver con eso” (p. 24).

Margot Leongómez de Pizarro: “Todos los días le pido al Señor perdón, porque si yo siento tanto dolor [*tres de sus hijos guerrilleros fueron asesinados*], me duele mucho más el dolor que a esas mamás les hayan causado mis hijos” (p. 293).

Desde la recordación y desde sus cicatrices, en este libro leemos cómo muchas mujeres no escaparon a la guerra, o bien como víctimas madres, víctimas hijas, o bien como victimarias. Aquí se narra cómo tuvieron que dejar a un lado sus miedos, sus debilidades físicas, para empuñar un arma y perderse en la selva inundada de mosquitos, pantanos, y cómo enfrentaron las enfermedades en condiciones infrahumanas. O cómo tuvieron que sobrevivir al dolor inmensurable de un hijo asesinado o secuestrado; cómo afrontaron la depresión, los traumas, los llantos solitarios, porque





un hijo ya no volvería a casa; y cómo terminaron por admitir, sin que lo comprendieran del todo, que la violencia podía llegar a ser un camino para la paz.

Esa figura de *la madre y la hija* nos recuerdan, por lo tanto, la vida que se desperdicia y se sacrifica con la guerra. En algunos casos, representan la causa por la que estas mujeres luchan; las combatientes, por ejemplo, toman de alias el nombre de sus madres, o de alguna mujer que las haya inspirado. Y casi la mayoría de las esposas, madres, e hijas que narran en este libro, si se sostienen en el dolor, si crean un sentido para sus vidas, es por las mujeres que están a su lado y las apoyan. Casi que ningún hombre las inspira.

*Las mujeres en la guerra* es una historia múltiple en la que coinciden las voces contrapuestas del conflicto armado en Colombia. Se suceden en la lectura las voces de mujeres madres de soldados o de guerrilleros, las voces de mujeres guerrilleras o paramilitares, o de las madres que ni siendo de un lado ni de otro bando, tuvieron que vivir en el destino de sus hijos las consecuencias colaterales de la guerra.

No hablan aquí los hombres, ni sus ideas, solo las mujeres; por ejemplo, las que están al otro lado de las estadísticas: las madres que el Estado no apoya, y que solo reciben un sentido pésame por la muerte de sus esposos e hijos. Son las madres que no fueron noticia, que nadie sabe de ellas, porque el énfasis en el periodismo sensacionalista, no son los que quedan, sino los que mueren. Y hablan también las combatientes, las mujeres que llegaron a esta situación porque al revés de los hombres, sí querían un cambio. Vienen de un periodo en que surgió en el país una conciencia social: los años sesenta. Del periodo en que las revueltas sociales, los sindicatos, las militancias en grupos estudiantiles, marxistas y socialistas, eran la prueba de que se podía cambiar la cara del país, una cara de hambre y desigualdad; de manera que se dedicaban al trabajo comunitario en los barrios y los tugurios. De esos lugares de miseria salieron a buscar armas, a hacerse a una esperanza por la vía de la beligerancia.

Y ese es justamente el contexto del trabajo periodístico de Patricia Lara. Podría decirse que inicia en los años finales de la década del cin-

cuenta y termina con el fin de siglo. Hay por lo menos más de cuarenta años en los que estas mujeres sitúan su lucha social, guerrillera o paramilitar; cuarenta años de gestación de una violencia variopinta, que tiene sus momentos de mayor crudeza entre los años ochenta y noventa. De la violencia de los cortes de franela se pasó a las desapariciones forzadas, al destierro, al secuestro, o a la limpieza social de los escuadrones de la muerte. Por esa razón es que el libro cifra las claves de su interpretación en el pasado. Así están estructurados los nueve relatos. Todos inician *in media res*, a punto de estallar el conflicto, y luego, en cada uno se vuelve hacia el pasado (*flashback*), hacia la biografía de cada una de estas mujeres, pues parece que hay una pregunta implícita para cada circunstancia individual: ¿cómo comenzó todo? Es decir, de dónde vienen estas mujeres como Dora Margarita, Isabel Bolaños y Olga Lucía; qué hay en su biografía que explique por qué se sumaron al conflicto armado. Inclusive, también ese *flashback* nos lleva a saber quiénes eran esos hombres secuestrados y asesinados, como para que estas madres y esposas sintieran tanto su muerte.

Lo curioso es que, por lo general, esa vuelta que se hace al pasado, tiene que ver con la infancia, cuando no había ocurrido nada y estas mujeres se alimentaban del sueño de querer cambiar el país. Por esa vuelta hacia atrás sabemos que querían otras cosas, que querían estudiar, que querían vivir con sus hijos, que querían cultivar la tierra, formar una familia y tener más hijos. Pero esto también explica por qué algunas se mantuvieron en la idea de seguir luchando, así no creyeran en las armas. Mientras los hombres cambian de bando, ellas permanecen intactas en sus aspiraciones.

Sin embargo, no todas coinciden en la misma mirada. Un aspecto interesante del libro es la focalización: la mirada es fragmentada, diversa, polifónica, pero, sobre todo, política. Aún con todo, las combatientes ven con buenos ojos su lucha, y malévola la de su contrario. Las madres y esposas, algunas juzgan al Ejército, otras lo defienden, y existen las que intentan no tener una mirada maniquea y sienten las muertes de todos como una misma, así sean de bandos opuestos. Aún más, por esa mirada que focaliza el conflicto, se nota en el subtexto de las narraciones que



el Ejército y las instituciones políticas son los más juzgados. En especial, los hombres. Hacia allá apunta la mirada de Patricia Lara al recoger estos relatos:

Justamente lo que pretende este libro es hacerlos conscientes de ese dolor infinito, e implorarles a las mujeres que se unan de verdad contra la guerra [...]. Señores de las armas: no hay razón que justifique tanto dolor... ¿No les parece suficiente el que hemos vivido? Paremos todos la guerra a cualquier precio. (2000, p. 21)





# Una metáfora animal más allá de la ficción

La mejor metáfora que condensa aquellos tiempos de incertidumbre en la década del ochenta, cuando el Estado parecía débil frente al clima de terror que sofisticó Pablo Escobar con tal de evitar su extradición a los Estados Unidos y de continuar al frente de su jugosa industria criminal, la construiría años después Juan Gabriel Vásquez en su novela *El ruido de las cosas al caer* (2011). El título abrevia la condición de miedo de los habitantes urbanos frente a la explosión de carros bomba en lugares concurridos de Bogotá, Medellín, Cali y ciudades intermedias, mientras en los medios periodísticos circulaban mensajes y cartas de los Extraditables, un grupo ideológico y beligerante, inventado por Escobar Gaviria para darle a su rebeldía y a su imperio ilícito un estatus de permanencia y confrontación política.

En las páginas de *Medellín cívico*, el periódico de propiedad del capo Escobar y en el que este desplegaba su plataforma política como abanderado de causas sociales y del medio ambiente, empezaron a publicarse comunicados a nombre de los Extraditables. En el primero de ellos, firmado en Barranquilla el 6 de noviembre de 1986, el grupo pedía la repatriación de los nacionales que estaban en cárceles de otros países. Pedía, además, poner fin a la ley de extradición y que el Ministerio de Educación Nacional sancionara a aquellas instituciones educativas que se habían negado a admitir sus hijos en las aulas. En relación con el poder judicial, reclamaban que los jueces y magistrados ascendieran por sus méritos profesionales y no por sus intereses políticos. Al final, expresaban: “Prometemos en forma solemne, ante la Iglesia Católica y ante el pueblo colombiano, que, prohibiéndose jurídicamente la extradición de nacionales, suspenderemos de manera inmediata nuestras acciones militares contra los extraditadores” (*Medellín cívico*, No. 1635, diciembre 1986).

Basta contemplar la serie de tres óleos sobre tela que Fernando Botero pintó en 1999 sobre los carros bomba, en la que se captura el momento estremecedor de las explosiones en aceras urbanas, para dimensionar el



temblor de una realidad fracturada, para sentir aún *el ruido de las cosas al caer*. Aunque podríamos aventurar una metáfora más contundente, que se halla en las primeras páginas de la novela de J.G. Vásquez: la proliferación de hipopótamos en los alrededores de la hacienda Nápoles, ese lugar legendario, de 3000 hectáreas, ubicado en Puerto Triunfo, departamento de Antioquia, que se convirtió en el signo de mayor poder material de un capo astuto y temerario, cuya excentricidad lo llevó a construir un zoológico privado con especies traídas de distintos lugares del mundo.

Tras la larga persecución de Escobar y su caída en un techo de Medellín, en diciembre de 1993, esta célebre hacienda, que el periodista Juan José Hoyos conoció por dentro diez años antes y en la que tuvo ocasión de tomar fotografías comprometedoras de los amigos de Escobar –entre ellos el entonces senador Alberto Santofimio Botero y los congresistas Ernesto Lucena Quevedo, Jorge Tadeo Lozano y Jairo Ortega Ramírez–, pasó a convertirse en un bien de extinción de dominio y en una extensa propiedad abandonada, donde todo comenzó a desmoronarse y desaparecer bajo la manigua. El periodista Hoyos recordó esa visita de enero de 1983 y describió el esplendor de una hacienda zoológico, de clima tropical, donde abundaban palmas y árboles exóticos, aves de plumas blancas, dromedarios del Sahara, canguros de Australia, conejos, búfalos, vacas de Escocia, elefantes de la India, vicuñas del Perú y jirafas y cacatúas negras del África: “Cuando el Instituto Colombiano (ICA) se los decomisaba, por no tener licencia sanitaria, Escobar enviaba un amigo a los remates. Allí los compraba de nuevo y los llevaba de regreso a la finca en menos de una semana” (Hoyos, 2003, pp. 17-18).

En aquella visita, Juan José Hoyos no solo asistió a la prueba de que Escobar se había construido un paraíso a la medida de su descomunal ambición, sino también al ambiguo relato de un hombre que al tiempo que buscaba contradecir las versiones que circulaban en los medios sobre sus actuaciones criminales y el origen de su fortuna, le contaba al periodista, rodeado por sus guardaespaldas, sobre sus inicios como transportador de droga. Era claro que se solazaba con objetar esas versiones y ampliar su leyenda en la *Cosa Nostra* criolla. Una de ellas tenía que ver con que su nombre hiciera parte de una lista de los hombres más



ricos del mundo:

–Yo no sé qué es lo que tiene la gente conmigo. Esta semana me dijeron que había salido en una revista gringa... Creo que, si no me equivoco, dizque era la revista *People...* o *Forbes*. Decían que yo era uno de los diez multimillonarios más ricos del mundo. Les ofrecí a todos mis trabajadores y también a mis amigos diez millones de pesos por esa revista y ya han pasado dos semanas y hasta ahora nadie me la ha traído... la gente habla mucha mierda. (2003, p. 16)

De acuerdo con Virginia Vallejo esa revista existió y ella la hizo circular entre sus amigos de élite a nombre de su amante. En ese relato ambiguo de Escobar, matizado por el licor y la intimidad de la noche en su edén terrenal, se condensaba el lugar de la enunciación de un megalómano que había buscado reconocimiento social a través de la financiación de obras cívicas en zonas deprimidas de Medellín. Pero su avidez no conocía la prudencia y decidió meterse en la política. Ahí estaban sus invitados en la hacienda, de tour por las aguas del río Claro, en un bote propulsado por una hélice de avión Twin Otter, como lo captó la cámara fotográfica del periodista Hoyos. Tal vez allí cometió su mayor error; porque hacerse visible en el desprestigiado escenario de la política colombiana, era convertirse en un personaje mediático y en comida de sus oponentes ideológicos. Una frase cargada de humor a la colombiana circuló por aquella época: “Cómo será de corrupta la política en Colombia, que corrompió al narcotráfico”.

Escobar quería reconocimiento y hacer parte de la élite vinculada con la fauna política. Quería hacerse a una historia de vida, para superar su pasado rocambolesco de ladrón de tumbas. De hecho, cuando Hoyos se interesó por sus inicios en el mercado ilegal de drogas, en la astucia con que diseñó las rutas de aviones para distribuir cocaína en territorio americano y le dijo que esa historia la quería contar a la manera de Gay Talese en *Honrarás a tu padre*, Escobar le sugirió que debía “escribirla como hacen los periodistas gringos, contando las cosas con pelos y señales –dijo él con tono enérgico–. Porque si usted la va a contar como la cuentan los periodistas colombianos, no vale la pena. Aquí los periodistas no son sino lagartos y lambones” (2003, p. 24). También le propuso que renunciara a su puesto de periodista para que escribiera ese libro: “Yo te doy

una beca” (p. 24), le dijo.

De modo que no era inofensivo su deseo de convertirse en protagonista de la historia reciente de un país que se modernizó, de súbito, a partir de la economía emergente, producto de los dineros del contrabando y el comercio ilegal de drogas. Pero ese personaje tenía un pasado y un prontuario que se hizo público en poco tiempo. Puesto que no pudo ocultarlos ni evitar que se actualizara en la prensa, decidió responder con brutalidad, para arredrar a quienes lo señalaban como delincuente o lo querían ver tras las rejas. Fue entonces cuando le declaró la guerra a las instituciones de un Estado débil, ocupado como estaba en combatir la subversión armada, tanto en el campo como en la urbe; en frenar la corrupción con tintes de práctica clientelista; en aplacar el accionar de ese otro paraestado que tomaba fuerza con las autodefensas, justo en el extenso territorio que bordeaba la hacienda Nápoles. La lista de muertos, con el pasar de los años, se tornó escabrosa por su número: Rodrigo Lara, Enrique Low, Guillermo Cano, Jorge Enrique Pulido, Luis Carlos Galán, en fin.

En enero de 1983, cuando Hoyos recorría, no sin temor, la hacienda Nápoles, protegido por la compañía de Sebastián, su hijo de dos años y de Martha, su esposa, Escobar gozaba, no obstante, de cierta inmunidad frente a las autoridades. De hecho, entre los invitados que disfrutaban de la piscina, Hoyos reconoció a dos oficiales del ejército. El dueño de casa también parecía divertirse con la idea de ser figura pública y de ser noticia de farándula a raíz de una vida extravagante, bastante kitsch, propia del arribista que verifica su estatus a fuerza de exhibir sus bienes materiales. En su caso, dos bienes se convirtieron en la divisa de su imperio personal: el primero, la hacienda Nápoles, una extensa propiedad ubicada en Puerto Triunfo, zona del Magdalena Medio, donde Escobar solía reunirse con celebridades y miembros de la política colombiana y donde dio lugar al mito de su vida extraordinaria. Todo ese lugar cobraba el color de la fábula. Recuérdense la avioneta empotrada en lo alto de la entrada a la hacienda. Creció el relato de que se trataba de la primera avioneta empleada por el capo para transportar el primer kilo de cocaína que él mismo descargó en tierras americanas. Recuérdense el antiguo





carro agujereado que Escobar exhibía sobre un pedestal y que muchos, incluyendo los guardaespaldas del Patrón, señalaban como el carro de la legendaria pareja asesina estadounidense Bonnie y Clyde.

El segundo bien fue el edificio Mónaco, ubicado en la zona exclusiva de El Poblado en Medellín, donde fuera atacado por sus enemigos, el 13 de enero de 1988, con los mismos instrumentos de terror que Escobar había ordenado usar en su guerra personal: un carro bomba cargado con 80 kilos de dinamita. El grupo que se atribuyó el atentado se denominaba los Pepes (Perseguidos por Pablo Escobar), una curiosa camarilla de choque, mezcla de militares, empresarios y hombres del Cartel de Cali, cuyas acciones, al parecer, se ligan con la caída final de su adversario, a comienzos de diciembre de 1993 (“Los Pepes: temibles enemigos de Escobar”, *El Colombiano*, 3 de diciembre 1993, p. 12 B). Decimos curiosa camarilla por lo difícil que resulta identificar la naturaleza de sus integrantes. A eso tal vez se refiere la síntesis que sobre ese clima variopinto, de alianzas *non sanctas*, expone Antonio Caballero:

Es cierto que en diciembre de 1993 Pablo Escobar acabó acorralado y acribillado a balazos en un tejado de la ciudad de Medellín, con una pistola sin disparar en la mano y habiendo visto diezmado su ejército privado de tres mil sicarios tras una década entera de enfrentamientos. Pero para llegar allá fue necesaria una alianza asombrosa de todos sus enemigos, que eran a la vez enemigos entre sí, o hubieran debido serlo: el ejército y la policía de Colombia, los narcotraficantes del Cartel del Valle perjudicados por su rival de Medellín, la Delta Force del ejército norteamericano, los narcoparamilitares que habían sido aliados del capo mafioso y después víctimas de su extorsión, la DEA antinarcóticos de los Estados Unidos, y unos cuantos delincuentes comunes autodenominados Pepes: Perseguidos por Pablo Escobar. Hay media docena de versiones sobre a cuál de estos grupos pertenecía el hombre que en el tejado le dio el tiro mortal. (Caballero, 2018, pp. 17-18)

Tanto la hacienda Nápoles como el edificio Mónaco fueron abandonados por el capo. En 1984, cuando Escobar empezó a crear pánico en las ciudades con sus acciones sicariales y terroristas, la hacienda se convirtió para él en un mero espejismo. El quiebre de su vida opulenta lo marcó

el momento en que le ordenó a sus muchachos sicarios que asesinaran a Rodrigo Lara Bonilla, ministro de Justicia del gobierno de Belisario Betancur, después de que este se empeñara en demostrar que el dinero del narcotráfico, en especial del cartel de Medellín, del que hacía parte Escobar, el clan de los Ochoa y Carlos Lehder, había permeado los hábitos de quienes deliberaban en el Capitolio.

Al optar por la clandestinidad y por promover la creación del MAS (Muerte a Secuestradores), luego de que Martha Nieves, hermana de Jorge Luis, Juan David y Fabio Ochoa (clan de los Ochoa), fuera secuestrada por miembros del M-19; y al optar, más adelante, por convertirse en el ideólogo de los Extraditables, bajo la consigna “Preferimos una tumba en Colombia que una cárcel en los Estados Unidos”<sup>9</sup>, Escobar descuidó su paraíso. Creció el rumor de su deterioro y del desmantelamiento de lo que Escobar había construido allí, a imagen y semejanza de lo que veía en el cine. Los que se atrevían a invadir aquellos terrenos, lo hacían motivados por la leyenda de que en esas tierras se ocultaba parte de la fortuna del máximo narcotraficante de nuestra historia. Con la leyenda también creció la maleza y la manigua. Muchos de los animales de aquella hacienda desmesurada fueron trasladados a varios zoológicos del país para preservar sus vidas. Pero olvidaron trasladar una familia de hipopótamos, dueña de un extenso lago, que empezó a reproducirse sin ningún control y que, con el correr de los años, extendió su hábitat más allá de los linderos de la hacienda.

Tras el asesinato de Escobar el 3 de diciembre de 1993, las bestias comenzaron a morir de hambre porque ya no hubo nadie que se gastara una fortuna alimentándolas. Los animales que sobrevivieron fueron enviados a los zoológicos de Pereira, Cali y Medellín. Otros muchos fueron robados con todo lo demás de la hacienda: los carros, los muebles, los postes de luz, las paredes, los techos, las jaulas, las cercas y las baldosas de las piscinas. En una época hubo quienes entraron a Nápoles a llevarse árboles y palmeras para ofrecerlas como recuerdos

---

9. La consigna de los Extraditables aparece en *Noticia de un secuestro* de este modo: «Preferimos una tumba en Colombia a una celda en los Estados Unidos». (1996: 30)



del antiguo zoológico en viveros de Medellín y Bogotá. Los únicos que se salvaron del acoso de los saqueadores fueron una familia de dinosaurios en hormigón y nueve hipopótamos rosados, pero sólo porque nadie supo cómo llevárselos. (Castaño, *Letras Libres*, No. 81, p. 23, junio de 2008)

El hecho de que a mediados de 2009 la presencia de estos animales fuera noticia nacional, a razón de que una unidad militar, conformada por quince soldados y dos expertos cazadores alemanes, dio muerte a uno de los hipopótamos, como en efecto lo recuerda Antonio Yammara, el narrador de la novela de Vásquez, evidenciaba lo absurdo de nuestra realidad histórica. Por esta vía extrema se pretendía controlar la expansión de las bestias, porque de acuerdo con los conservacionistas, su proliferación amenazaba la biodiversidad del territorio. Sin embargo, ¿cómo leer aquel acontecimiento grotesco, avalado por una entidad oficial dedicada a proteger el medio ambiente? ¿Cómo interpretar que una unidad militar, entrenada para la guerra, se ensañara con un animal salvaje y descuartizara su cuerpo, sobre todo en un país donde el descuartizamiento constituye una vieja práctica, vinculada incluso con la historia política, si recordamos, como lo recordó Daniel Samper Pizano, la forma atroz en la que, luego de los ahorcamientos, fueron tratados los cuerpos de cuatro próceres de la llamada ‘revolución comunera’ en el siglo XVIII? Eran los tiempos de la insurrección popular, cuando labriegos y campesinos, entre ellos José Antonio Galán, se alzaron en contra de las autoridades del Virreinato de la Nueva Granada, a causa de los impuestos excesivos: “Lo que aconteció después con sus cadáveres constituye, paralelamente, el más macabro expediente burocrático de nuestros anales” (*Credencial*, No. 315, febrero 2013, p. 26).

Un expediente macabro que aún se sigue ampliando, a propósito de las prácticas que los paramilitares afinaron para deshacerse de los cuerpos de sus enemigos o sospechosos de serlo, en zonas de conflicto, y a propósito de las actuales disputas de las bandas criminales en las ciudades por apoderarse de zonas en las que se dedican a delinquir, como lo registró Héctor Abad en una columna reciente:

En los últimos meses he seguido con horror e incredulidad la serie

de la televisión colombiana (real, no ficticia, real como un taburete) en la que los noticieros nos cuentan la aparición, uno tras otro, de decenas de cuerpos humanos empacados en bolsas o en costales, torturados y descuartizados. ¿Qué es esto? No cabe duda de que seguimos siendo colombianos, una cultura enferma, una potencia de la muerte y de la violencia más cruel, más sucia y más salvaje [...] ¿Habrá algún otro país en el mundo donde existan eso que en Colombia se llama “casas de pique”? Así empezaron a decirle en Buenaventura a los lugares donde torturan y pican a seres humanos. Y esta aberración la cometen otros seres humanos. ¿No vemos este infierno, colombianos? El mismo nombre, casas de pique, da indicios de nuestras enfermedades culturales, sociales y mentales. Es desesperante, es asqueroso, es horrendo. (Abad, *El Espectador*, 22 de agosto 2022)

Horrenda y grotesca resultó ser, además, la imagen que congela el momento en que los militares, ocasionales cazadores de hipopótamos, posaban para la cámara en 2009 con la presa muerta, como si se tratara de un trofeo de guerra. Lo grotesco deviene en lo absurdo cuando pensamos en los implícitos y la plasticidad de la puesta en escena, porque durante años Pablo Escobar fue perseguido infructuosamente por policías y militares, más allá del Magdalena Medio, hasta que fue necesario la creación en 1989, durante el gobierno de Virgilio Barco, de un Cuerpo Élite, conformado por quinientos hombres del Ejército y la Policía, para darle cacería.

Cuando Escobar se entregó a las autoridades, con la intermediación del cura García Herreros, como en efecto lo narra García Márquez en *Noticia de un secuestro*, y se recluyó en La Catedral, la cárcel que él mismo ordenó construir en Envigado, el Cuerpo Élite perdió protagonismo. Pero cuando Escobar, señalado de continuar aceitando su máquina de guerra desde la reclusión, decidió escaparse con sus lugartenientes, el gobierno de César Gaviria fortaleció un Bloque de Búsqueda, cuyo mayor golpe fue haber logrado la muerte del capo en diciembre de 1993. Imágenes fotográficas de ese momento, muestran la actitud alegre de algunos miembros del Bloque de Búsqueda que rodean el cuerpo robusto de Escobar Gaviria, tendido en un tejado del barrio Los Olivos de Medellín. Fue Antonio Caballero quien mejor sintetizó ese momento: “Por fin matan a



Pablo Escobar. Lo cual no resuelve nada: quedan los de Cali”.

Esas imágenes parecen actualizarse con las que revela la actitud alegre de unos soldados que rodean el cuerpo robusto de un hipopótamo, con paisaje natural de fondo. También podríamos parodiar la síntesis que hiciera Caballero: “Por fin matan un hipopótamo de Pablo Escobar. Lo cual no resuelve nada: quedan sus crías”. Porque según observaciones hechas por expertos ambientalistas, el número de estos mamíferos asciende a 90, con el agravante de que se reproducen a una tasa de 14% anual (Garzón, 10 de abril de 2021), lo cual constituye un peligro para la biodiversidad de la zona de influencia de la hacienda Nápoles, hoy convertida en parque temático. Dejemos que sea Yammara quien actualice el evento desde el plano de la ficción, porque acaso sea la ficción el lugar más estable para comprender lo que nuestra realidad arroja en perspectiva histórica:

Yo estaba en mi apartamento de Bogotá, unos doscientos cincuenta kilómetros al sur, cuando vi la imagen por primera vez, impresa a media página en una revista importante. Así supe que las vísceras habían sido enterradas en el mismo lugar en que cayó la bestia, y que la cabeza y las patas, en cambio, fueron a dar a un laboratorio de biología de mi ciudad. Supe también que el hipopótamo no había escapado solo: en el momento de la fuga lo acompañaban su pareja y su cría —o los que, en la versión sentimental de los periódicos menos escrupulosos, eran su pareja y su cría—, cuyo paradero se desconocía ahora y cuya búsqueda tomó de inmediato un sabor de tragedia mediática, la persecución de unas criaturas inocentes por parte de un sistema desalmado. (Vásquez, 2011, p. 13)

En realidad, el *sistema desalmado* al que alude Yammara en su condición de personaje, y que se ha edificado sobre la base de una educación sentimental desde la cual es imposible que no tomemos partido por una familia de ‘hipopótamos en fuga’, *unas criaturas inocentes*, venía engrasándose décadas atrás. Y no tenía que ver con la ficción, propiamente. Tenía que ver con una realidad desbordada en la que confluían muchas aristas. En septiembre de 1978, siendo presidente de la república Julio César Turbay Ayala (1978-1982), se puso en marcha el cuestionado “Es-

tatuto de Seguridad”, una serie de normas restrictivas, de carácter penal, con la cual el gobierno pretendió debilitar y enfrentar las acciones de los grupos insurgentes y regular, por la fuerza, la protesta social. La consecuencia inmediata de esta normatividad represiva fue el robo de armas del Cantón Norte, perpetrado por un ala armada del M-19, bajo las órdenes de Jaime Bateman Cayón (Morris, Hollman, *Operación ballena azul*, 2001). Los guerrilleros se apoderaron de cerca de cinco mil armas. Su osada incursión a unas instalaciones militares les generó algún grado de simpatía en ciertos grupos inconformes de la sociedad colombiana, especialmente jóvenes universitarios. Al interior de las fuerzas armadas, en cambio, esta acción fue leída como una afrenta y una burla que en cualquier momento debía cobrarse (Caicedo, 1992). Por eso cuando se analiza la actitud y respuesta radical que tuvieron las fuerzas armadas frente a la Toma del Palacio de Justicia en 1985 contra el grupo armado M-19, cuando en lugar de diálogo y negociación, para salvaguardar las vidas de los rehenes civiles, decidieron responder con las armas, se admite, no sin suspicacia, que la molestia de los militares frente a los guerrilleros pudo incidir en el exceso de fuerza que se aplicó en la retoma del Palacio de Justicia, con las graves consecuencias, en materia de muertes y desapariciones, que aún hoy se lamentan (Carrigan, 2009).

Este *sistema desalmado* recrudesció sus procedimientos cuando los narcotraficantes incidieron en la economía del país y en las costumbres de los colombianos; por lo menos así lo narra, con un grado de frivolidad, la presentadora de televisión Virginia Vallejo en su autobiografía, donde se explaya en contar la intensa relación de amor y odio que sostuvo con Pablo Escobar. Su manera de comprender la aventura personal y con ella, la realidad de su país, no escapa a la educación sentimental con que enmarca su cuadro de costumbres. De esa instrucción pública, en la que los medios de comunicación se encargan de moldear la superficie de la realidad, y como parte de la descomposición social, se hizo notorio el sicariato: un perverso modo de empleo informal, de asesinos a sueldo, en su mayoría jóvenes, cuyo oficio Pablo Escobar afinó al extremo, a partir de la orden que dio de asesinar al ministro Lara Bonilla.

Otra imagen emblemática de aquella década de terror, descubre



a Byron de Jesús Velásquez, el chico de dieciocho años encargado de conducir la motocicleta desde la cual Iván Darío Guisado, el parrillero, disparó contra la humanidad del ministro. Supimos entonces que la juventud existía en Colombia y que, como en su momento lo examinara Jesús Marín-Barbero, estaba en alto riesgo, porque formaba parte de un entramado social borroso, donde los asesinos podían ser víctimas y victimarios al mismo tiempo; o simples estafetas de empresas criminales audaces, conscientes de que frente a la ley, los chicos recibirían penas menores: “la violencia juvenil se inscribe en un contexto más ancho y de más larga duración: el del complejo y delicado tejido sociocultural en que se insertan las violencias que atraviesan entera la vida cotidiana de la gente en Colombia y de la sociedad antioqueña en particular” (Martín-Barbero, 1998, p. 23).

Rodrigo Lara fue asesinado el 30 de abril de 1984. Vista a la distancia, esa fecha se impone en la historia reciente, porque a partir de allí el *sistema desalmado* estuvo a punto de colapsar, cuando las variadas formas de la violencia, cuando las distintas formas de la muerte, incitadas por la ultraderecha y la extrema izquierda, confabularon un caos en que todo fue posible. Basta enumerar algunos de los hechos y sus efectos: 1. La toma del Palacio de Justicia, que dejó un centenar de muertes y una cifra no del todo esclarecida de desaparecidos. 2. La muerte de periodistas, en especial los que se atrevían a denunciar el jugoso negocio del narcotráfico y sus relaciones con miembros de los partidos políticos tradicionales. Frente a la sede del diario *El Espectador*, fue asesinado su director Guillermo Cano, al interior de su viejo carro Subaru, el 17 de diciembre de 1986. 3. El exterminio calculado de más de cuatro mil militantes de la Unión Patriótica, un grupo político de izquierda, fundado en 1985, producto de la unión de varios grupos revolucionarios que proponían una tregua y la dejación de las armas, si el proceso de paz del gobierno de Belisario Betancur se llevaba a cabo. Dos candidatos presidenciales de ese partido fueron asesinados durante sus campañas políticas: Jaime Pardo Leal y Bernardo Jaramillo. 4. Como el caos era lo que imperaba y la ‘guerra sucia’ era su dominio, cualquier líder social, cualquier activista podía ser señalado de comunista y pagaba con su vida. Fue cuando



la violencia llegó a las universidades públicas, cuando el activismo de estudiantes y profesores se pensaba una amenaza de desestabilización. De modo que era necesario *dedicarse* “a anularles el cerebro a los que en verdad actuaban como subversivos de ciudad” (2001, p. 115), dejó dicho Carlos Castaño, el jefe de las autodefensas, para la posteridad. La muerte del médico Héctor Abad Gómez sirve para ilustrar aquel momento, las implicaciones de que alguien se haya *dedicado* a esa labor de eliminar cerebros. 5. El asesinato por encargo de policías, a cambio de recibir fajos de billetes en las ‘oficinas’ del Cartel de Medellín; el monto recibido dependía del rango del muerto. 6. La violencia narcoterrorista, la misma que le sirvió a Pablo Escobar para crear el caos en las ciudades del país, al financiar y ordenar ataques con carros bomba. 7. Tras la connivencia entre narcotraficantes al estilo de Pablo Escobar y paramilitares al estilo de Gonzalo Rodríguez Gacha, se orquestó el complot que acabó con la vida del precandidato liberal Luis Carlos Galán Sarmiento durante una manifestación pública en la plaza del municipio de Soacha, en agosto de 1989. 8. Fue la época en que *el ruido de las cosas al caer* sembró la zozobra en calles, esquinas, centros comerciales e instituciones estatales. 9. El ataque más *ruidoso* sucedió ese mismo año de la muerte de Galán, en las instalaciones de la sede del Das en Paloquemao, cuando a comienzos de diciembre Pablo Escobar quiso eliminar al general Miguel Maza Márquez, empleando para ello una carga con 500 kilos de dinamita, instalada en un bus. 10. Luego vino el secuestro masivo de periodistas por órdenes de Pablo Escobar y la muerte de Diana Turbay, ocurrida el 25 de enero de 1991. ¿Pero ya no es acaso otra década? Preguntará el lector. Es otra década, es verdad, aunque con el mismo latir de un *sistema desalmado*.

Sí, es otra década, la de los años noventa, y aún falta que suceda la muerte de Pablo Escobar sobre el techo de una casa del barrio Los Olivos, al occidente de Medellín. Aún faltaba leer el registro de su muerte, en el que se destacó que no se trataba de una muerte cualquiera ni atañía solo a la policía que lo había perseguido con insistencia. En esa muerte se involucra todo un país. Faltaba leer la inflexión de una narrativa que dramatizara el momento de la caída de un criminal en escapada, mientras la ciudad era inundada por la lluvia: “Pero la ciudad no se conmocionó [...]







Se sintió una sutil preocupación, pero por las consecuencias que podían sobrevenir, nada raro porque siempre que se enfrenta lo desconocido se teme [...] Ahora Medellín estaba sin Pablo Escobar, pero esto ya se esperaba hacía mucho tiempo” (*El Colombiano*, 3 de diciembre, 1993, p. 8B).

Lo otro que no se puede detener es que los hipopótamos sigan reproduciéndose en las feraces, en las ubérrimas tierras del Magdalena Medio, que Escobar debió abandonar, cuando se ocupó de dirigir su guerra personal contra quienes consideraba sus enemigos. Comprendamos esta repetición de la historia con una parodia: “Por fin matan un hipopótamo de Pablo Escobar. Lo cual no resuelve nada: quedan sus crías”.





# Imágenes expuestas en un gabinete itinerante de la memoria

**Abarcar la lectura e interpretación de la década** de los ochenta del siglo XX, en términos metodológicos, es asunto difícil de resolver, sobre todo para nosotros, que en ningún momento quisimos dar cuenta del periodo escogido con las herramientas y los recursos del historiador o el sociólogo. Sabemos que en estos campos la metodología dialoga con el rigor de sus disciplinas, con la pertinencia de los aparatos teóricos y las escuelas críticas que estimulan el valor de la perspectiva filosófica y política. Por eso el historiador y el sociólogo suelen ser prudentes en delimitar su objeto de estudio, en especial cuando ese objeto compromete un largo periodo de tiempo.

Nuestro propósito ha ido por otro lado, al porfiar en la lectura e interpretación de unos hechos históricos, a partir de su registro en unos textos de no ficción, es decir, de unas obras narrativas de naturaleza híbrida, en las que se impone el trabajo de inmersión del escritor, la pertinencia de la voz testimonial, el ejercicio de recordación, la comprensión de la memoria histórica, el soporte del archivo documental y el tratamiento literario de la materia narrada.

En el caso colombiano, los textos de no ficción empiezan a ser claros en la segunda mitad del siglo XX, en un momento en que nuestros escritores nutren su labor de la literatura anglosajona, superando, en buena medida, el influjo del Romanticismo francés. De lo anglosajón aprenderán lo que Borges enseñó en 1932 en su ensayo “El escritor argentino y la tradición”: que los escritores latinoamericanos no pueden escapar a la apropiación, por un derecho adquirido y de reconocimiento natural, de “toda la cultura occidental” (1974, p. 272). La apropiación a la que apuntaba Borges contiene agudos procedimientos de reelaboración textual, transformación de ideas, labor creativa. Así se empeñó en hacerlo el joven García Márquez desde sus comienzos como narrador y periodista. García Márquez propuso en 1950 que nuestra literatura, si quería fortalecerse, si quería dejar atrás la pesada herencia grecolatina, ese lenguaje



que en su preciosismo evadía contar la realidad histórica, debía dejarse influenciar por otras literaturas y otros estilos, a la manera de lo experimentado por Faulkner, Joyce o Virginia Woolf (*Textos costeños*, 1997, p. 190). García Márquez lograría traducir esa influencia, según Juan Gabriel Vásquez, en *La Hojarasca* (1955), donde ya es posible advertir cómo opera la *mezcla impune* de “las tradiciones y las lenguas”, cómo el escritor examina “sin complejos la contaminación” y toma distancia de una tradición literaria resistente al cambio y la experimentación de sus formas estéticas (Vásquez, *El Espectador*, 20 de marzo 2014).

Para nosotros, la *contaminación* y la *mezcla* de las formas expresivas a las que se refiere Vásquez en el momento de aclarar el aporte de García Márquez al desarrollo de nuestra literatura, también se hace evidente en el trabajo periodístico que emprendió por aquellos años, cuando recorrió unas zonas del país y se empeñó en narrarlas desde sus expresiones populares, su color local y sus crisis sociales. Recuérdese la serie de crónicas que escribió sobre “El Chocó que Colombia desconoce” (1997, p. 198). Pero, sobre todo, recuérdese lo que propuso en el reportaje más ambicioso en su naciente carrera de escritor, en torno a la tragedia del marino Luis Alejandro Velasco, cuya aventura había iniciado a finales de febrero de 1955, cuando el destructor A.R.C. “Caldas”, de la Armada Nacional, en el que era tripulante, naufragó en aguas del mar Caribe. Este reportaje fue publicado por entregas en *El Espectador* y recogido luego en formato de libro en 1970. Pero también es justo recordar el reportaje “Caracas sin agua”, que García Márquez publicó en 1958 en *Momento*, la revista que Plinio Apuleyo dirigía en la capital de Venezuela. Del alcance de este trabajo periodístico escribió Daniel Samper Pizano:

En él se desarrolló una tensión interior contenida y subterránea que viene a desembocar, como varios de sus cuentos y novelas, en un gran apocalipsis. Es muestra inmejorable de un trabajo realizado con técnicas de narrativa aplicadas a materiales reales. Revela, incluso, inteligentes recursos periodísticos, como es el de escoger un personaje como punto de referencia para la que fue una tremenda crisis colectiva en la capital venezolana. De esta manera, al reportaje despersonalizado sobre la situación de la ciudad, suma la tensión paralela del caso humano concreto. (1990, p. 83)



Lo subrayado por Samper Pizano nos sirve de base para señalar las características iniciales de la no ficción en Colombia, sin que esto implique olvidar los aportes que al respecto hiciera José Antonio Osorio Lizarazo en su libro *Fuera de la ley (Historia de bandidos)*, cuyo año de publicación, no señalado en el texto, es factible ubicar en la década del cuarenta. En las características descritas por Samper, se destaca la relación que lo periodístico establece con lo literario. Hablar de “técnicas narrativas” es subrayar la consciencia del escritor al momento de trabajar con “materiales reales”, esto es, lo que la propia realidad le impone al autor como acontecimiento. Al acentuar el uso de “inteligentes recursos periodísticos”, como el de focalizar un drama colectivo en un drama individual, el escritor decide una cierta toma de distancia, una *despersonalización*, que le permite convertirse en espectador de lo que las gentes viven a raíz de la escasez de agua en la ciudad. Sin embargo, en lo que no enfatiza Samper Pizano, es en el hecho de que el “personaje” escogido por García Márquez, el alemán Samuel Burkart, es una invención del autor, es una extrapolación del propio periodista extranjero que llega a una ciudad y debe enfrentar, como cualquier hijo de vecino, una crisis colectiva, producto de la sequía. De modo que la forma de solucionar el punto de vista para contar el drama, deriva del uso de un recurso propio de la ficción. De ahí lo difícil que resulta separar los mecanismos del periodismo de los de la literatura, empleados en toda narración de no ficción.

Esto que inaugura García Márquez en su temprano quehacer periodístico no es posible desligarlo del momento histórico que vive el país y de la necesidad que surge de nombrar esa realidad con recursos nuevos. Después de la muerte de Gaitán y de la guerra civil en la que se profundiza el enfrentamiento entre liberales y conservadores en campos y ciudades, el arribo del gobierno del militar Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957) no es una cuestión menor. Se trata de la imposición de un sistema coercitivo y de vigilancia en el que la prensa fue puesta en situación – debido a la crítica que empezó a hacer de las actuaciones arbitrarias del gobierno frente a la sociedad civil–, hasta el punto de que el ejercicio de los periodistas fue censurado; lo que desembocó, a partir de 1955, en la clausura de *El Tiempo*, *El Espectador*, *El Siglo* y *Diario Gráfico*. Es bien



conocida la anécdota de García Márquez, corresponsal de *El Espectador* en Europa, que ante el cierre de su periódico, se quedó sin empleo y sin paga. Muchos han querido ver en la historia de *El coronel no tiene quién le escriba*, escrita en París en 1957 y publicada inicialmente en las páginas de la revista *Mito* No. 9, en 1958, la metáfora de un hombre que lleva a la literatura el destino incierto de un desempleado.

Lo que vendrá después para el país entre las décadas del sesenta y setenta, en medio del espectro del Frente Nacional, ya lo hemos descrito en páginas anteriores. Se trata de un país que se agudiza en el nervio de las luchas partidistas; en la confrontación con los movimientos guerrilleros rurales y luego con la guerrilla urbana del M-19; en el ocultamiento de las difíciles condiciones de los grupos indígenas en sus resguardos, ubicados en zonas de conflicto. Un país que debilita sus instituciones, porque se resuelve incapaz de impedir el aumento de las rutas del contrabando, mientras la sofisticación del negocio del narcotráfico desbordaba la actividad del crimen organizado. La modernización en las ciudades se imponía a la fuerza, al mismo tiempo que se acentuaba el desplazamiento de familias campesinas a las urbes, y en eso el narcotráfico fue un gran motor de impulso, porque de pronto estimuló la circulación del dinero, la ostentación de bienes materiales, las vidas excéntricas y el consumo al interior de una sociedad que empezó a emular la vida americana capitalista.

También es un hecho que, en materia periodística y literaria, la modernización traía consigo el acendramiento de la individualidad y la subjetividad. No en vano asoma entre nosotros el movimiento poético del Nadaísmo (1958-1964), unido a la corriente existencial de Sartre, Camus y Fernando González, liderado por el antioqueño Gonzalo Arango y en general por jóvenes que exigían unas expresiones nuevas de nuestra cultura, en respuesta al conservadurismo de nuestra sociedad reaccionaria y timorata, anclada en la herencia hispánica. Estos jóvenes alentaron gestos contraculturales, ligados al Mayo francés, al descontento de los estudiantes de Tlatelolco y a las expresiones musicales, poéticas y artísticas de la generación Beat, vinculada con el hippismo.



La modernización acelerada en las ciudades no opacaba, sin embargo, lo que sucedía en los campos, donde la necesidad de una reforma agraria y la lucha por la tenencia de la tierra radicalizaba las acciones de los grupos alzados en armas. Todo ello traía consigo unas expresiones complejas de nuevas violencias. Ya no se trataba de confrontaciones ideológicas o por tenencia de tierras, como lo que narra, a la sombra de Rulfo, Manuel Mejía Vallejo en *El día señalado* (1963), a propósito de incursiones guerrilleras en el espacio mítico de Tambo, y a propósito del régimen impuesto por el Cojo Chútez, un gamonal despiadado y abusivo. Ya no se trata, tampoco, de la lucha ideológica que Gustavo Álvarez Gardeazábal convirtió en drama colectivo en *Cóndores no entierran todos los días* (1972). Se trata de algo más complejo todavía de asimilar, porque ese algo se desborda en las nuevas violencias, que coinciden con el periodo de la Bonanza cafetera entre 1975 y 1977 (Ocampo & Revéiz, 1979). Y eso es lo que hemos intentando leer en la década de los ochenta.

De otro lado, no es fácil sintetizar y categorizar las nuevas violencias de esa década en particular y por eso también las consideramos “alucinadas”, como si de esa manera pudiéramos transmitirle al lector la dificultad que tenemos por lograr una síntesis en el plano de la narrativa de la no ficción, que se despliega en las formas modernas del periodismo –el reportaje, la entrevista, la crónica– y en el trabajo de inmersión o reportaje personal (Sims, 1996), como el que se rastrea en las historias de Germán Castro, Juan José Hoyos, Laura Restrepo, Arturo Alape, Olga Behar, Mauricio Aranguren, Patricia Lara y María Jimena Duzán. En todos ellos se impone un ejercicio periodístico que los obliga a desplazarse hacia los lugares del conflicto, para entrar en contacto con quienes huyen, resisten o se ocultan. No sorprende por eso que en sus textos revelen sus temores íntimos y narren la turbación de saberse en peligro, porque sienten que en esos lugares de pugna todo es inestable, todo está en crisis, incluyendo la seguridad personal. Todo es visto bajo sospecha, empezando por la desconfianza que su trabajo despierta entre los oficiales del ejército y la policía, o entre los integrantes de los aparatos criminales. De ahí que no sea accidental la salida del país de García Márquez en 1981, después de que en la cúpula militar, al parecer, alguien lo señalara de ser amigo del

M-19; o el atentado terrorista que sufrió en marzo de 1982 María Jimena Duzán, a su regreso a casa, perpetrado por el grupo paramilitar MAS (Muerte a Secuestradores). El MAS, enemigo frontal de los guerrilleros, se enteró que Duzán se había internado en las selvas del Putumayo para entrevistar a los cabecillas de M-19. Algo distinto se lee, sin duda, entre la censura que Rojas Pinilla tendió sobre el ejercicio periodístico durante su mandato en los cincuenta, y la forma de acallar ese ejercicio en los ochenta, si pensamos en los asesinatos de Guillermo Cano y Jorge Enrique Pulido.

En esta escritura de no ficción se instala la mirada y la sensibilidad del autor, la forma en que este busca comprender la realidad de unos acontecimientos, a partir de sus memorias individuales y de las memorias de los otros, en tanto testigos, víctimas o victimarios de los hechos históricos. De ahí que, más que delimitar las escrituras de textos a la década del ochenta de un modo específico, hayamos establecido mejor unas miradas en perspectiva histórica, a partir de la selección de unos acontecimientos sensibles que permitieran sugerir un comienzo y un cierre. Las dos obras que sirven de lindero son *Noticia de un secuestro* (1996), en la que García Márquez narra las vicisitudes de los secuestros contra una élite bogotana, vinculada a la política y el periodismo, ordenados por Pablo Escobar Gaviria en 1990. Fue el momento en que los narcos se volvieron políticos e ideólogos y fundaron el grupo de los Extraditables, sin atenuar su brazo armado. La segunda obra es *El olvido que seremos* (2006), en la que Héctor Abad narra el asesinato de su padre, del médico Héctor Abad Gómez en 1987 en Medellín. Su muerte es todo un símbolo de la guerra sucia contra líderes sociales y sindicales, lo cual se sumaba a la muerte sistemática de los miembros del extinto grupo Unión Patriótica (UP). Muertes que se atribuyeron al paramilitarismo.

Ambas obras se escriben como parte de un ejercicio de recordación y de labor testimonial; por lo tanto, de un ejercicio de reconstrucción. Por eso no es importante la fecha en que se escriben y publican los libros. Lo importante es en lo que ahondan las historias, en su espectro histórico; en la manera como cada autor construye un ámbito, le da piso a un contexto y desde allí, crea un escenario, lo vivifica a través del recuerdo de los testimoniados, uno de los cuales resulta ser el propio autor.





En esta escritura de la no ficción también predomina el relato en el que se destaca la individualidad, sea la del guerrillero –Manuel Marulanda, ‘Tirofijo’, Jaime Bateman, Carlos Pizarro–, sea la del paramilitar –Salvatore Mancuso, Fidel y Carlos Castaño–, sea la de una mujer madre que soporta el dolor de la pérdida familiar –Myriam de Roa, Margot Leongómez de Pizarro–, sea la de una secuestrada –Azucena Liévano, Maruja Pachón –, o sea la de un criminal –Pablo Escobar–. Si bien lo individual da paso al relato heroico, o a lo que en nuestro trabajo hemos caracterizado como *mitos de baja intensidad*, esto permite conocer de cerca los estragos de las múltiples violencias; permite, asimismo, reconocer en los dramas individuales aquellos que involucran la colectividad: otro lugar difuso de enunciación, complicado de sistematizar en la bruma de los hechos históricos.

Pues bien, en medio de esta bruma de acontecimientos que se imbrican inevitablemente, proponemos exhibir, a manera de cierre, una serie de imágenes narradas de aquella época del ochenta, en una suerte de gabinete imaginario, que estimule un ejercicio de la memoria. Se trata de fijar, en el gabinete itinerante, un inventario de objetos o de momentos, con los cuales podamos englobar unos sentidos, unas cargas simbólicas, cuya urdimbre está implícita en el devenir de la década del ochenta del siglo XX. Recorramos esos momentos en cuatro imágenes:

## Imagen 1 Máquinas de escribir

La primera de ellas pertenece a Gabriel García Márquez. Carlos Mauricio Vega y Pilar López, periodistas de la revista *Cromos*, relataron los pormenores del momento en que, puesto sobre aviso, García Márquez tomó la decisión de abandonar su casa del norte de Bogotá, en compañía de su esposa Mercedes, luego de que fuera advertido por un militar de alto rango, que su presencia en el país era incómoda, ya que para algún sector de las fuerzas militares no era muy clara la relación que el escritor sostenía con miembros del M-19, qué sabía en realidad del tráfico de

armas y a razón de qué era tanta su familiaridad con el régimen cubano de Fidel Castro. Era la noche del miércoles 25 de febrero de 1981, cuando la pareja salió acompañada de la embajadora de México, María Antonia Sánchez. El escritor había considerado prudente pasar la noche en la embajada amiga, para salir del país al día siguiente. El jueves 26, cuando la noticia estalló en los medios, la embajada de México fue asediada por los periodistas, mientras la casa de García Márquez era desocupada por una amiga de la familia, Gloria Valencia de Castaño, quien tenía la misión de reunir los enseres más valiosos para la pareja García Barcha y llevárselos en una camioneta blanca. Entre el equipaje, que “ningún reportero gráfico registró”, según los periodistas Vega y López, sobresalía el cuadro *Blas de Lezo, Autorretrato* (1979), un acrílico sobre lienzo de Alejandro Obregón, famoso porque el escritor, en un acto de furia, le había disparado en tres ocasiones con su viejo revólver Smith & Wesson 38 largo (Tatis Guerra, *El Universal*, 20 de junio 2021). Entre el equipaje, resaltaba también una máquina de escribir:

Y tras las cinco maletas de fibra que Verónica [*empleada de la casa*] había preparado por la mañana, salió el aparato más importante del país: la máquina de escribir de Gabriel García Márquez.

Quedó tirada en el pavimento varios minutos.

Para el chofer que estaba haciendo el trasteo, esa IBM eléctrica era igual a cualquier otra IBM eléctrica. Y ahí estuvo, arrojada, un arma más peligrosa y más difícil de manejar que una ametralladora. (Vega & López, 1981, p. 23)

Esta máquina eléctrica, *tirada en el pavimento*, invoca la historia de la primera máquina de escribir que García Márquez perdió en los días de la revuelta del 9 de abril de 1948, cuando fuera asesinado Jorge Eliécer Gaitán. En sus memorias recordó que su primera máquina de escribir, regalo de sus padres, era “la más liviana y moderna que existía en el mercado. La primera que tuve en esta vida, y también la más infortunada” (2002, p. 329), pues en un acto de euforia juvenil y sin siquiera estrenarla, la empeñó por doce pesos en una prendería del centro de la ciudad para sufragar los gastos de una parranda vallenata. Tras la revuelta y los saqueos



producidos por la muchedumbre que condenaba la muerte de Gaitán, la máquina había desaparecido.

Las otras máquinas de escribir pertenecen a una familia de periodistas. Están ligadas a la sala de redacción del periódico liberal *El Espectador*, y a una pérdida dolorosa: la de su director Guillermo Cano, asesinado por sicarios a órdenes del Cartel de Medellín el 17 de diciembre de 1986, a la salida de la sede del periódico. No le perdonaron su empeño en desatapar la existencia del narcotráfico como empresa criminal y su relación perversa con representantes de la política. Tampoco le perdonaron que en su habitual columna “Libreta de apuntes”, celebrara la reactivación que hizo el presidente Virgilio Barco del Tratado de extradición por vía administrativa. Casi tres años después de este crimen, hubo un segundo atentado contra la sede de *El Espectador*. Un camión bomba, aparcado enfrente de la sede del periódico, explotó con 120 kilos de dinamita en su interior. Hubo más de setenta heridos, entre empleados del periódico, transeúntes y personas que se movilizaban en transporte urbano. Los daños materiales fueron considerables, tanto en la sede como en los alrededores, donde quedaban las oficinas de la Aduana Nacional, una estación de gasolina y un jardín infantil. Era la madrugada del sábado 2 de septiembre de 1989, a 16 días de ocurrido el crimen de Luis Carlos Galán.

Parte de la sede del periódico se redujo a escombros y había que barrerlos, amontonar los residuos en alguna parte, mientras se trasladaba a los heridos a clínicas y hospitales. Fue el veterano José Salgar, vinculado a la carrera periodística del joven García Márquez en la década del cincuenta, quien ordenó que había que seguir trabajando, que había que seguir escribiendo. Una de las empleadas, María Jimena Duzán, registró ese momento: “Había una extraña energía en ese hormigueo de gente que no cesaba de ver qué se podía reconstruir de los escombros” (1992, p. 218). Esa extraña energía impuso la voz de José Salgar y su directriz. Fue él quien sugirió el titular para el día siguiente:

“Seguimos adelante.” Y así, con ese titular, *El Espectador* logró imprimir una edición que salió de las entrañas.

Por primera vez en una semana pude escribir. Lo mismo les sucedió a muchos de mis colegas. Ahora nos enfrentábamos a un duro presente

y eso como que nos sacaba del sopor infernal que estábamos viviendo.  
(p. 218)

De ese sopor y de los escombros, los periodistas rescataron las máquinas de escribir con que continuaron denunciando el caos en el que se había convertido el país. El busto de Luis Gabriel Cano, fundador de *El Espectador* en 1889, y ubicado en la entrada principal, fue arrancado de su pedestal por una onda explosiva: “Parecíamos entrando a un campo minado” (p. 212), escribió Duzán. Pero había que seguir escribiendo, denunciando; había que seguir subrayando que las cosas no estaban bien: “Son las 6:40 de la mañana. Una tormenta de vidrio molido cayó sobre la vieja máquina de escribir, inactiva desde el 17 de diciembre de 1986, y se desmoronó sobre el teclado acompañada todavía del eco lejano del estallido”. (Correa & Mejía, 2008, p. 54).

## Imagen 2

### La muerte en la calle se congela

La fotografía es impactante en su composición, porque capta un momento íntimo de dolor: dos mujeres lloran abrazadas, un hombre intenta consolarlas y otro, en posición de loto, tiene la mirada fija hacia un lugar de la calle, como si se negara a ver el drama de las mujeres, aunque debe escucharlo. Están en el afuera, sobre el asfalto y rodean el cuerpo cubierto de un hombre ensangrentado. La imagen la tomó el reportero gráfico Miguel Ángel Buitrago para el periódico *El Mundo* de Medellín, cuando le pidieron que se trasladara a la calle Argentina, a la altura de Adida, la Asociación de Institutores de Antioquia, donde había sido asesinado el médico Héctor Abad Gómez. Era la tarde del martes 25 de agosto de 1987. Desde el ángulo en que se tomó la fotografía, podemos presumir que el reportero se hizo a un lado del joven que, en posición de loto y apoyado con su mano izquierda en el mentón, tiene su mirada estática, detrás de sus lentes redondos. Se trata de Héctor, el hijo del médico que yace en la calle. Tiene 29 años y aún no ha publicado su primera obra.



Diecinueve años después de aquella escena, Abad Faciolince reconstruyó, con base en testimonios de testigos y de un expediente judicial (el número 319 del Juzgado Primero de Instrucción Criminal Ambulante), el recorrido que su padre hizo, en compañía de uno de sus alumnos, para llegar hasta el sindicato de profesores, donde estaban velando a Luis Felipe Vélez, presidente del gremio de maestros de Antioquia, quien justamente había sido asesinado en ese mismo lugar en horas de la mañana del martes 25: “Mi papá estaba indignado” (2006, p. 238), leemos en *El olvido que seremos*. Abad Faciolince rehace los segundos en que dos jóvenes sicarios motorizados se acercaron a su padre y le dieron muerte con seis balas de pistola: “¿Alcanzó a verlos mi papá, supo que lo iban a matar en ese instante? Durante casi veinte años he tratado de ser él ahí, frente a la muerte, en ese momento” (2006, p. 243).

Amparado en un ejercicio de memoria, Héctor Abad se imagina en el cuerpo de su padre, de 65 años. Quiere experimentar cómo fue atacado, qué pudo pensar y sentir, cómo se desplomó. La escenificación de este momento tiene una connotación singular, no solo porque actualiza un instante de horror, sino porque hace justicia al recordar que con su padre también fue asesinado, por el segundo sicario, su discípulo Leonardo Betancur, al interior del sindicato, donde este intentó protegerse. Era la tercera muerte en un solo día y uno solo el determinador: Carlos Castaño, líder de los paramilitares del Magdalena Medio.

¿Quién iba a pensar que diecinueve años después de la toma de esa fotografía y a raíz de la necesidad que por casi dos décadas sintió el escritor Abad Faciolince de narrar, desde su propia intimidad y en clave familiar, la historia del crimen de su padre, por un ejercicio de la memoria herida, entraría en diálogo con la memoria en clave de confesión de Carlos Castaño, posible responsable intelectual de la muerte de su padre? No se trata de un diálogo sereno ni del reconocimiento moral de quien admite con cinismo su responsabilidad en el exterminio de líderes sociales; se trata más bien de un reclamo visceral contra quien no tiene recato en defender sus actuaciones como virtud patriótica de supremacía, y en justificarlas, en aras de evitar, a cualquier precio, el arribo al país de lo que el determinador criminal engloba como ideología comunista,



cuando vincula, desde su pensamiento extremo y generalizante, la expansión del proselitismo político de las guerrillas en los sindicatos de trabajadores en las ciudades (2001, p. 116).

Lo otro que actualiza la imagen viva en la cámara de Miguel Ángel Buitrago, es una dinámica de la historia del país: la muerte en la calle (Gil, 2010, Revista *Miradas*). Lo público como un lugar de conflicto; el afuera como un escenario para el crimen y, en especial, para el envío de mensajes que intimidan, que desplazan y acallan a una sociedad en permanente crisis. La muerte del médico Abad Gómez recuerda, por razones disímiles, las muertes del general Rafael Uribe Uribe (1914), Jorge Eliécer Gaitán (1948) y Jaime Garzón (1999). Recuerdan, por tanto, las pulsiones de la historia del país en el siglo XX.

### Imagen 3

#### Los restos del realismo mágico

Muchos años después de su primer delito, frente al pelotón del Bloque de Búsqueda, el narcotraficante Pablo Escobar Gaviria había de detener su huida, al ser alcanzado por las balas de sus enemigos. Medellín era entonces una ciudad temerosa y expectante, en cuyas calles era común escuchar los estruendos de los carros bomba y las sirenas de los autos policiales que buscaban al enemigo mayor con ayuda de agentes extranjeros, luego de su sarcástica escapada de La catedral, la cárcel que el entonces presidente César Gaviria le permitió construir a la medida de sus intereses y habitar a su antojo, con tal de que dejara de sembrar el miedo urbano a punta de asesinatos selectivos y atentados terroristas. El 2 de diciembre de 1993 advertimos su cuerpo pesado y sin vida sobre unas tejas cuarteadas, en la calle de un barrio sin gloria. Al observar cómo lo bajaron a ras de piso, habíamos de recordar aquella tarde remota de junio de 1976, cuando nos sorprendió su pose burlona y tranquila en una página de noticias judiciales. No posaba solo. Estaba con su gavilla de cinco hombres, entre ellos su primo Gustavo Gaviria y su cuñado Mario Henao. El titular de *El Espectador* de aquel día estaba escrito en letras grandes:



“Caen 39 libras de cocaína. Detenidos Seis Narcotraficantes en Itagüí”.

Desde entonces, las hazañas e historias de Escobar Gaviria son incontables. Nadie como él para llenar titulares de prensa y para nutrir la leyenda de un destino extraordinario y extremo. Ninguna vida de un delincuente logró su brillo y su permanencia. Frente a él, las vidas refinadas de los hermanos Rodríguez Orejuela del cartel de Cali; las vidas de sus socios caballistas, los Ochoa; las vidas cuasicampesinas de los hermanos Castaño al mando de los grupos de autodefensas; o las vidas vulgares de Gonzalo Rodríguez Gacha, ‘El mexicano’ o del esmeraldero Víctor Carranza, se leen como páginas irrisorias e incompletas. En cambio, la de Escobar parece contenerlo todo, como en un melodrama nacional. De hecho, su destino ha servido de pretexto para nutrir exitosas series audiovisuales, en las que se explota su astucia de haber logrado construir un emporio ilegal y transnacional en poco tiempo. Tienen razón los guionistas, porque entre 1976, cuando era un simple distribuidor de droga local y 1983, cuando era un fino exportador de droga y le dio por jugar en el campo de la política, solo hay siete años. Era tan visible en su vida excéntrica de hombre rico, tan apreciado en el mundo de la farándula por su generosidad en las fiestas y referenciado, además, como un emprendedor de acciones cívicas en barrios marginales, que pasó a convertirse en ficha clave para las aspiraciones presidenciales del exministro de Justicia Alberto Santofimio Botero, el hombre que en 2006 fue hallado culpable de ser autor intelectual del crimen de Luis Carlos Galán, que los hombres de Escobar y ‘El mexicano’ ejecutaron en Soacha, como una manera de eliminar a quien consideraba que el narcotráfico era el peor mal del país.

Cuando Juan José Hoyos lo visitó en su zoológico privado, la hacienda Nápoles, en enero de 1983, allí estaba Santofimio Botero de tour con sus socios políticos, con una camaradería sospechosa. Hoyos había ido a comprender la leyenda de un hombre que había sido señalado de ser “Un Robin Hood paisa” (*Semana*, No. 50, abril de 1983), a causa de sus obras sociales promovidas a través de su programa “Medellín sin tugurios”. Una leyenda que tocó techo, cuando una revista americana lo sumó a una lista de los hombres más ricos del mundo y cuando entre sus amantes, se dejaba ver con una reconocida presentadora de televisión.

Escobar Gaviria protagonizó su propia serie en un país arribista, pero a expensas del dolor de los otros; en especial de quienes quisieron verlo en la cárcel para frenar su maratónico ascenso en los escenarios de la política y la vida nacional. Sus víctimas fueron muchas y para deshacerse de ellas, aceitó un aparato criminal de sicarios y perfeccionó un sistema de corrupción que lo mantuvo activo, sin que perdiera el rictus de su ya legendaria risa burlona de 1976. Sabemos que Escobar dejó de reír y se convirtió en agelasta, a partir de lo que desencadenó el asesinato de Rodrigo Lara que el capo ordenó ejecutar. El presidente Betancur reactivó el tratado de extradición y se puso en la tarea de capturar a miembros del cartel de Medellín para enviarlos a las cárceles de los Estados Unidos.

Lo que vino luego para el país resulta alucinante, propio de una nueva fiebre del banano. Era difícil de asimilar su alcance. Fue la mezcla de todo: las acciones guerrilleras del M-19, más las guerrilleras de las Farc y Eln en el sur del país. La peor de todas sería la Toma del Palacio de Justicia en 1985. Después se consolidaron las acciones narcoterroristas del aparato criminal de los carteles de la droga, como un mecanismo de presión para tumbar el tratado de extradición. No contento con su empresa criminal, Escobar decidió convertirse en ideólogo de los Extraditables; supimos entonces que tenía pensamiento propio y que lo defendía frente a los medios: “repudio a los criminales y a los torturadores que se disfrazan con el uniforme de la moral y el orden” (*El Nuevo Siglo*, 8 de septiembre, 1992, p. 17 A). Hasta en eso fue distinto de los demás criminales y como lo suyo era el escándalo, quiso cerrar la década ordenando un secuestro masivo de periodistas prestigiosos. Quería evitar su extradición y la de sus hombres, a cualquier precio.

¿Qué faltaba para que la vida de Pablo Escobar se afirmara en la leyenda? Faltaba que el mayor fabulador del país, el responsable de la vida centenaria de Úrsula Iguarán y la vida virginal de Remedios la Bella, que no era de este mundo, se ocupara de cerrar esa leyenda, como una forma de continuar la que ya habían nutrido los relatos de Alonso Salazar, Juan José Hoyos y Germán Castro Caycedo. Cuando el capo Escobar se entregó en Medellín a las autoridades el 19 de junio de 1991, con la mediación del cura Rafael García Herreros; cuando el cura eudista logró hacerlo arrodia-





llar en compañía de sus hombres de confianza, para llevarlo a refugiarse por breve tiempo –trece meses– en su cárcel privada de Envigado, García Márquez describió al gran protagonista de las violencias de la década del ochenta, con estas palabras familiares a su estilo hiperbólico y tan familiares a sus lectores:

Solo cuando estuvieron a la altura de la casa descubrió Villamizar que alrededor del campo esperaban no menos de treinta hombres con las armas en ristre. Cuando el helicóptero se posó en el prado intacto, se desprendieron del grupo unos quince escoltas que caminaron ansiosos hacia el helicóptero alrededor de un hombre que no podía pasar inadvertido. Tenía el cabello largo hasta los hombros, una barba muy negra, espesa y áspera, que le llegaba hasta el pecho, y la piel parda y curtida por un sol de páramo. Era rechoncho, con zapatos de tenis y una chaquetilla azul claro de algodón ordinario, y se movía con una andadura fácil y una tranquilidad escalofriante. Villamizar lo reconoció a primera vista solo porque era distinto de todos los hombres que había visto en su vida. (1996, p. 326)

Ese hombre distinto de todos los demás hombres sería luego fotografiado desde lejos recorriendo los pasillos de La Catedral como una sombra. Más que un hombre distinto parecía un monje solitario, con su larga barba espesa y su vientre grueso. Pero ya era una leyenda viva, la misma que se amplió tras la fuga de su cárcel en julio de 1992. Aumentaron sus acciones delictivas y sangrientas con las que pretendía tumbar el tratado de extradición. La figura de un guerrero que se enfrenta contra un Estado débil, le dio la vuelta al mundo. Como lo expresara el periodista Javier Darío Restrepo, el mundo hacía tiempo estaba “escobarizado”: “La escobarización es una expresión del sensacionalismo periodístico, una enfermedad que, por lo visto, está atacando a los más respetables medios en Colombia y en el exterior” (*El Colombiano*, 27 de marzo 1993, p. 5A). Entonces vino su muerte en diciembre de 1993. Pero su muerte no marchitó la leyenda. Solo en 2006 aparecieron en distintos lugares de Medellín carteles con la silueta roja del capo. Eran carteles de propaganda política con un mensaje claro: “Pablo Presidente. Soberanía, Independencia” (“Apariciones’ tenebrosas”, *La Tarde*, Pereira, 6 de abril 2006). El

hecho de que no se escriba su apellido sugiere familiaridad, cercanía. El hecho de que la silueta represente a la de un hombre que “era distinto de todos los hombres que (*Alberto Villamizar*) había visto en su vida”, parece habilitarlo, en su universo fantasmal, macondiano, para aspirar a dirigir, por siempre, los destinos de un país escobarizado.

## Imagen 4

### El campo minado de las palabras

¿Qué sucedió con el espectro del lenguaje, qué pasó con las palabras que en la década del ochenta servían para registrar la vertiginosidad de los hechos y para acercarse a la comprensión de los mismos? ¿Hubo una transformación en el uso de esas palabras o se incrementó el inventario de palabras nuevas que surgieron como una obligación de darle nombre a lo incompresible, a lo alucinante? Una cosa era el discurso de los medios de comunicación, en el que se registraba el acontecer diario con unos matices de asombro, no exentos de ironía, o con unos énfasis políticos, no exentos de ideología de grupo; y otra cosa distinta era el discurso popular de la calle o el de la intimidad familiar. Con Roland Barthes se aclara que ningún lenguaje es inocente y que “las palabras tienen una memoria segunda que se prolonga misteriosamente en medio de las significaciones nuevas” (1989, p. 24).

Si ningún lenguaje es inocente, se discierne que al ser empleado por las comunidades su uso se carga de un interés, porque lleva consigo un propósito, un significado, sea este emotivo o político. Si las palabras tienen una segunda memoria que activa otros valores, se intuye que ellas cargan con el peso de la historia y revelan sus sentidos, al conectarse con una tradición en la que esos valores semánticos se amplían en su carácter polifónico. De ahí que haya palabras o expresiones que logren identificar un periodo o una época. Pensemos en la palabra ‘chulavita’, atada a la década del cincuenta y a lo que se conoce con el nombre de ‘La Violencia’, que no fue otra cosa que el enfrentamiento por el poder político entre liberales y conservadores. Los ‘chulavitas’, en esta historia,



serían una policía secreta, paramilitar, direccionada por los intereses de líderes conservadores radicales. En el campo de la ficción, León María Lozano, ‘El Cóndor’, protagonista de *Cóndores no entierran todos los días* (1971) encarna el proceder fanático de un ‘chulavita’. Pero como las palabras, según Barthes, promueven significaciones nuevas, es interesante advertir cómo para los cabecillas del M-19, en los años ochenta y con una leve variante, la palabra ‘chulavita’ fue reemplazada por ‘chulo’, para referirse a los miembros del Ejército que los perseguían por la zona del Putumayo, como lo escuchó decir María Jimena Duzán al guerrillero ‘El Mono’, en su aventura personal por estas selvas (1992, p. 21). Nótese, en nuestro caso, cómo se impone el uso de las comillas simples, como si las palabras quisieran decir otra cosa, como si su significado, ya de por sí ambiguo, lo pusiéramos en duda.

Por este sendero de interpretación, advertimos que el lenguaje también toleró serias variaciones al interior de la sociedad colombiana de los años ochenta. No se trataba, como lo hemos señalado, solo de los cambios en la dinámica del consumo que desplegó la circulación de los dineros del narcotráfico; ni se trataba solo de los procesos de modernización de las instituciones del Estado para combatir las estructuras del crimen. Tampoco era solo la ostentación de una arquitectura kitsch que nos retornaba, por otra vía, a la cultura de la “impostura” y la “simulación”, esto es, a los tiempos del poder político de los grecolatinos y regeneracionistas (Gutiérrez, 1982, pp. 448-467). Se trataba de algo mucho más amplio y embrollado, que bien podemos resumir en la postura de un editorialista, cuando formula su balance de lo que significó para el país la esperada caída de Pablo Escobar:

A ese personaje que transformó el lenguaje, la cultura, la fisonomía y la economía de Medellín y del país. Antes de Pablo Escobar los colombianos desconocían la palabra sicario. Antes de Pablo Escobar el mundo conocía a Colombia como la tierra del café. Y antes de Pablo Escobar nadie pensaba que en Colombia pudiera explotar una bomba en un supermercado o en un avión en vuelo. Por cuenta de Pablo Escobar hay carros blindados en Colombia y las necesidades de seguridad modificaron la arquitectura. Por cuenta de él se cambió el tipo de



funcionamiento del sistema judicial, se replanteó la política penitenciaria y hasta el diseño de las prisiones y se transformaron las Fuerzas Armadas. Todo ello fue necesario para enfrentarlo y derrotarlo. Pablo Escobar descubrió más que ningún antecesor que la muerte puede ser el mayor instrumento de poder. Tanto, que la única solución definitiva fue matarlo. (*El Tiempo*, diciembre de 1993)

Ese instrumento de poder que Escobar y sus lugartenientes convirtieron en un arma letal, desfiguró una ética de las costumbres, sobre todo en las bases de un país conservador, renuente al cambio. Su brutal aplicación sobrepasó la realidad del campo económico, disparó la movilidad social por vía de la ilegalidad, amplió las expresiones culturales a un neorrealismo grotesco, a la manera de *Rodrigo D. no futuro* (1990), la película de Víctor Gaviria y las obras narrativas *No nacimos pa' semilla* (1990) de Alonso Salazar y *La Virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo (1994), lo cual daría pie a la interpretación de un nuevo género: la sicaresca (Jácome M., 2009 y Bouvet, Françoise, 2015); género que bien podía formar parte de la “literatura tremenda”, a la que aludió García Márquez, a propósito de las crónicas de Germán Santamaría (García Márquez, *El país*, 30 de agosto 1983). Renovó, asimismo, el sistema judicial y normalizó los estilos extravagantes de las violencias, una de las cuales, el terrorismo urbano, Escobar, junto con sus aliados –Carlos Lehder, Fidel y Carlos Castaño, Gonzalo Rodríguez Gacha– y los carteles de la droga, perfeccionaron con maligna eficacia. Su poderío contagió, cómo dudarlo, el dominio del lenguaje, su expresión natural.

Le cabe razón al editorialista de *El Tiempo*: con las actividades del narcotráfico, con los imaginarios de la vida ostentosa y tragicómica que los delincuentes teatralizaron en zonas de lujo, con sus maneras de asegurar la anarquía, se resolvieron creativos en la construcción de palabras y en la amplitud de su horizonte semántico. *Sicario* puede ser, tal vez, la más inocente de ellas. El diccionario de la RAE es escueto al definirla: “Asesino asalariado”. No obstante, para comprender mejor el significado de esa palabra en Colombia, habría que agregarle un contexto en riesgo y sumarle una de sus variantes: “sicario moral”, empleada con frecuencia en el escenario de la política del siglo XXI. Tendríamos que agregar, para



comprender su verdadero sentido en el reborde de la descomposición social, que en la máquina facinerosa inventada por Pablo Escobar, los sicarios a sueldo solían ser jóvenes o menores de edad.

El horizonte semántico resalta dos escenarios antes enunciados. El primero es el de los medios de comunicación, en especial la prensa escrita. En ella se destacan los titulares impactantes y aforísticos, con los cuales se quiere lograr un ligero impacto en la masa de opinión. En tal sentido y solo para ilustrar, recordemos el tipo de lenguaje que sirvió para recalcar la ironía y la realidad insensata que debió enfrentar el recién posesionado ministro de Justicia Rodrigo Lara Bonilla en agosto de 1983, cuando al denunciar a Escobar y sus aliados políticos de ser delincuentes dedicados al narcotráfico, los denunciados lo quisieron desprestigiar ante la Cámara de Representantes, debilitando sus acusaciones, al señalarlo de haber recibido ‘dineros calientes’, en una campaña política por su partido, de manos de un narcotraficante llamado Evaristo Porras. El parlamentario que lo acusó era Jairo Ortega, aliado de Escobar y visitante de la hacienda Nápoles. La prueba del ilícito estaría condensada en una grabación que escucharon los asistentes al recinto de la plenaria de la Cámara (“Las revelaciones del cassette”, *Semana*, No. 68, agosto 1983, pp. 26-27). En un artículo posterior, la revista subtítulo de este modo la situación enfrentada por el ministro Lara: “Ortega y Cassette” (*Semana*, agosto-septiembre, 1983, p. 26). El otro caso lo marcamos en el tiempo de la muerte de Escobar, quien no murió solo: en el antejardín de la casa que habitaba en su clandestinidad de prófugo, fue abatido su lugarteniente Álvaro de Jesús Agudelo, alias ‘Limón’. Óscar Alarcón, el ingenioso aforista de *El Espectador*, autor de los Micro-Lingotes, escribió: “Qué muerte tan ácida. Fue abatido al lado del *Limón*. ¿?” (*El Espectador*, 5 de diciembre 1993, p. 2A)

El segundo momento para las palabras que han perdido su inocencia, lo encontramos en el discurso popular de la calle o en el que se inspira en la privacidad movediza del adentro. En una conversación interceptada por la policía, en la que Pablo Escobar le da órdenes a su primo Gustavo Gaviria de acrecentar la guerra, ahora que los están persiguiendo y expropiando, el capo emplea un lenguaje cotidiano y sin ambages. Desde

su lugar de enunciación, Escobar ayudó a nutrir el uso de un lenguaje amenazante:

Correcto, perfecto. Yo me salí, no por problemas, sino porque usted sabe, hermano, que hay que salir a hablar con la gente por allá. Para hablar con toda la gente de todo el país; para hablar con los de todos lados, para que empiecen a darles a los oligarcas y a quemarles las casas a los ricos. Es que es muy fácil, porque una casa de un rico no tiene sino un celador y entra uno, y con tres galones de gasolina... y con eso nos cagamos en ellos y los ponemos a llorar y a pedir cacao [...] Y a darle a los hijos de los policías y a los políticos, y a los periodistas y a todo el que se atravesase (*Semana*, No. 446, noviembre 1990, p. 34)

En su diario de cautiverio, víctima de las acciones desesperadas de Escobar por frenar el tratado de extradición con los Estados Unidos, la periodista Azucena Liévano le agrega a las palabras el peso del vacío, lo no dicho que se impone en el tiempo muerto de la espera y el sinsentido:

Octubre 22 de 1990, 12:30 a.m.

He dejado de escribir por varios días y todo porque aquí es siempre la misma rutina. Ha sido una semana muy dura. Tal vez la más difícil y simplemente porque nunca pasa nada. No hay comunicados, ni llamamientos, ni mensajeros que nos traigan buenas o malas noticias. Es un silencio, que nos da miedo. Por eso la angustia crece cada día más. (1992, p. 90)

Mientras la angustia de los secuestrados se tornaba más dramática con el pasar de los meses, Azucena Liévano y sus compañeros de cautiverio, entre ellos su jefe Diana Turbay, entraban en contacto con sus captores. Reconocieron en ellos a jóvenes impetuosos, aunque en ocasiones cordiales y dubitativos, que parecían no comprender del todo las implicaciones de sus acciones criminales. En ellos, en sus vidas trabadas a la informalidad y a la marginalidad padecida en barrios lumpenizados, con peligrosas fronteras invisibles entre una y otra zona de y en disputa, se condensaba la sonoridad de un *parlache* y la creatividad de unos modos de decir. En esos chicos habitaba una memoria del lenguaje, un inventario de palabras ampliado por los estertores de las guerras y las múltiples violencias de las urbes, un diccionario de colombianismos rico



y variopinto. Quizá no era necesario preguntar por el significado de palabras y expresiones como traqueteo, galafardo, pirobo, mosca, chirrete, caletero, la vuelta, piorrea, niño, chuliar, sapiar, fumigar, torcido, desechable, chupar gladiolo, coronar, parcerero, gramaje, muñeco, gonorrea. Su sentido estaba implícito en lo que sugerían al ser remarcadas con aires de teatralidad. Quizá tampoco era necesario preguntar por el significado de las palabras y expresiones con las que los medios cubrían los hechos cotidianos. Allí estaban esas palabras y era frecuente su uso en las narrativas de las salas de redacción: milicias populares, narcotoyota, cuerpos mutilados, acciones de exterminio, narcoguerrilla, gatilleros, parapoliciales, ala terrorista, mágico, narcoescándalo, marimberos, raspachín, dineros calientes, cantoneo, pistolero de oficio, boquete o cráter, comandos de élite.

Y en medio de esta nueva sonoridad lingüística, de este sueño criollo de las escalinatas, la realidad colombiana también se llenó de motes y de alias, cuya resonancia se amplificaba en las instituciones del Estado: la Fiscalía, la Procuraduría, el Palacio de Nariño. El nombre de pila de las personas se cambió por sobrenombres. En esa traslación de los sentidos, en este escenario de la vulgaridad y el ocultamiento, el bajo mundo de la criminalidad aportó mucho. Nombremos algunos de esos aportes: Byron de Jesús Velázquez, ‘Quesito’; Jhon Jairo Arias, ‘Pinina’; Mario A. Castaño, ‘El Chopo’; Brance Muñoz, ‘Tyson’; Jhonny Rivera, ‘Palomo’; Hernán Darío Henao, ‘H. H.’; Juan Carlos Ospina, ‘Enchufe’; Alfonso León Puerta, ‘Angelito’; Jhon Jairo Velásquez, ‘Popeye’; Gonzalo Rodríguez Gacha, ‘El mexicano’; Pablo Escobar, ‘El Patrón’, ‘El Míster’, ‘El Señor’. Algunos de estos alias cometieron crímenes y sembraron el terror, como miembros de bandas consolidadas: La Terraza, Los Priscos, Los Pepes, MAS (Muerte a Secuestradores), los Extraditables, La Oficina. Y en este campo minado de las palabras, no podía faltar su empleo para connotar un dolor, para sintetizar una pérdida. El insulto y la procacidad sirven de auxilio para darle sentido a lo inefable. Es lo que leemos en *El olvido que seremos* (2006), en el momento en que a Abad Faciolince se le dificulta narrar, diecinueve años después, aquel escenario de la calle en el que sobresale el cuerpo de su padre muerto:

En ese momento no puedo llorar. Siento una tristeza seca, sin lágrimas. Una tristeza completa, pero anonadada, incrédula. Ahora que lo escribo soy capaz de llorar, pero en ese momento me invadía una sensación de estupor. Un asombro casi sereno ante el tamaño de la maldad, una rabia sin rabia, un llanto sin lágrimas, un dolor interior que no parece conmovido sino paralizado, una quieta inquietud. Trato de pensar, trato de entender. Contra los asesinos, me lo prometo, toda mi vida, voy a mantener la calma. Estoy a punto de derrumbarme, pero no me voy a dejar derrumbar. ¡Hijueputas!, grito, es lo único que grito, ¡hijueputas! Y todavía por dentro, todos los días, les grito lo mismo, lo que son, lo que fueron, lo que siguen siendo si están vivos: ¡Hijueputas! (2006, p. 245)

Puesto que ningún lenguaje es inocente y en cada palabra se contiene una segunda memoria que, enigmáticamente, se extiende en nuevas significaciones, este sustantivo señalador, esta expresión escrita y repetida por Abad, ampliada en el tono exclamativo con que quiere señalarse otra cosa –insulto, enojo, malestar, impotencia–, nos arroja a la memoria de García Márquez, cuando este reconstruye, como testigo, los minutos posteriores a la muerte de Jorge Eliécer Gaitán en una calle. No es la calle Argentina de Medellín, es la carrera séptima de Bogotá. Esta última ha sido tomada por una muchedumbre enfebrecida que aún no asimila la muerte de su líder y que, tal vez pensando en la importancia de los materiales de la historia, empapa sus pañuelos con la sangre del caudillo. Entre esa muchedumbre que guarda la reliquia, prevalece la figura de una mujer de alpargatas y pañolón negro, y prevalece su gruñido: “–Hijos de puta, me lo mataron” (2002, p. 335).

El lenguaje parece haber perdido su candidez y tiene otro brillo. Traspasa los límites del uso impuesto por las élites letradas, maquinadoras de los relatos que la historia republicana autorizó difundir. La retórica preciosista, cara a la práctica política de un país donde la gramática y el poder instituyeron formas habituales expresivas, ya no puede contener, desde su preceptiva solemne, el rumor de nuevas formas de producción de sentido. Es otro el país, más violento y enajenado. País concreto, por supuesto, más terrenal que los vientos de Macondo; un zumbido azaroso desborda la Calle de los Turcos. País habituado a la estridencia de las





bombas instaladas para producir daño. País que sucumbe a la disparidad de un nuevo lenguaje callejero, próximo a la ilegalidad y al desafuero. “monótono país del sol sonoro [...] país de ardores coléricos e inhóspites” (1976, p. 115), dejó dicho León de Greiff en los años veinte. “Legiones de olvido, mi país. Niebla de muertos” (1987, p. 70), continúa el poema escrito a varias manos, seis décadas después, Juan Manuel Roca ¿Qué pervive? Más que la esencia poética, permanecen las palabras, aunque ya alteradas en sus signos. Más que el sentido, persiste la sonoridad, sus metáforas alucinadas. ¿Qué se silencia en este concierto ruidoso? Tal vez la claridad, la imposibilidad de asimilar lo que hemos sido.



## Bibliografía

### Bibliografía general

Abad, H. (2007). “Alvarado Tenorio, autor de Borges”. *Revista Semana*, 13 de enero.

Abad, H. (2007). “Un camino equivocado”, en revista *Granta en español*/7. Alfaguara, 189-2004.

Abad, H. (2022). “Los cuerpos descuartizados”, Bogotá, *El Espectador*, 22 de agosto.

Amar, A. M. (1990). “La ficción del Testimonio”. *Revista Iberoamericana*, Pittsburgh, 151, Vol. LVI, 447-461.

Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica.

Andrade, E. M. (2002). *El narcotráfico y la descomposición política y social: el caso de Colombia*. Plaza y Valdés.

Atehortúa, A. L. (2011). “Decisiones y narcos. Discusiones recientes en torno a los hechos del palacio de justicia”. *Análisis político*, Universidad Nacional de Colombia, 71, Vol. 24, 91-108.

Autores varios (2015). Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas. *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia*. Versión en pdf. <https://indepaz.org.co/wp-content/uploads/2015/02/Version-final-informes-CHCV.pdf>

Barthes, R. (1989). *El grado cero de la escritura seguido de nuevos ensayos críticos*. Siglo XXI editores. Traductor Nicolás Rosa.

Benjamin, W. (1991). *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*. Taurus Humanidades, 323. Traductor Roberto J. Blatt Weinstein.

Bonilla, J. I., & Tamayo, C. A. (2007). *La violencia en los medios, los medios en las violencias*. Cinep.



Bonilla, M. (2011). *Periodismo cultural y literario en Colombia*. Universidad de los Andes.

Bonilla, J. (2002). “Periodismo, guerra y paz: Campo intelectual y agendas de la información en Colombia”. *Revista Signo y Pensamiento*, Bogotá, julio-diciembre, 40, vol. 21, 53-71.

Borges, J. L. “El escritor argentino y la tradición”, en *Obras completas 1923-1972* (1974). Emecé Editores, 267-274.

Bouvet, F. (2015). “La novela sicarés colombiana o la crónica de una Muerte ordinaria”. *Amerika*, revue semestrielle du CELLAM (Centre d’Etudes de Langues et Littératures Anciennes et Modernes, EA 3206, Université Rennes 2), 12. <https://journals.openedition.org/amerika/6447#:~:text=1El%20t%C3%A9rmino%20de%20sicarés,mismo%20tiempo%20que%20surge%3%ADa%20una>

Caballero, A. (1997). “El hombre que inventó un pueblo”. En *El saqueo de una ilusión El 9 de abril: 50 años después*, Varios Autores. Número Ediciones.

Caballero, A. (2018). “Los dos demonios”, Capítulo XII, “El interminable Frente Nacional”, en *Historia de Colombia y sus oligarquías* (1498 2017), edición digital Biblioteca Nacional de Colombia.

<https://bibliotecanacional.gov.co/es-co/proyectos-digitales/historia-de-colombia/libro/index.html#chapters-list>

Caicedo, A. (1992). “Clave 1979 Robo de armas Cantón norte”. *El Tiempo*, 22 de enero.

<https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-18087>

Calvino, I. (1997). *Seis propuestas para el próximo milenio*. Siruela-Bolsillo.

Capote, T. (2007). *Un placer fugaz Correspondencia*. DeBolsillo, Random House Mondadori.

Carrigan, A. (2009). *El palacio de justicia: una tragedia colombiana*. Ícono. Traducción de Clorinda Zea; epílogo de Constanza Vieira.

Carrión, J. (2012). *Mejor que ficción*. Anagrama.

Cercas, J. (2016). *El punto ciego. Las conferencias Weidenfeld 2015*. Penguin Random House.

Correa, J. D. (2008). “Nahum Montt: entre la realidad y la ficción”, en Revista *Arcadia*, No. 29, febrero.

Correa, C. M. y Mejía, M. A. (2008). *Las llaves del periódico*. Fondo Editorial Universidad Eafit.

Cros, E. (2003). *El sujeto cultural: sociocrítica y psicoanálisis*. Universidad Eafit.

Cruz, A. L., & Rivera, D. M. (2008). *El narcotráfico en Colombia: pioneros y capos. Historia y Espacio*, 4(31).

Chillón, A. (1999). *Literatura y periodismo: una tradición de relaciones promiscuas*. Editorial Bellaterra, Univ. Autónoma de Barcelona, Universitat Jaume I, Universitat de Valencia. Prólogo de Manuel Vásquez Montalbán.

De Greiff, L. (1976). *Antología de León de Greiff*. Selección y prólogo Germán Arciniegas. Instituto Colombiano de Cultura.

Donado, V., Donaldo, A. (2003). *Crónica anacrónica: Un estudio sobre el surgimiento, auge y decadencia de la crónica periodística en Colombia*. Panamericana Editorial.

Dossier (2006). “Se necesita un nuevo viejo periodismo”. Bogotá: revista *El Malpensante*, No. 74, noviembre-diciembre. Contenido: “Cultivar la soledad” (Robert D. Kaplan, 19-23); “Ficción y realidad del conflicto” (Juanita León, 24-35), “La generación del diario único” (Nicolás Morales Thomas, 37-40); “Culpemos a los lectores” (Evan Cornog, 43-51); “Periodismo portátil” (Juan Pablo Meneses, 61-62); “El final del camino” (Gregory Curtis, 53-59); “El que enciende la luz” (Julio Villanueva Chang, 65-75).

Dudley, S. (2008). *Armas y urnas: historia de un genocidio político*. Planeta Editorial. Traducción de Helena Uribe Garrós.

Eliade, M. (2001). *Mito del eterno retorno*. Emecé.

Escobar, A. (1990). “Reflexiones acerca de la literatura sobre la Violencia”, en Revista *Lingüística y Literatura*, enero-junio, Medellín, Departamento de Lingüística y Literatura Universidad de Antioquia, 17, año 11.

Escobar, A. (2003). “Arturo Alape: amanuense de la memoria en tiempos de olvido”, en *Cuatro náufragos de la palabra. Diálogo compartido con*



Héctor Abad Faciolince, Arturo Alape, Piedad Bonnet, Armando Romero. Fondo Editorial Universidad Eafit.

Escobar, J. C. (2000). *Lo imaginario. Entre las ciencias sociales y la historia*. Centro Editorial Universidad de Eafit.

Estefanía, J. (2012). “Noticia de un secuestro”. En *Gabo periodista*. Antología de textos periodísticos, ed., Héctor Feliciano (313-325). FNPI.

Foucault, M. (2008). *El orden del discurso*. Fábula Tusquets Editores. Traducción de Alberto González Troyano.

Figueroa, C. R.; Taylor, C., Valencia, C. y otros (2006). *III Encuentro de Escritoras Colombianas. Homenaje a Albalucía Ángel, Memorias*. Consejería Presidencial para la Equidad de la Mujer, Organización de Estados Iberoamericanos.

García, D. (1973). “Estudio Preliminar”. En *La Ilíada*. W. M. Jackson.

García, J. Á. (1998). *Acción, relato, discurso: Estructura de la ficción narrativa*. Ediciones Universidad de Salamanca.

García, G. (1982). *El olor de la guayaba. Conversaciones con Plinio Apuleyo Mendoza*. Editorial La oveja negra.

García, G. (1997). *Textos costeños*, Obra periodística 1. Recopilación y prólogo Jacques Gilard. Norma.

García, G. (1997). *Entre cachacos*, Obra periodística 2. Recopilación y prólogo Jacques Gilard. Norma.

García, M. & Martin, G. (2012). *Gabo periodista: antología de textos periodísticos de Gabriel García Márquez*. Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano.

Genette, G. (1991). *Ficción y dicción*. Lumen.

Gil, R. (2010). “La muerte en la calle: formas de representación de la violencia urbana”. *Miradas*, Revista de Maestría en Comunicación Educativa, Universidad Tecnológica de Pereira, 8, Vol., 159-68.

<https://revistas.utp.edu.co/index.php/miradas/article/view/13351>

Gil, R. (2009). “Imagen de lo popular, mirada en el espejo”. *Páginas*, revista Universidad Católica Popular de Risaralda, marzo, 83, 5-16.

González, J. J. (1992). *Espacios de exclusión: el estigma de las repúblicas independientes 1955-1965*. Cinep. Editor Camilo Borrero G.

González, R. (2000). *Mito y archivo. Una teoría de la narrativa latinoamericana*. Fondo de Cultura Económica.

González, F. (1993). *Crónicas de otras muertes y otras vidas*. Selección de *Sucesos*, recopilación, prólogo y notas de Rogelio Echavarría. Editorial Universidad de Antioquia.

Gutiérrez, R. (1982). “La literatura colombiana en el siglo XX”, en *Manual de Historia de Colombia. Historia social, económica y cultural*, Tomo III. Procultura/Instituto Colombiano de Cultura (segunda edición), 448-467.

Hamill, P. (2007). “Del periodismo estadounidense”. Revista *Letras libres*, agosto, 8-10.

Herrera, M. C., & Pertuz, C. (2015). “Narrativa testimonial y memoria pública en el contexto de la violencia política en Colombia”. *Kamchatka* (6), 913-940.

Hollowell, J. (1979). *Realidad y ficción: El nuevo periodismo y la novela de no ficción*. Noema Editores. Traducción de Ma. Elisa Moreno; revisión de Enrique Montes.

Hoyos, J. J. (2003). “Un fin de semana con Pablo Escobar”. Revista *El Malpensante*, febrero-marzo, 44, 15-27.

Hoyos, J. J. (2009). *La pasión de contar. El periodismo narrativo en Colombia (1638-2000)*. Hombre Nuevo Editores y Editorial Universidad de Antioquia.

Hoyos, J. J. (2009). *Sentir que es un soplo la vida*. Editorial Universidad de Antioquia.

Huyssen, A. (2002). “Pretéritos presentes: Medios, política, amnesia”. En, *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. Fondo de Cultura Económica.

Jácome, M. (2009). *La novela sicaresca. Testimonio, sensacionalismo y ficción*. Fondo Editorial Eafit.

Jaeger, W. (2001). *La Paideia*, Vol. I. Fondo de Cultura Económica.

Jaramillo, D. (1977). “Crítica de libros. Colombia amarga de Germán Castro Caycedo”, en *Eco Revista de la cultura en Occidente*, marzo, 185, Vol. 30, 327-332.



Kline, C. (2003). *Orígenes del relato. Los lazos entre ficción y realidad en la obra de Gabriel García Márquez*. Universidad de Salamanca.

Lledó, E. (1992). *El surco del tiempo. Meditaciones sobre el mito platónico de la escritura*. Editorial Crítica.

Martín-Barbero, J. (1998). "Jóvenes: des-orden cultural y palimpsestos de identidad". En Cubides, Laverde y Valderrama (Editores). *Viviendo a toda: Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Siglo del Hombre Editores, Universidad Central, 22-37.

Martínez, F. (2001). *La ficción narrativa: su lógica y ontología*. LOM Ediciones.

Martínez, T. E. (1986). "La batalla de las versiones narrativas". *Boletín cultural y Bibliográfico*, Biblioteca Luis Ángel Arango, Banco de la República. No. 8, Vol. XXIII.

Martínez, T. E. (2000). "Periodismo y narración: desafíos para el siglo XXI". Revista *El Malpensante*, diciembre-enero, 27, 37-44.

Martínez, T. E. (2005). *Ficciones verdaderas. Antología*. Planeta. Con la colaboración de Jennifer French.

Maza, M. (1990). "Causas y efectos de la realidad colombiana 1980-1990", en *En qué momento se jodió Colombia*. Editorial Oveja Negra, Editorial Milla Batres, 25-55.

Medina, C. (2012). "Mafia y narcotráfico en Colombia: Elementos para un estudio comparado. En *El prisma de las seguridades en América Latina. Escenarios regionales y locales*. Clacso, 139-170.

Monsiváis, C. (1996). "Noticia de un secuestro", junio 17 de 1996; tomado de la red el 14 de septiembre de 2009. <http://www.sololiteratura.com/ggm/marquezcrinoticia.htm>

Monsiváis, C. (2000). *Aires de familia. Cultura y sociedad en América Latina*. Anagrama, Colección Argumentos.

Montt, N. (2004). *El eskimal y la mariposa*. Alcaldía Mayor de Bogotá, Instituto Distrital de Cultura y Turismo.

Moraña, M., & Sánchez, I. M. (Ed.). (2012). *El lenguaje de las emociones: Afecto y cultura en América Latina*. Iberoamericana Vervuert.

Morris, H. (2001). *Operación ballena azul: las armas del cantón norte*. Intermedio Editores.

Ocampo, J. A & Revéiz, E. (1979). “Bonanza cafetera y economía concertada”. Revista *Desarrollo y Sociedad*, Bogotá, CEDE, Universidad de los Andes, julio, 2, 231-255.

Ortiz, L. (2000). “Narrativa testimonial en Colombia: Alfredo Molano, Alonso Salazar, Sandra Afanador”, en *Literatura y Cultura. Narrativa colombiana del siglo XX, Vol. II Diseminación, cambios, desplazamientos* (Compiladoras María Mercedes Jaramillo, Betty Osorio, Ángela I. Robledo). Ministerio de Cultura, 339-377.

Ortoleva, P. (2021). *Mitos de baja intensidad*. Ediciones Uniandes.

Osorio, O. (2003). *Historia de una pájara sin alas*. Universidad del Valle.

Pabón, R. (1984). *Así nos tomamos la embajada. Con textos del diario de La Chiqui*. Planeta Editorial.

Pineda, S. (2012). *Breve historia de la narrativa colombiana: siglos XVI-XX*. Colección Espacios, Siglo del Hombre Editores.

Piglia, R. (2001). *Crítica y ficción*. Anagrama.

Piglia, R. (2001). *Tres propuestas para el próximo milenio (y cinco dificultades)*. Seguido de *Mis Buenos Aires querida* de León Rozitchner. Fondo de Cultura Económica.

Pizarro, E. (2015). “Una lectura múltiple y pluralista de la historia”. En *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia*. Ediciones Desde Abajo, 17-106.

Pombo, R. (1996). “En Colombia no hay secretos”. En Borda, J. C & Núñez, L. F. G (Eds.). *Reportorio crítico sobre Gabriel García Márquez*. Instituto Caro y Cuervo, 453-460.

Ponsford, M. (2008). “La literatura colombiana de hoy. Cualquier parecido con la realidad...”. Revista *Arcadia*, Bogotá, septiembre, 36.

Porrini, S. (2021). *El sacrificio del héroe*. Ediciones Matrioska.

Posada, E. (2003). “Usos y abusos de la historia: divergencias con anotaciones de García Márquez”; “La novela como historia: *Cien años de soledad* y las bananeras”, en *El desafío de las ideas Ensayos de historia intelectual y política en Colombia*. Fondo Editorial Universidad Eafit, 243-277.

Puerta, A. A. (2009). “Una voz de los olvidados. Análisis del periodismo narrativo de José Antonio Osorio Lizarazo”. *Anagramas Rumbos y sentidos de la comunicación*, 63-80.





Rama, Á. (1985). *La crítica de la cultura en América Latina*. Selección, prólogos Saúl Sosnowski, Tomás Eloy Martínez. Biblioteca Ayacucho, 119.

Reati, F. (1992). *Nombrar lo innombrable: Violencia política y novela en Argentina, 1975-1985*. Editorial Legasa.

Redacción *Arcadia* (2008). “El fenómeno de los libros sobre el secuestro. Bálsamo comercial”, en revista *Arcadia*, Bogotá, noviembre.

Revista *Semana*. “Los muertos de la guerra sucia”, en Sección Nación, “*Guerra sucia en Colombia*” (1987). Septiembre 28, 278, 24-25.

Rey, G. & Tamayo, C. A. (2007). *Las violencias en los medios, los medios en las violencias: revisión y análisis crítico de los estudios sobre medios de comunicación y violencia en América Latina 1998-2005*. Cinep, Colciencias, Universidad Eafit, Pontificia Universidad Javeriana.

Roca, J. M. (1987). *País secreto (1979-1987)*. Ediciones el caballero mateo, talleres gráficos Editorial Universidad Nacional.

Roca, J. M. (2013). *Tres orillas en busca de un río*. Colección imaginaria dirigida por Mariano Flores Castro y Marco Antonio Campos.

Rivera, J. E. (1946). *La vorágine*. Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, Novela. Volumen IX, Editorial ABC.

Rodríguez, N. (2005). *Política, periodismo y creación en la obra de Laura Restrepo*. University of Cincinnati.

Roncillo-Dow & S., Cárdenas, J. D & Gómez, J. C. –Editores académicos– (2019). *Nosotros, Colombia...Comunicación, paz y (pos) conflicto*. Autores varios. Universidad de La Sabana, Editorial Eafit.

Salazar, F. (1962). *Uribe Uribe* (Vol. 12). Imprenta Departamental. Colección de Autores Antioqueños.

Santamaría, G. (1987). *Colombia y otras sangres*. Editorial Planeta.

Sarlo, B. (2005). *Tiempo pasado: Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Siglo XXI.

Sims, N. (1996). *Los periodistas literarios o el arte del reportaje personal*. El Áncora Editores. Traducción de Nicolás Suescún.

Taylor, Ch. (2006). *Imaginario sociales modernos*. Paidós. Traducción de Jorge Vigil Rubio.

Todorov, T. (1991). *Los géneros del discurso*. Monte Ávila Editores Latinoamérica. Traducción de Jorge Romero León.

Uribe, S. & Cárdenas, N. (2007). *La guerra de los Cárdenas y los Valdeblánquez: estudio de un conflicto mestizo en La Guajira, 1970-1989*. Universidad Nacional de Colombia. Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales.

Valencia, L. (2009). “Municipio y violencia paramilitar en Colombia, 1984-2008”, en *Las otras caras del poder: territorio, conflicto y gestión pública en municipios colombianos*. Coordinador Fabio E. Velásquez C. Fundación Foro Nacional por Colombia: Cooperación entre Estado y Sociedad Civil para el Desarrollo de la Paz: Red de Iniciativas para la Gobernabilidad, la Democracia y el Desarrollo Territorial, 449-462.

Valencia, H. (1997). “Sobre «Los hijos de Sánchez», en *Oficio crítico*. Biblioteca Familiar Presidencia de la República, 253-262.

Valencia, C. (1993). “La novela colombiana contemporánea en la modernidad literaria”, en *Manual de literatura colombiana tomo II*. Procultura – Planeta, 463-510.

Valdés, M. J., & Kadir, D. (2004). *Literary cultures of Latin America: a comparative history*. Oxford University Press.

Vallejo, M. (1997). *La crónica en Colombia: Medio Siglo de Oro*. Biblioteca Familiar Presidencia de la República.

Vásquez, J. G. (2010). “Memoria perfeccionada”, en revista *El Malpensante*, agosto, 111.

Vásquez, J. G. (2011). *El ruido de las cosas al caer*. Alfaguara.

Villoro, J. (2005). *Safari accidental*. Joaquín Mortiz.

White, H. (2006). *El contenido de la forma: narrativa, discurso y representación histórica*. Paidós Ibérica.



## Bibliografía particular

### Literatura de la no ficción

Abad, H. (2006). *El olvido que seremos*. Editorial Planeta

Alape, A. (1983). *El Bogotazo memorias del olvido*. Editorial Pluma.

Alape, A. (1985). *La paz, la violencia: testigos de excepción*. Editorial Planeta.

Alape, A. (1997). “Felipe González Toledo: maestro de la crónica policiaca”, en *Río de inmensas voces...y otras voces*. Planeta, 226-237.

Alape, A. (2007). *Tirofijo: Los sueños y las montañas 1964-1984*. Editorial Planeta.

Aranguren, M. (2001). *Mi confesión Carlos Castaño revela sus secretos*. Editorial Oveja Negra.

Botero, J. E. (2008). *Simón Trinidad. El hombre de hierro*. Random House Mondadori, Debate.

Behar, O. (1998). *Noches de humo. Cómo se planeó y ejecutó la toma del Palacio de Justicia*. Editorial Planeta.

Castaño, J. A. (2008). “Dos hipopótamos tristes”, *Revista Letras Libres*, No. 81, junio, 23-30.

<https://letraslibres.com/revista-espana/dos-hipopotamos-tristes/#:~:text=Al%20parecer%2C%20primero%20fueron%20en,a%20Puerto%20Olaya%2C%20en%20Santander>.

Castro, G. (1976). *Colombia amarga*. Carlos Valencia Editores.

Castro, G. (1982). *Mi alma se la dejo al diablo*. Editorial Planeta.

Castro, G. (1996). “El libro que nunca pude escribir. Aproximación a Pablo Escobar”, en *En secreto*. Editorial Planeta, 233-342.

Castro, G. (1996). “Jaime Bateman”, en *En secreto*. Editorial Planeta, 59-137.

Duzán, M. J. (1992). “Las vidas de Maza”, En *Crónicas que matan*. Tercer Mundo Editores, 157-172.

- García, G. (1996). *Noticia de un secuestro*. Editorial Norma.
- González, F. (1993). “Locura e intriga en el asesinato y proceso de Jorge Eliécer Gaitán”, en *Crónicas de otras muertes y otras vidas*. Selecciones de *Sucesos*, recopilación, prólogo y notas de Rogelio Echavarría. Editorial Universidad de Antioquia.
- Hoyos, J. J. (1994). *El oro y la sangre*. Editorial Planeta.
- Lara, P. (2000). *Las mujeres en la guerra*. Editorial Planeta
- Liévano, A. (1992). *Una historia que no fue contada*. Editorial Planeta.
- Jimeno, R. (1989). *Noche de lobos*. Editorial Presencia Ltda.
- Kapuscinski, R. (2008). *Los cínicos no sirven para este oficio (Sobre el buen periodismo)*. Editorial Anagrama. Traducción de Xavier González Rovira.
- Lizarazo, J. A. (1944). “Bandidos colombianos. José del Carmen Tejeiro”, en revista *Sábado*, 30 de septiembre, 6.
- Lizarazo, J. A. (s.f.i). *Fuera de la ley (Historias de bandidos)*. Talleres Gráficos Mundo al Día.
- Martínez, T. E. (2005). *Ficciones verdaderas*. Planeta.
- Molano, A. (1985). *Los años del tropel: relatos de la Violencia*. Cerec, El Áncora Editores.
- Molano, A. (1989). *Siguiendo el corte. Relatos de guerras y de tierras*. El Áncora Editores.
- Montt, N. (2008). *Lara*. Alfaguara.
- Salazar, A. (1993). *Mujeres de fuego*. Corporación Región.
- Salazar, A. (2001). *La parábola de Pablo. Auge y caída de un gran capo del narcotráfico*. Editorial Planeta.
- Salazar, A. (2003). “Un fin de semana con Pablo Escobar”. Revista *El Malpensante*, febrero-marzo, 44, 15-27.
- Samper, D. (1990). *Grandes reportajes. Antología*. Intermedio Editores.
- Vallejo, V. (2007). *Amando a Pablo, odiando a Escobar*. Grijalbo.



## Webgrafía y notas de prensa

“«Ahora estoy tranquilo». Héctor Abad lanza su libro *El olvido que seremos*”. Revista *Semana*, Bogotá, noviembre 20 de 2006, pp. 118-119; 230-232.

Alarcón, O. (1993). *Micro-Lingotes*. *El Espectador*, Bogotá, 5 de diciembre, 2A.

“‘Apariciones’ tenebrosas” (2006). *La Tarde*, Pereira, 6 de abril.

Brown, E. (2008). “La dama de la mafia”. Griselda Blanco. *El Tiempo, Domingo a Domingo*, 12 de octubre, 8.

“Carrobomba”, pintura sobre oleo. Fernando Botero.

<https://www.banrepcultural.org/coleccion-de-arte/obra/carrobomba-ap3240>

Casa América. (2021). El olvido que seremos, el reto de la adaptación del cine. <https://www.youtube.com/watch?v=-WdN7y5dEas&t=757s>

“Cercado por la intransigencia”. A propósito del lanzamiento de *El olvido que seremos*. Revista *Semana*, Bogotá, noviembre 27 de 2006, 114-116.

“El antropólogo y astrólogo Mauricio Puerta añora graduarse como ser humano. Dice que Pablo Escobar tiene una carta astral única y vaticina que su muerte está cerca” (1993). *El Colombiano*, Medellín, 21 de marzo.

“El “MAS” canjeará a 14 del M-19 por la estudiante Martha Ochoa (1982). *El Colombiano*, 8 de febrero.

García, G. (1983). “¿En qué país morimos?” *El país de España*, 30 de agosto. [https://elpais.com/diario/1983/08/31/opinion/431128806\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1983/08/31/opinion/431128806_850215.html)

Garzón, C. A. (2021). “Colombia: los hipopótamos de Pablo Escobar amenazan la biodiversidad”, Ciper, La silla vacía, 10 de abril. <https://www.ciperchile.cl/2021/04/10/colombia-los-hipopotamos-de-pablo-escobar-amenazan-la-biodiversidad/>



“Exclusivo: García Márquez nos contó por qué se fue de Colombia. Informe completo sobre su salida del país”. *Cromos*, Bogotá, 31 de marzo de 1981, 12-23.

“Las grabaciones de Interjú” (1990). Revista *Semana*, No. 446, 20-27 de noviembre, 34.

Lesmes, J. (2002). “Las últimas horas de Escobar”. *El Espectador*, 1 de diciembre, pp. 13A-14A.

“Los Boteros de la guerra” (2000). *El Tiempo*, Bogotá, 16 de julio. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1280484>

“Los Extraditables y la reconciliación nacional”, comunicado 001. *Medellín cívico*, III época, No. 1635, diciembre de 1986.

“Los Pepes: temibles enemigos de Escobar” (1993). *El Colombiano*, Medellín, 3 de diciembre, 12 B.

“Lugar de la muerte de Pablo Escobar Gaviria” (1993). *El Colombiano*, Medellín, 3 de diciembre, 3A.

“Midiendo fuerzas. Rodrigo Lara -Pablo Escobar (1983). Revista *Semana*, agosto-septiembre, 22-26.

Pérez, C. (1982). “Notas políticas”, *El Colombiano*, 6 de febrero, 2.

“Por quién doblan las campanas” (2003). *El Colombiano*, Medellín 3 de diciembre, 8B.

Publicidad política pagada en favor de Pablo Escobar Gaviria. *El Colombiano*, 11 de febrero de 1982, 4A.

Redacción Justicia (2014). “3 mil millones de indemnización a detenidos injustamente en caso Galán”. Bogotá, *El Tiempo*, febrero 27. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-13570804>

Restrepo, Javier Darío (1993). “Los escobarizados”. *El Colombiano*, Medellín, 27 de marzo, 5A.

“Rodrigo Lara Bonilla. El misterioso cassette” (1983). Revista *Semana*, No. 68, 23-29 de agosto, 22-28.

Samper, D. (2013). “Descuartizados por la patria”. Revista *Credencial*, No. 315, febrero, 26-29.

Tatis, G. (2021). “El cuadro de Obregón que terminó con tres disparos”. *El Universal de Cartagena*, 20 de junio. <https://www.eluniversal.com>



com.co/suplementos/facetas/el-cuadro-de-obregon-que-termino-con-tres-disparos-NG4822807

“Terrorismo a la carta”, revista *Semana*, No. 1, Bogotá, 12/18 de mayo, 56-65.

“Un Robin Hood paisa” (1983). Revista *Semana*, No. 50, 19-25 de abril, 28-29.

Vásquez, J. G. (2013). “Ficciones de la guerra larvada”. *El Espectador*, Bogotá, 30 de noviembre.

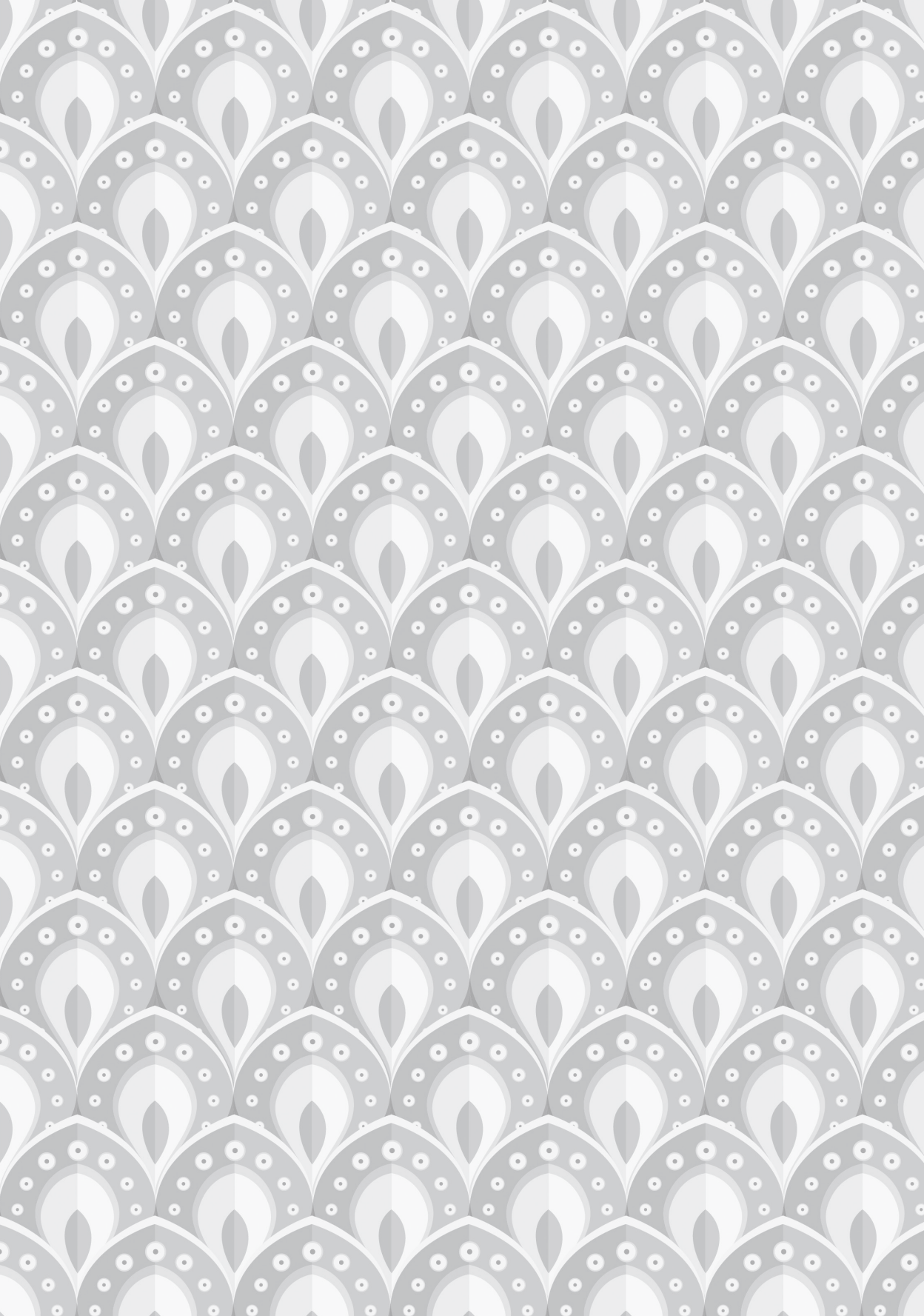
Vásquez, J. G. (2014). “La vieja pregunta”. Bogotá, *El Espectador*, 20 de marzo, 31.

Vega, M. & López, P. (1981). “El viaje de García Márquez. Crónica de una salida anticipada”. Revista *Cromos*, Bogotá, 3 de marzo, 20-23.



Este libro se terminó de imprimir en junio de 2023,  
en Panamericana Formas e Impresos S. A.  
La edición estuvo al cuidado de sus autores.





¿Por qué fijar la atención en la década del ochenta del siglo XX en Colombia? Porque estamos convencidos de su relieve en el plano de nuestra historia reciente y, en particular, por la forma en la que la literatura de no ficción consiguió narrarla. Pocas décadas arrojan tantas luces como esta para entender, o por lo menos traslucir, eso que en nuestra labor de indagación denominamos violencias alucinantes.

Se trata de una década que inicia con una esperanza: el otorgamiento del Premio Nobel de Literatura a Gabriel García Márquez (1982). Y cierra con un magnicidio: el del precandidato liberal Luis Carlos Galán (1989), como antesala a otro acontecimiento no menos grave: el secuestro de diez ciudadanos influyentes en el ejercicio del periodismo y la política (1990). Entre uno y otro hecho, se extiende un catálogo de sucesos cuya naturaleza implacable y frenética, quizá era muy compleja de descifrar en su momento. Para aventurar su examen, nos apoyamos en una memoria en perspectiva, desde la cual puede leerse entre líneas lo que, a fuerza de sustentarse en el poder de las palabras y en sus silencios, deriva en una sucesión de metáforas.

¿Cómo discernir el lugar que ocupan en nuestras narrativas victimarios como Pablo Escobar y Carlos Castaño? ¿Cómo aclarar los destinos de víctimas como Rodrigo Lara, Alfonso Reyes Echandía, Guillermo Cano, Héctor Abad Gómez y Diana Turbay? A falta de respuestas sólidas, este libro sugiere unas miradas a partir de quienes buscaron comprender lo incomprensible en sus relatos y testimonios. En el interés por despejar la bruma y animar el diálogo crítico, apelamos a una metáfora animal, de factura macondiana, acaso para hacernos más ecuánimes en el momento de revisar una memoria escrita a varias manos, potente en sus símbolos y resonancias.

ISBN: 978-958-722-817-5



eISBN 978-958-722-818-2